



EL DRAMA

DE LA

19-2

CALLE DEL TEMPLE.

POR

No 41 338

Constantino Gueroult.

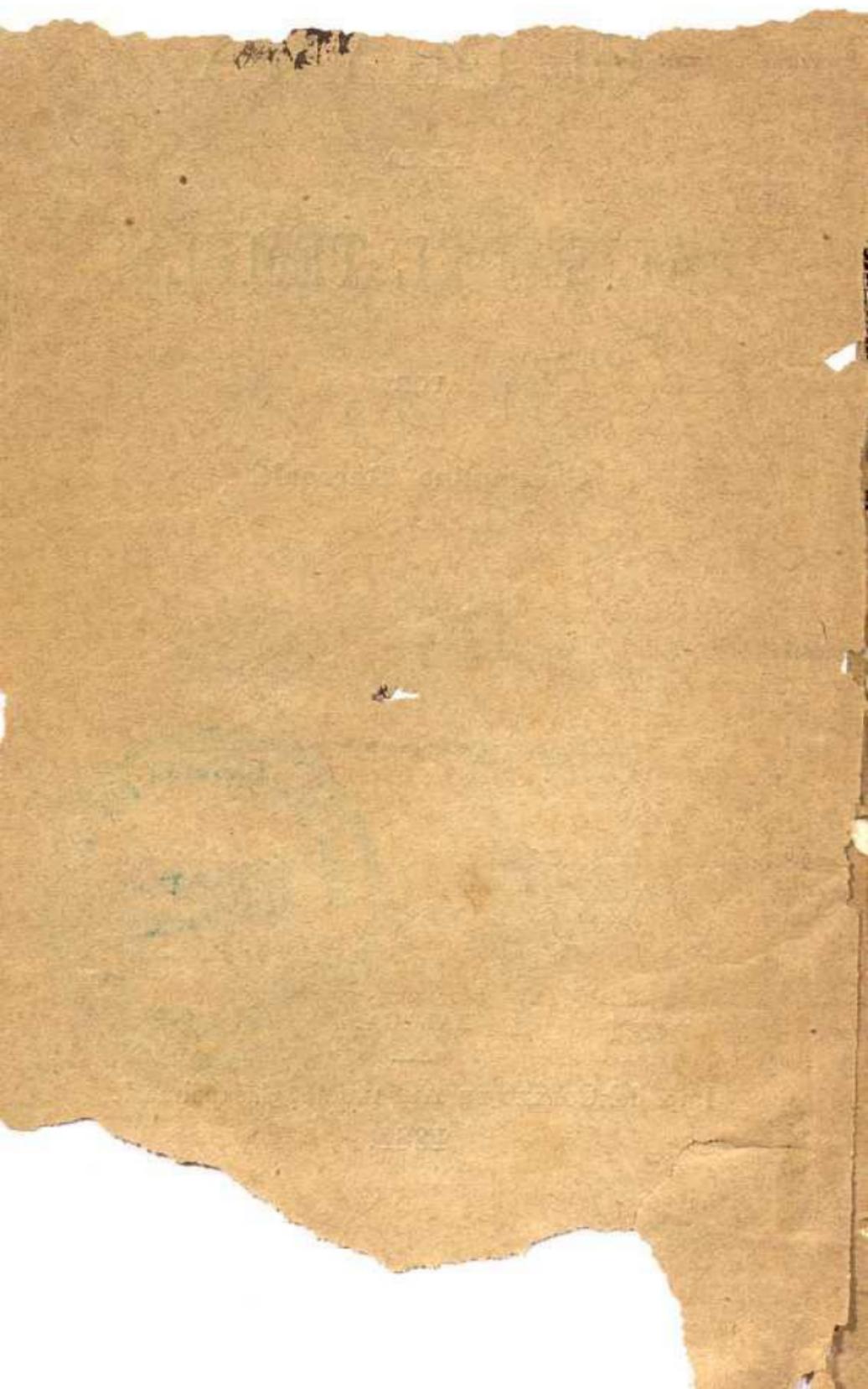
N. P. 19



R. 17. 211

MALAGA.

Imp. del CORREO DE ANDALUCIA, Casapalma 7.
1881.



I.

El Temple.

Corria el fin de mayo del año 1838. Por esta época aquel vasto pandemonium, aquel extraño y gigantesco sumidero colector, á donde afluan diariamente de todos los puntos de Paris gijones de lujo y oropeles del vicio, el Temple en fin, ofrecia un conjunto singular y sombrío de pequeñas tiendas divididas por cuarteles ó manzanas y cortadas por estrechas calles inundadas de curiosos y compradores.

Aquel dia habia gran concurrencia delante de la tienda del señor Renault, vendedor de colchones y ropas de cama.

Pedro Renault, de edad á la sazón de cincuenta años, habia nacido y crecido en el Temple, donde le habian visto criado del

vendedor de colchones y mantas allí establecido y al que debia suceder mas adelante casándose con su hija. Habia labrado, pues, laboriosamente y piedra á piedra el edificio de su modesta fortuna, y todos sus vecinos y colegas profesaban gran estimacion á su carácter recto é imparcial, tanto que en cualquiera contienda no querian otro tribunal que el arbitraje de Pedro Renault, cuyo juicio era aceptado sin apelacion.

Esta simpatía habiase hecho estensiva á su mujer, hermosa y robusta matrona de mirada inteligente y rostro franco, y mas tarde á su hija, á quién hallamos hoy instalada en la tienda, donde su fisonomía risueña y bella atrae tantos clientes y realiza tantas ventas como la esperiencia del padre Renault. Habianse presentado varios partidos á la jóven, entre los que habia elegido al fin, y el padre y la madre Renault estaban en visperas de retirarse al campo con sus cuatro mil libras de renta, una verdadera fortuna en aquellos tiempos.

Entre los parroquianos que se agolpaban delante de la tienda, veíase una mujer de unos treinta y cinco años, pero que gracias á su mala ropa y peor facha, representaba diez mas: era baja, ancha de cuerpo, vestida con un traje de indiana desteñido y remendado y un pañuelo á la cabeza de cua-

dros pardos y encarnados que ocultaba su cabellera: su mirada sombría, sus facciones groseras, manifestaban una especie de desden ó indiferencia repulsiva.

—¿Y á vos, buena mujer,—dijo Pedro Renault ya fijándose en ella,—¿que voy á venderos? ¿Un colchon nuevecíto? ¿Una manta, un trasportin, un par de sábanas? Vamos, la vista no cuesta nada, entrad y hallareis lo que buscais: todo el mundo acaba por arreglarse con el padre Renault.

La compradora habia escuchado este fraseo con impasibilidad estúpida.

—No vale la pena de gastar tanta saliva,—respondió al fin: no vengo á comprar.

—¿A que venís entonces?

—A vender.

—Yo no compro,—dijo Pedro Renault cuya sonrisa se disipó al punto.

—Conozco la treta,—repuso la mujer rechoncha;—este es el medio de tener las cosas por nada. Si no comprárais, ¿que habiais de vender?

—En fin, ¿que vendeis?

—Mirad.

Y mostró al tratante una hermosa colcha de lana que habia tenido hasta entonces guardada en el delantal.

—¿Qué me dais por ella?

—Poca cosa,—dijo el padre Renault con aire desdeñoso.

—Pero en fin, ¿cuánto?

—Diez francos.

—Veinte, si la quereis.

—Corriente, pero no quiero dinero: prefiero un cambio.

—Mejor para mí; elegid.

—Desde hace media hora estoy haciendo el inventario de cuanto encierra vuestra prenderia, y no veo nada que me convenga.

—Pues entonces..

Y de repente exclamó:

—Tengo otra casa.

—¡Mostrádmela!—dijo vivamente la mujer.

—No está aquí; está en la calle del Temple, 91, la casa en que vivo.

—Pues vamos allá.

—No dejo mi tienda durante el día.

—¿Nunca?—preguntó la mujer cuya fisonomía se iba animando.

—Nunca.

—¿Y vuestra hija?

—Tampoco.

—Entonces, ¿quién hay en la otra casa?

—Mi mujer, pero no está tampoco en este momento, y contra su costumbre, porque tampoco sale por el día.

—¿Y no hay ni una mala criada para recibir al que llega, cuando ella sale?

—Nó; mi mujer está sola.

—¡Ah!

Y repuso despues de una pausa:

—Pues no puedo aguardar; además, vá á llover y no quiero mojarme. Mañana iré por la otra casa.

—Eso es, id mañana: mi mujer es poco tirana y os arreglareis con ella—dijo el padre Renault fijando una mirada codiciosa en la magnífica colcha de lana.

La vendedora se alejó envolviéndose en su mantón de tartan porque aquel día corría un viento glacial aunque era en el mes de mayo.

En menos de diez minutos el cielo se oscureció, se hizo de noche aunque eran apenas las seis, y gruesas gotas de lluvia empezaron á manchar el pavimento.

La vendedora habia tomado una calle estrecha que desembocaba enfrente de la tienda del padre Renault y salía á la calle de Vendome; una vez allí echó, bruscamente hácia la izquierda, ganó la calle del Temple y se detuvo delante del núm. 91.

La tempestad estallaba en aquel momento, retumbaba el trueno con estrépito, la oscuridad se hizo completa y la lluvia em-

papaba las calles como un torrente.

Sin embargo, la mujer permanecía inmóvil enfrente del núm. 91.

Tendió una mirada á derecha é izquierda para convencerse de que nadie la espiaba; la calle estaba desierta y gritó.

—Fifi.

Al punto un muchacho de quince años apenas, de rostro plomizo, nariz afilada labios finos y amoratados, mirada atrevida y cínica, cabellos cortos y erizados y con una blusa de algodón azul bajo la cual se marcaban los huesos de un esqueleto, surgió á su lado como si hubiera salido de debajo de la tierra.

—¿Y la mujer Renault?

—Ha salido, *mamá*.

—¿Qué has averiguado?

—Muchas cosas.

—Me las contarás por el camino. En marcha.

—¡En marcha! ¡en marcha!—esclamó el muchacho tosiendo.—El tiempo no convi-da para pasear.

—¡Gallina!—dijo la mujer encogiéndose de hombros con insensible ferocidad.

—Y mojado basta los huesos, *mamá*. Tan cierto como te llamas Juana Vollard, y yo soy tu hijo, he conocido sopas menos empapadas que lo estoy yo.

—Entonces ya no tienes que temer. Sí-

~~Quiero~~
~~chizui~~
11-~~que~~

gueme y cuenta lo que has sabido.

—En primer lugar la mujer Renault está sola en su casa todo el día.

—Ya lo sé. ¿Qué más?

—Es una mujer muy bien forrada en cubiertos, sortijas, relojes y gato coronado.

—¿Coronado?

—Ya lo creo, mitad dinero, mitad billetes de banco.

—¿La suma?

—Cinco á seis mil francos.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

—La portera, cuya confianza he ganado diciendo que era huérfano y que al verla recordaba á mi madre; ¡casi la he arrancado una lágrima!

—¿Y qué medio hay para hacer salir á esa mujer cuando está sola?

—Ninguno. Un temblor de tierra no la haría dejar su casa.

—Entonces... dijo aquella mujer con tono siniestro.

—Entonces,—acabó el pilluelo,—tanto peor para la prendera: si se obstina en no salir, volverá rojo su juego.

—Eso no te importa á tí ni á mi tampoco; solo mi hermano y Micaud pueden dar ese golpe. Veremos si quieren, ó no, hacer una sangría á la prendera.

—Eso es lo mejor, yo estoy por las san-

grías; ese será mi sistema... hasta los diez y seis años.

—¿Hasta los diez y seis años?

—Mientras no les tenga, obro sin «discernimiento,» y mi cuello está garantido.

II.

Los recursos de Fifi.

El pilluelo exclamó al cabo de un instante.

—Mamá, sin molestarte, yo bien quisiera dar algo que trabajar á los dientes.

—¡No piensas mas que en comer!

—Es natural, no he comido en todo el dia.

—Lo creo, pero es imposible.

—¿No hay brasa?

—Ni rescoldo.

Madre é hijo caminaron algunos instantes sin cambiar una palabra, inclinando la cabeza bajo la lluvia que caia.

—¿A dónde vamos?—preguntó Fifi.

—«Al gran guijarro.»

—¡Santo Dios! mis piernas flaquean, temo que se nieguen á conducirme! Veinticuatro horas sin comer es demasiado para un hombre, y más para mí á quien recomiendan los médicos cada vez que salgo del hospital que tome una alimentacion sana, vino de Burdeos, aceite de higado de bacalao... ¿Por qué no me recomendarán el aire de Niza?

—Mi hermano ha debido hacer esta noche negocio con Micaud; si han salido bien, tendremos nuestra parte y podrás satisfacer tu voracidad.

—Si, pero si no han salido bien... solo de pensarlo me abandonan las fuerzas!

De repente, dijo bajando la voz:

—Silencio, mamá, no te muevas.

—¿Qué te pasa?

—He hallado veinte francos.

—¿Dónde demonio los ves?

—¡Si te saltan á los ojos!

Y como la Vollard buscase por todas partes, el granuja exclamó:

—¿Qué vés en esta misma acera delante de nosotros?

—Una vieja.

—¿Y detrás de ella?

—Un perrito faldero.

—Mís veinte francos.

Y sacó del bolsillo unas tijeras.

—Qué es eso?

—Mis armas, no me abandonan jamás.

Adelantóse con cautela y en breve estuvo detrás de la anciana: el perrillo iba al rededor de su falda, lo cual hacia que el cordon, bastante largo, arrastrase por tierra, circunstancia que no habia escapado á la penetracion de Fifi.

Despues de examinar un instante al falderito y á la dueña, y convencerse de que no habia nadie mas en la calle, cosa muy natural lloviendo como llovía, bajóse rapidamente, sujetó al perro por el pescuezo, impidiéndole gritar, cortó el cordon y dejó á la anciana continuar tranquilamente su camino con el cordon que arrastraba magistuosamente por el suelo.

—Aquí están mis veinte francos,—dijo reuniéndose á su madre.

—Comprendo, el nombre y las señas de su ama están en el collar, y mañana irás á llevarle y á que te recompense...

—¡Haciéndome prender! Gracias, prefiero venderle mañana en el boulevard de los Italianos. Es un vástago de pura sangre que será encanto de una dama de alto coturno. Lavado, perfumado y con un lacito de color de rosa, hará fortuna.

Al cabo de una hora, durante la cual no habia cesado de llover, atravesaban la esplanada de los inválidos; el viento soplabá con violencia, hacía vacilar la llama de los

reverberos y zumbaba agitando las copas de los árboles.

—¡Sapristi, mamá!—esclamó el muchacho, cuyos dientes se chocaban de frío;—me parece que la lluvia pasa ya á través del pellejo.

Y le interrumpió un acceso de tos.

—¡Bah! te quejas siempre.

—¡Y pensar que hay personas que comen dos veces al día, se calientan cuando tienen frío y tienen una cama para dormir!

—Los que trabajan.

—¿Acaso yo tengo vida de polichinela ó de sarnadápalo?

—¿Qué has traído esta semana? un pantalón, un gorro de un chico y un par de navajas, ¡vaya un ajuar!

—¡Y qué quieres, si ya no hay confianza en el comercio! En cuanto se acerca uno á cualquier tienda, el vendedor le mira como si con los ojos le fuera á llevar lo que tiene. ¡Oh, no puedo decirte cuántas veces me he salido ofendido por su manera de mirar!

Y cambiando de tono, añadió:

—¡Por vida del diablo, que daría de buena gana trabajo á los dientes! Mis tripas gruñen como leones enjaulados, y mis piernas se doblan, positivamente se doblan. ¿No llegamos nunca... mamá?

—Ya estamos.

Desembocaron á mitad de una calle estrecha, y larga, sin aceras, tan llena de fango, que los piés se hundian hasta el tobillo, y con una hilera de casas miserables, á un lado y al otro un muro medio deruido.

A cada extremo de la calle, el viento balanceaba un farol, cuya luz rojiza se reflejaba siniestra en el fango de la calle.

Todo allí era sombrío, repugnante, repulsivo.

Juana Vollard sacó un silbato del bolsillo, le llevó á sus labios y le hizo sonar dos veces.

En breve una luz brilló en el piso segundo de la casa mas fea de la calle, de fachada sin balcones, jaspeada de manchas y desconchados, como la frente de un leproso.

—No hay peligro, entremos—dijo la mujer, atravesando la calle,

—¿Es la casa *de recreo* de mi tio?—preguntó Fifi.

—No, es la casa de Micaud.

—¿Y de su bella esposa? No corresponde el nido á tan lindo pájaro.

La mujer Vollard buscó un resorte

oculto en la puerta, que cedió al punto y tropezaron en breve con los primeros peldaños de una escalera que empezaron á subir en la oscuridad.

Llegaban al segundo piso cuando una esplosion de blasfemias, de juramentos, de gritos de terror y de cólera, dejóse oír detrás de la puerta donde iban á llamar; y casi al mismo tiempo la puerta se abrió: una mujer, pálida de terror, de singular hermosura, con el cabello esparcido, el traje desgarrado, lanzóse á la escalera perseguida de un hombre, ciego de furor y con un cuchillo en la mano que brillaba en la oscuridad al rayo de luz que salía por la misma puerta.

La mujer no gritaba, bajaba rápida y muda, comprendiendo que no podía evitar el fatal cuchillo y estaba perdida sin remedio.

—¡Aquí de mis trazas!—dijo Fifi.

Y en el momento en que el hombre iba á saltar el primer escalon, tendióse el granuja atravesado en la escalera; los piés del hombre que salía ciego tropezaron en aquel obstáculo, y lanzado al vacío con toda su fuerza, oyósele caer con estrépito, exhalando un grito de rabia y de dolor.

—¡Está hecho!—dijo Fifi levantándose tranquilamente.

III.

Bosquejo de bandidos.

Al ruido de la caída, un hombre y una mujer salieron de la estancia donde había empezado aquella pelea.

—Buenas noches,—dijo el hombre á la Vollard y su hijo.

Y sacando por el hueco de la escalera la luz que tenía en la mano, repuso:

—¿Que le ha pasado á ese bárbaro?

—No sé, querido tío,—repuso Fifi con las manos metidas en los bolsillos,—se habrá deshecho; podremos ir á recoger los pedazos.

Bajaron los cuatro y encontraron al hombre tendido cuan largo era y con el rostro ensangrentado.

—¿Te has muerto, Micaud?—preguntó Lesage dándole con el pié.

—Casi, casi,—respondió el herido incorporándose en uno de sus codos.

—Ayúdale á subir, Fifi; yo veré donde está la otra.

—Eso es lo que tiene no asirse á la barandilla,—dijo Fifi ayudándole á levantar.

La mujer que habia huido, estaba en el portal acurrucada en un rincon con el rostro entre ambas manos.

—No tengas miedo, Alicia, ya pasó,—dijo Juana Vollard desde arriba.

Aquella cabeza hermosa, aquel rostro de correctas facciones, al que la palidez y el terror daban espresion estraña, estaba circundado por hermosa cabellera rubia, que caia en desórden hasta los hombros y suelta por completo hubiera cubierto hasta la cintura.

—¿Donde está?—preguntó Alicia con acento trémulo.

—Ha subido con Fifi, no le temas, acaba de medir la escalera con las narices.

La hermosa Alicia se levantó ya tranquila, y un momento despues todo el mundo estaba reunido en el cuarto de Micaud, pieza de lúgubre aspecto, amueblada con una mala cama, dos sillas, una mesa y las paredes cubiertas de papel arrancado á gi-

rones y con algun dibujo grosero hecho con carbon sobre el yeso blanco.

Sobre la mesa habia colocados vasos y botellas.

Los cuatro individuos que estaban reunidos en aquella estancia, sin contar á la Vollard y á su hijo, eran Lesage, hermano de Juana Vollard, la muger Odel, querida de Lesage, Micaud y Eugenia Alicia, todos cuatro apercebidos por la justicia.

Escepto Alicia, cuyas facciones eran graciosas y simpáticas, todos los demás llevaban en su rostro el sello de su odioso pasado.

Los instintos de la depravacion, de la violencia, de los crímenes que los habian espulsado de la sociedad, la costumbre de una lucha desesperada, incesante, sin mas término posible que el presidio, ó el cadalso, habia dado á sus móviles rostros algo de feroz, de inquieto, de sombrío.

Habia por lo menos cinco mil individuos semejantes á ellos, cinco mil rematados de presidio, cuya estancia en Paris toleraba la ley, aunque los vigilaba de cerca la policia; esto es, cinco mil tigres, sueltos con harta imprudencia, en la sociedad su enemiga y su presa, que salian por la mañana de sus guaridas, sin mas recursos que el robo y resueltos hasta el asesinato con tal de sastifacer, no solo sus necesidades, sino

los vicios que engendra ese género de vida depravada.

La mujer Vollard, cuya profesion ostensible era vendedora de pan, tenia por empleo en la banda de que formaba parte, buscar *negocios*, y ya hemos visto como desempeñaba su papel, con ayuda de Fifi, cuya apariencia enfermiza y estremada juventud alejaban toda sospecha.

En cuanto á Eugenia Alicia, por mal nombre *La Corza*, á pesar de su depravacion y su complicidad en los crímenes cometidos por la banda, era imposible no sentirse arrastrado por misteriosa simpatia hácia su hermosura, su gracia su distincion. ¡Parecia una perla en el fango! Nacida de familia honrada, segunda maestra de una pension antes de lanzarse á la vida licenciada, habia ido bajando escalon por escalon, hasta dar en el mundo de los ladrones y los asesinos, cuyo lenguaje habia adoptado, asi como su vida y costumbres, eligiendo entre ellos adoradores.

Su belleza era un anzuelo que sus cómplices sabian esplotar, y mas de un imprudente arrastrado por ella á la morada de Micaud, no habia vuelto á parecer.

Lesage y Micaud eran dos celebridades del presidio de Tolon, donde con el famoso Soufflard, del que hablaremos en breve,

reinaban por el terror que inspiraba su ferocidad, no solo á los capataces, sino á sus compañeros de cadena.

El mas temido habia sido Lesage, pero un dia que habia maltratado á varios camaradas, tuvieron la idea de aparearle con otro presidiario tan temido por su fuerza como por su astucia.

Era un beduino de tan desarrollada musculatura, que parecia un Hércules de bronce.

Los capataces les pusieron juntos la cadena; en breve Lesage buscó querella á su nuevo compañero, este que hablaba poco, no le respondió, pero lo sugetó entre sus brazos y le arrancó una oreja con los dientes; desde aquel dia Lesage estuvo domado y el beduino fué el tirano del presidio.

Poco tiempo despues Soufflard amenazó á uno de los capataces y como castigo se le puso en lugar de Lesage, de compañero del Hércules árabe.

Una hora despues estaban trabajando en las canteras; Soufflard se volvió á su terrible compañero y le dijo mirándole sin pestañear:

—Oye, morito; por donde yo paso, tengo la pretension de ser el amo, y el que me resiste, ó me rinde ó le rindo. Desde que te almorzaste la oreja de Lesage, te das aire

con los camaradas y es preciso cambiar de papel.

Y señalándole una carga de hierro que debían trasportar juntos, repuso:

—Vas á llevar tu solo todo eso, porque yo quiero.

Mas de cien penados asistian á esta escena y temblaron por Soufflard, al ver brillar los ojos del árabe y dilatarse los músculos de su cuello como si fueran cables.

Soufflard estaba tranquilo, mas pequeño y mas ágil que el árabe, fijaba en él una mirada intrépida y recelosa espiando no solo sus movimientos sino hasta sus impresiones que se reflejaban en el rostro.

De repente el arabe dejó escapar un ronco acento y se lanzó sobre su adversario con los brazos abiertos para estrangularle; pero en el mismo instante sintiose levantado de la tierra y sujetó por los riñones con tal fuerza que la respiracion le faltaba; quiso pegar á su adversario, pero la sangre que subia á sus ojos le cegaba; sus brazos caian inertes y su cabeza cayó casi sin conocimiento sobre el pecho.

Sacóle de su desvanecimiento una sacudida, y era que Soufflard le habia lanzado á tierra como á un niño.

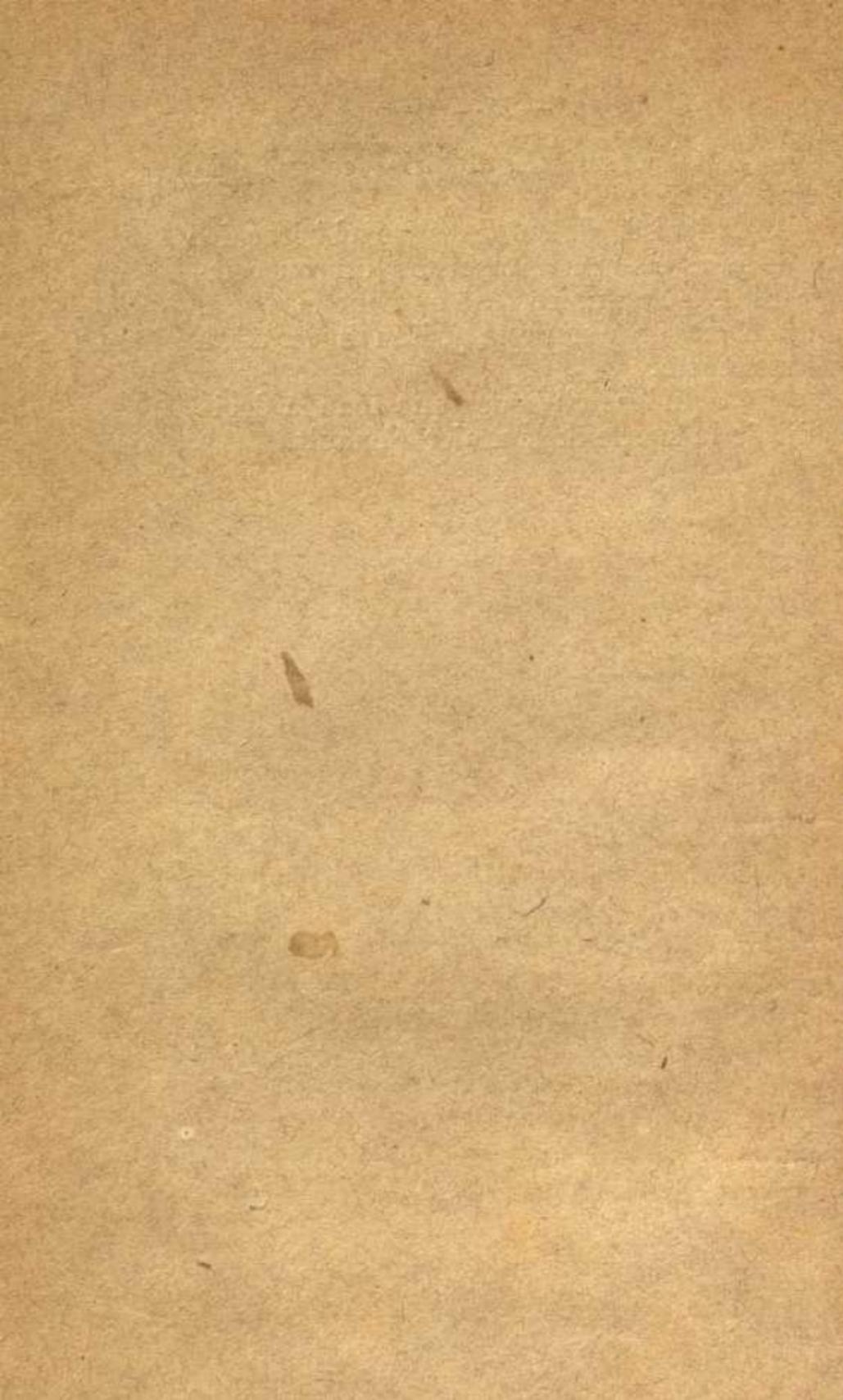
—¿Quieres obedecerme, ó quieres comenzar hasta que muera uno de los dos?

El árabe era fatalista; sometióse á lo

que «estaba escrito», tomó la carga y la llevó solo.

Soufflard desde entonces fué el héroe del presidio, los mas entusiastas osaron compararle á Lacenaire, que en aquella época era el mayor honor que podian hacer á un presidiario.

Hé aquí los individuos que iban á decidir de la suerte de la mujer Renault.



IV.

Entre asesinos.

La maravillosa hermosura de Alicia habia inspirado una pasion furiosa á Micaud, al mismo tiempo que la facilidad de costumbres de aquella mujer y la conciencia de su propia fealdad, habian despertado en él celos que amenazaban constantemente la vida de su amada.

En uno de esos accesos de celos que le convertian en verdadero tigre, le hemos visto lanzarse cuchillo en mano tras de la jóven, cuya muerte hubiera sido inevitable sin la estratagema de Fifi.

Pasado su furor sanguinario, Micaud temblaba delante de Alicia y le pedia perdon llorando, lo que hizo tambien es

vez considerándose feliz de que una casualidad hubiese evitado la muerte de los dos, por que él no hubiera podido sobrevivir á la de su amada.

—Pero ¿cómo diablos has caído?—le preguntó Lesage.

—No sé—respondió Micaud.

—¡Se sabe acaso cómo se cae!—dijo Fifi levantado los ojos al cielo, y en tono sentencioso.

—Y bien, Corza mia—dijo Micaud dirigiéndose á la hermosa;—todo acabó, ¿no es verdad?

Una carcajada, en la que habia un fondo de odio, fué la respuesta de la bella Alicia.

—Escucha—dijo esta por fin,—esta es la tercera vez que sucede, y ya basta. Las mujeres como yo mueren á mano airada ó en la miseria; ya me lo han dicho, ya lo sé, y he tomado mi partido; pero ¿morir de tu mano?... no por cierto, eres demasiado feo. ¿Qué opinion formarian de mí cuando comparecieras delante del tribunal! ¡Seria una vergüenza para mi memoria!... Así, pues, desde este momento todo ha concluido entre nosotros.

Micaud palideció.

—¡Alicia!—murmuró entre suplicante y colérico,—mira que no saldrás de aquí...

—Lo veremos.

—Basta ya de querellas domésticas—dijo bruscamente Lesage;—hablemos *de negocios*. ¿Has hallado algo?—dijo dirigiéndose á su hermana.

—Si.

—Explica el negocio.

—Cinco á seis mil francos, alhajas, cubiertos, ropa.

—¿Qué gente?

—Prenderos del Temple.

—¿Cuántos son?

—Tres: el marido, la mujer y la hija.

—¿Hay perro?

—No.

—¿A qué hora está sola la casa?

—Nunca.

—¡Cómo! ¿No dices que venden en el Temple?

—El padre y la hija; la mujer está siempre en casa.

—¿Qué clase de mujer?

—¡Oh! la lagartona, no se dejará engañar Lesage guardó silencio.

—¿Y bien?—preguntó la Vollard.

—Hé aquí mi opinion: por la noche son tres, no hay que pensar en ello; es preciso trabajar de dia, pero si la mujer no sale, habrá que emplear el cuchillo y eso no vá conmigo.

—Comprendo,—dijo Fifi llevando su mano al cuello,—supersticiones, tío.

—Justamente, de presidio se vuelve, pero el observatorio de Charlot (1) me deja frio.

—¡Y esto es un hombre!—dijo la Vollard con indignacion.

—¡La cabeza! ¡Hé ahí la gran palabra! La cabeza no se pierde mas que una vez, esta será mi opinion hasta los diez y seis años.

Las tres mujeres parecian desoladas de la resolucion de Lésage.

—¡Un negocio tan bueno!—esclamó la mujer Hardel y que llegaba tan á tiempo cuando no tenemos un sueldo,—¡ah! si yo fuera hombre...

—¿Y tú, Micaud,—preguntó la Vollard,—no te atreves?

—¡Oh! Lesage tiene *mas chirumen* que yo y me someto á sus decisiones

—¡Entonces todo se lo llevó el diablo!—esclamó la Vollard dando un puñetazo en la mesa.—¡Estos hombres no tienen corazon para matar un mosquito!

De repente calló y prestó atento oído.

—¡Un coche!—murmuró.

Todos le oyeron y la inquietud se pintó en todos los rostros.

Un carruaje en aquella calle solitaria, de tan mala vecindad, era un suceso dig-

(1) Nombre del verdugo.

no de inquietar á semejante gente.

—¡Se ha parado á la puerta!—dijo Lesage levantándose vivamente.

—¡Los *quiris*!—murmuró la Vollard.

Esta palabra infundió terror á la asamblea que, inmóvil y muda, escuchaba los ruidos exteriores.

Pero no se oía mas que la lluvia y el rebramar del viento.

—¡No seais necios!—dijo Fifi que habia tropezado con un pedazo de bacalao envuelto en un papel.

—¿Eh?—dijo Lesage volviéndose hácia él.

—Digo que no seais necios,—dijo Fifi mientras sus dientes trabajan.—¿Si fueran los *quiris*, la policía, llegaria con tanto estrépito á vuestra puerta para daros el quién vive?

—Tiene razon,—dijo Alicia,—ese coche no es para nosotros.

Acababa apenas de decirlo cuando llamaron á la puerta.

Lesage y Micaud cogieron cada uno un cuchillo y aguardaron con aire resuelto, feroz; las mujeres se agruparon tras ellos pálidas, inquietas, y Fifi en pié en medio del cuarto consumía su pedazo de bacalao con sal.

—¡Já, já! ¡Esos señores se toman la mo-

lestia de llamar tratándose de una casa como la nuestra!

Pero antes que hubiera podido concluir una violenta sacudida abrió la puerta y un hombre entró diciendo:

—Ya sabeis que no gusto de esperar.

—Soufflard!—dijeron Lesage y Micaud.

—El mismo, ¡honor á las damas!—dijo volviéndose á las mujeres, y quitándose la gorra de visera que le cubría hasta los ojos hizo un quiebro en tal sociedad.

—¡Soufflard!—esclamó la Vollard.—¡Este si que es un hombre! Aun no se ha perdido el negocio Renault.

—¿Este es Soufflard?—decia la bella Alicia clavando en el bandido una mirada de admiracion.

Porque así como en los mendigos el exceso de deformidades constituye una ventaja, así entre los bandidos el exceso de crímenes marca una superioridad.

El célebre Soufflard fué acogido con transporte por Lesage y con recelo por Micaud, que al ver las miradas de Alicia, sentia ya el aguijon de los celos.

Soufflard no era guapo; pero su palidez mate, su espresion audaz, la calma desdeñosa de su mirada, hacian de él un tipo notable realzado por su reputacion y propio para agradar á mujeres que, como Alicia, han descendido á los últimos grados del vicio.

—¿Y eres tan rico que arrastras coche?
—dijo Lesage sirviéndole vino.

—Soufflard no carece nunca de *brasas*,
—dijo apurando el vaso de un sorbo.

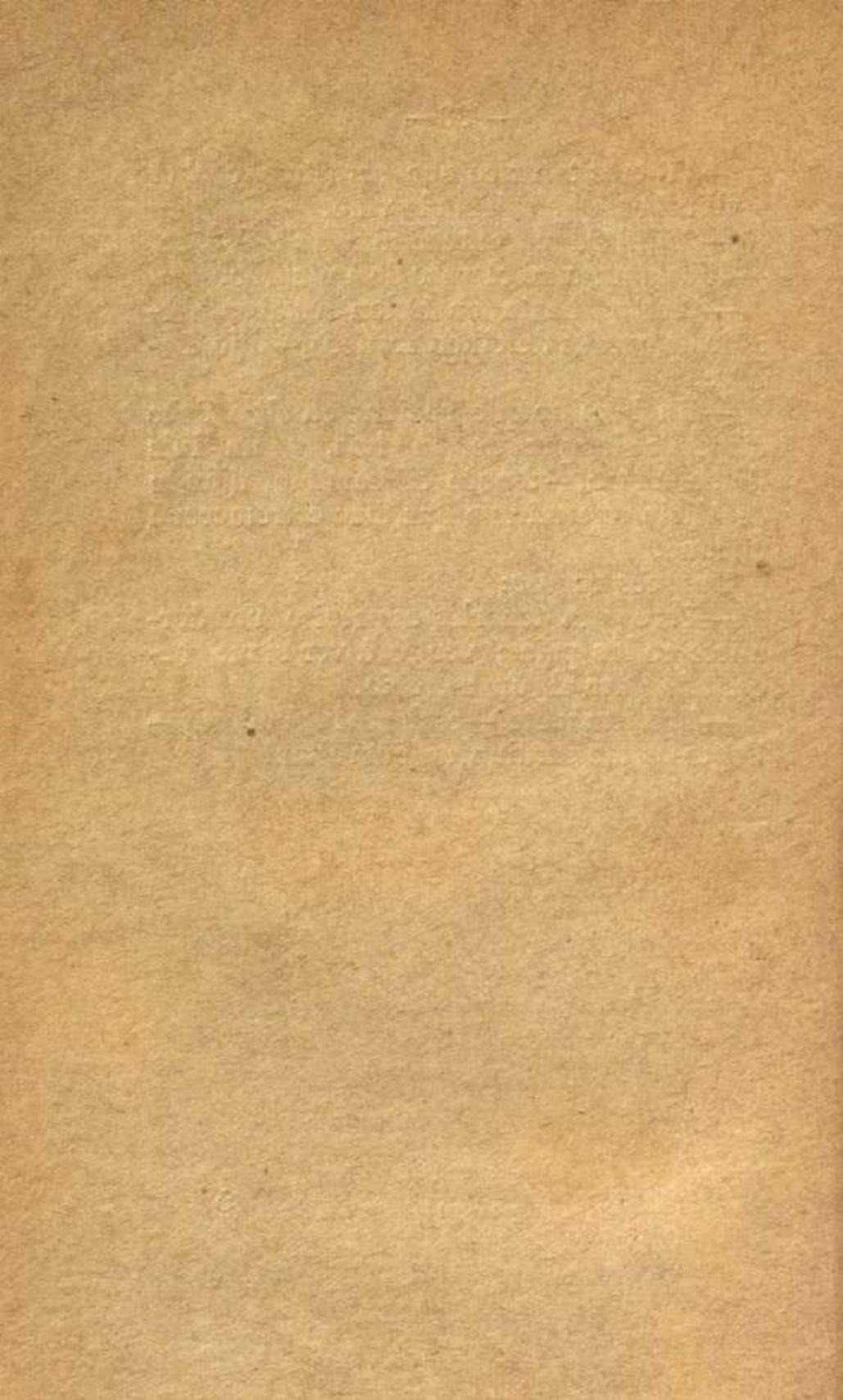
—Cierto, hasta en Tolon estabas for-
rado de *ruedas* de cinco francos,—dijo Le-
sage.

—Un hombre que se tiene en algo debe
disponer siempre de un luis, y un luis
llama á otro,—repuso el bandido, fijando
en Alicia una mirada que hizo estremecer á
Micaud.

Despues repuso:

—Pero para tenerlos es preciso no dor-
mirse en las pajas; vengo á ver si me ne-
cesitais para algun negocio.

—Precisamente,—esclamó la Volland,—
llegais como sardina en cuaresma!



V.

Amores singulares.

La Vollard espuso á Soufflard el *negocio* Renault, poniéndolo al corriente de cuantos detalles conoce el lector.

— Perfectamente,—dijo Soufflard en cuya mirada brillaba una resolución terrible, —¿y cuándo se empieza *trabajar*? Soy de los vuestros.

—Estos no quieren,—dijo la Vollard señalando á Lesage y Micaud.

—¿Que no quieren?

—Tienen miedo.

—¿De qué?

—Quieren mucho su cabeza,—dijo Fifi: —mi tío, pase, pero Micaud, ¿cómo puede desperdiciar ocasiones de desembarazarse

de la suya? ¡Caprichos estraños!

—No es eso,—dijo Lesage, avergonzado de confesar su debilidad ante un hombre como Soufflard,—pero yo no he manejado nunca la *lanceta*... y... en fin, ¿qué quieres? ¡no sirvo para eso!

Soufflard lanzó una carcajada.

—¡Calle! ¿gastas escrúpulos con esas gentes?—esclamó con tono de ferocidad.—¡Te compadece la prendera y temes sangrarla, como si la sangre de esas gentes fuera como la nuestra! No pertenecemos á la misma raza, no lo olvides. Has estado tres veces en presidio, recuerda la operacion de la marca, que pudo partirte la pierna de un martillazo, operacion que presenciaron millares de *hombres de bien* que acudieron de todos los extremos de Paris para gozarse en tu vergüenza y tus sufrimientos, espectáculo há tiempo solicitado y al que acudieron con la misma impassibilidad que si se tratara de una fiesta. ¡Cómo se agolpaban á tu paso todas esas gentes honradas! ¡Cóhubieran corrido á presenciar la ejecucion del famoso Lesage si les hubieran otorgado esa diversion suprema! ¿Y aun sientes compasion por semejante gente? ¡No tienes sangre en las venas! Son nuestros enemigos, ¿lo entiendes? nuestros enemigos irreconciliables: tratémoslos como á tales y tomemos nuestra revancha.

—Soufflar tiene razon,—dijo la bella Alicia entusiasmada por aquel ardor salvaje; —¿por qué tener piedad de los que no la tienen con nosotros? eso es imbécil?

—Ya habia dicho yo que Soufflard era un hombre,—dijo la Vollard no menos entusiasmada que Alicia.

Lesage y Micaud no parecian convencidos, sin embargo.

—¿Quieres que te diga lo que te detiene? —repuso bruscamente Soufflard mirando á Lesage frente á frente. No es la compasion ni el miedo á la muerte, porque no eres imbécil ni cobarde; lo que te detiene es la idea de la guillotina.

Los dos bandidos se estremecieron; Soufflard habia adivinado.

—¡La guillotina! ¡la guillotina se ha hecho para los tontos! En cuanto á mi, no olvides lo que voy á decirte; pueden sentenciarme á muerte, pero Charlot no cortará este cuello ni servirá de diversion á esa multitud feroz y cobarde que se recrea en ver la mueca que hace un hombre en el momento de caer su cabeza en la canastilla. Nunca, ¡lo juro, lo juro!

—Sin embargo,—murmuró Micaud.

—No hay sin embargo; ¿no tenemos siempre medios de dejar la vida? En fin, yo tengo mi manera de ver las cosas, creo que soy dueño de mi cabeza hasta el últi-

mo momento y probaré á todo el mundo que no hay quien tenga fuerza bastante para matar á Soufflard.

El aplomo del bandido acabó por vencer la resistencia de Lesage, cuyo rostro vendia las impresiones que en su espíritu se iban sucediendo, impresiones que no escapaban á la penetracion de Soufflard.

—En fin,—dijo este,—¿entras en el negociado? si no, le hago yo solo.

—Pues bien, entro,—dijo ya Lesage haciendo un esfuerzo;—la prendera del Temple tendrá su merecido.

—¡Gracias á Dios!—dijo Fifi.

Y esta grave determinacion fué seguida de un silencio solemne; cada cual comprendia que acababa de dar el primer paso en una via sangrienta á cuyo término como siniestro fantasma se alzaba el verdugo.

Soufflard fué el primero á romper el silencio exclamando:

—Sobre todo nada de dilacion. hoy estamos á 2 de junio, es preciso que el 5 este concluido el negocio.

Y dirigiéndose á la Vollard, repuso:

—¿Será posible?

—Mañana si quereis.

—¿Todos vuestros datos son ciertos?

—Yo doy fé de ellos,—apresuróse á decir Fifi.

—Calle del Temple, número 91, ¿no es eso?

—Sí.

—Iré mañana á estudiar el terreno.

—Sé prudente,—dijo Lesage siempre receloso,—si te vieran, si un curioso se fijara en tí, bastaria para poner á todos los *guiris* sobre nuestra pista.

—Tranquilízate, iré disfrazado; mañana aquí á la misma hora nos reuniremos,—y al decir esto se puso en pié y tomó su gorra.

—¿Tienes casa?—le preguntó Lesage.

—Ya lo creo, tengo tres.

—¿Tres?

—Raton que no conoce más que un agujero, pronto le pilla el gato; he meditado mucho ese proverbio y le encuentro de gran valor.

Iba á dirigirse á la puerta despues de saludar á la reunion, cuando la bella Alicia se levantó, echó un pañuelo sobre sus hombros y repuso.

—Soufflard, teneis coche abajo, ¿no es verdad?

—Si tal,—dijo el bandido mirándola con sorpresa.

—¿Me quereis llevar con vos?

Proposicion tan estraña causó general asombro, y el mismo Soufflard no sabia qué responder.

De repente Micaud se levantó; estaba lívido, sus labios trémulos, y en su mirada habia una espresion terrible.

—Alicia,—balbuceó,—esa es una broma, ¿no es verdad?

—Es una decision formal,—dijo friamente la hermosa,—me marchó con Soufflard.

Micaud vacilo, llevó la mano á su frente y permaneció algunos instantes sin poder articular una frase... De repente arrojóse sobre el cuchillo que aun estaba sobre la mesa y dijo con voz gutural como el rugido del tigre:

—Pues bien, ¡no saldrás viva de aqui.

Y quiso lanzarse sobre ella; pero una mano de hierro se apoyó en su hombro, haciéndole caer con violencia sobre la silla.

Era la mano de Soufflard. La cólera de Micaud volvióse entonces contra su rival y levantó la mano para herirle...

Soufflard no se movió; dejó caer sobre Micaud una mirada que debia tener algode magnética, porque Micaud quedó inmóvil y su mano soltó maquinalmente el cuchillo.

—Me la llevo, ¿lo oyes?—dijo Soufflard, siempre fascinándole con su mirada.

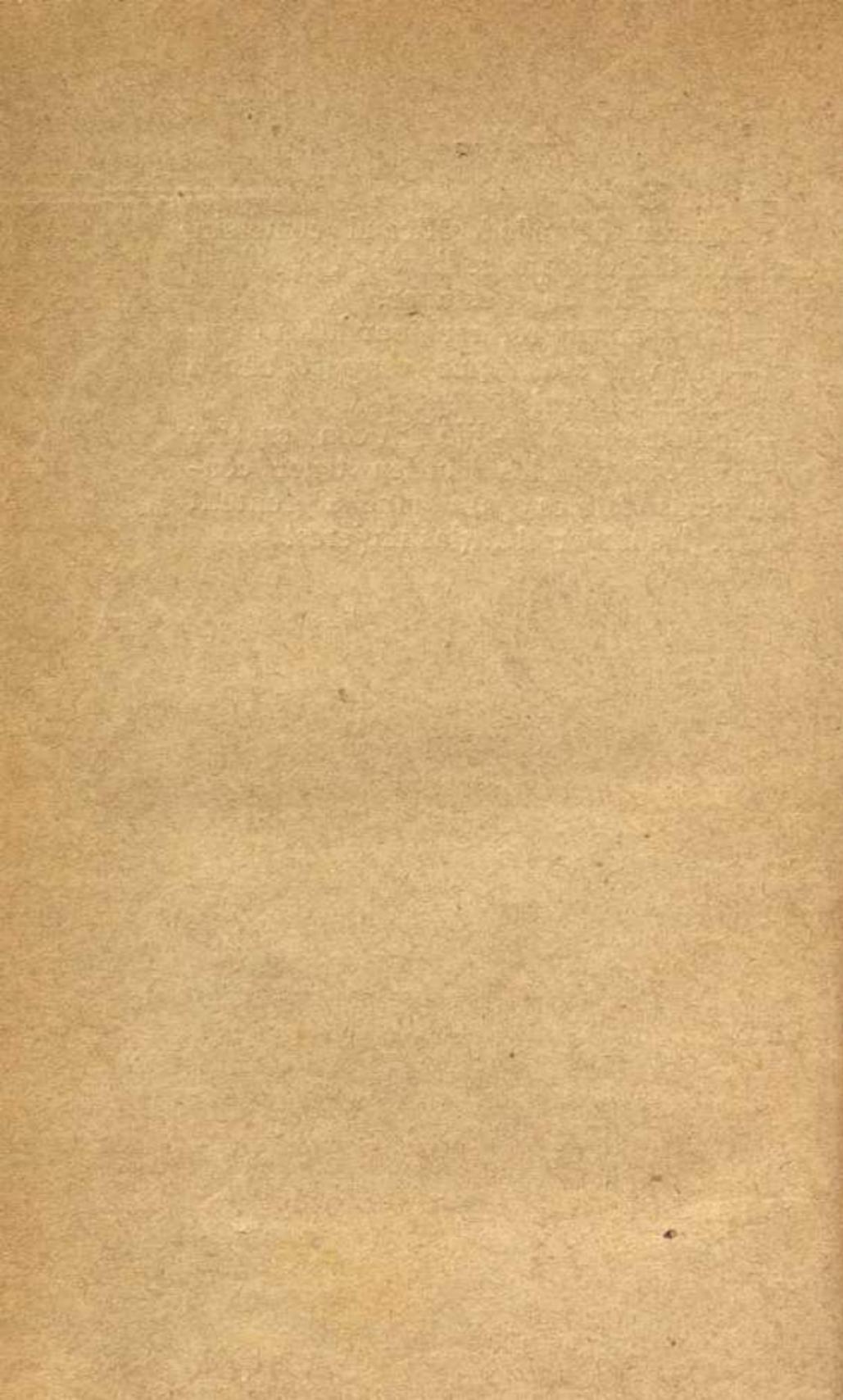
Y volviéndose á la hermosa, dijo:

—Vamos.

Y salieron, dejando á Micaud como sin sentido. El coche que se llevaba á Soufflard y Alicia le sacó de su estupor.

—¡Oh!—murmuró, rechinando los dientes.—¡Me vengaré!... ¡me vengaré, aun á costa de mi cabeza!

—Eso me escama—dijo Fifi con su aire picaresco. Estos celos pueden tener consecuencias fatales para mucha gente... ¡Oh!... ¡las mujeres!... ¡las mujeres!



VI.

Sueño de niña.

El 5 de junio, día señalado por los bandidos para la ejecución del crimen, he aquí lo que pasaba en casa de los esposos Renault.

Mientras el padre y la madre estaban aun en el lecho, Elisa ya vestida hacia una hora, aunque eran apenas las seis, ocupábase en estender sobre su lecho un traje nuevo y de buen gusto, una enagua blanca, un cuello de encajes y una gorra con cinta de color de rosa, como el vestido.

Cuando lo hubo ordenado todo, con el mismo cuidado que un naturalista toca las alas de una mariposa, alejóse algunos pa-

sos para mirar su tesoro á los primeros rayos del sol que penetraban por la ventana abierta.

Es que aquel dia, aunque no era domingo, debian cerrar la tienda muy temprano para irse á pasear al prado de San Gervasio y por vez primera Julio Crisson, el futuro de Elisa, estaba admitido para acompañarlos y ofrecer su brazo á la jóven.

Hé aquí, porque la niña repasaba con esmero todas las prendas de su traje y se decía:

—¡Creo que me encontrará linda!

Despues que salió de su cuarto fué á llamar al de sus padres, diciendo que ya habian dado las seis y media y que eran unos perezosos.

—¡Pobre niña!—dijo la señora Renault sonriendo;—sin duda cree que hará correr el reloj á fuerza de ir y venir.

Y despues de un rato exclamó:

—La mujer de la colcha ha venido ayer con su marido.

—Y que habeis hecho?

—La ha dejado por quince francos y volverán hoy para comprar dos colchones.

Y cambiando de tono añadió:

—¿Por qué no cierras la tienda á las tres?

—Imposible, á las tres es lo mejor de

la venta, no es posible ántes de las cuatro.

El desgraciado no sospechaba que acababa de pronunciar la sentencia de muerte de su mujer!

Soufflard y su gente habian decidido que el golpe se daría á las tres.

Los dos esposos se levantaron, hablaron del próximo matrimonio de su hija, de retirarse ellos á una casita de campo, y discurren largo rato en la intimidad de la familia.

Volvamos á la banda, reunida en el *Gzan Guijarro*.

Soufflard, que habia tomado la direccion del *negocio*, distribuyó así los papeles.

La mujer Hardel y Alicia debian ir á apostarse cerca de la tienda del Temple, vigilando de cerca al padre y á la hija, y al menor síntoma de peligro se destacaría una de ellas á prevenir á sus cómplices.

Micaud y la Vollard debian vigilar delante de la casa de la calle del Temple, servir de exploradores á los asesinos y avisarles, por medio de una señal convenida, si asomaba por la calle algun *moscardon*, ó sea agente de policia.

Fifi debia ocuparse de los porteros de la casa, los esposos Coussaint, cuyas simpatías habia ya conquistado.

Por fin, Soufflard y Lesage eran los en-

cargados de subir á casa de la mujer Renault y dar el golpe.

A las dos y media cada cual estaba en su puesto.

Lesage y Soufflard, reunidos en una taberna situada no lejos de allí, aguardaban la hora convenida para obrar, esto es, las tres en punto,

Lesage estaba pálido, y tan preocupado, que podia apenas responder á su camarada.

Soufflard, por el contrario, mas animoso á medida que se acercaba el momento terrible, pensaba en todo y tomaba sus medidas con terrible sangre fria.

—No habrás olvidado lo esencial,—preguntó á Lesage.

Este comprendió y medio sacó del bolsillo un cuchillo de hoja delgada que parecia afilada de nuevo.

Soufflard sacó tambien del bolsillo del chaleco un instrumento particular, cuya hoja corta y aguda tenia mucho parecido con el tirafondo, arma favorita de Lercenaire su heroe y su modelo.

—Cada uno tiene su mérito,—dijo despues de comparar ambos instrumentos de muerte;—ahora acordemos la manera de obrar. He visto ayer con tu hermana la casa de la preñera Renault, y he advertido que tiene almohadones colocados en la

parte alta de la anaquelera; aquellos son los que necesitamos ver. Subirá en una silla para alcanzarlos, ó en una gradilla, y en aquel momento tu cierras la puerta, yo introduzco esta hoja en su vientre, cae, le echo las manos al cuello, tú acudes y la rematamos entre los dos.

—Bien, bien..., me acordaré,—dijo Lesage fingiendo un aplomo que desmentia el temblor de su mano.

De repente se levantó.

El relój de la taberna habia dado las tres.

—Vamos,—dijo Soufflard;—este es el momento de probar que eres un hombre; aplomo, ó todo se ha perdido.

Salieron despues de pagar al tabernero unas copas á las que apenas habian tocado y se dirigieron al número 91; estaban ya á unos veinte pasos, cuando Lesage se detuvo.

—¿Qué te detiene?

—No sé qué tengo,—dijo Lesage que estaba horriblemente pálido;—tengo la garganta seca, quisiera beber agua.

—¡Acabas de beber vino que es mejor, basta de simplesas, á trabajar!

Y arrastró á Lesage que vacilaba como un hombre ébrio, entrando ambos en el portal de la casa.

En aquel momento la mujer Hardel y

Alicia llegaban á Micaud y la Vollard, pálidas, demudadas.

—¿Donde están Lesage y Souflard?—dijo una de ellas.—Avisadles, hay que dejar el asunto para mañana.

—¿Para mañana?—dijo Micaud.

—He sorprendido algunas palabras entre el padre y la hija: va á ayudar á su madre á vestirse, quizá nos sigue de cerca, tiene prisa por salir. ¡Vamos; avisadles!

—Ya han entrado.

—¡Maldicion!

Hubo un momento de silencio.

Si un agente de policía hubiera pasado en aquel momento por allí, hubiera preso á aquellos cuatro individuos solo al ver sus fisonomías.

—Si yo entrara á avisarles...—dijo Alicia dando un paso hácia la casa.

—Es tarde,—dijo la Vollard deteniéndola.—Están ya hace dos minutos, y el *negocio está en camino*.

—Ahí está la hija,—dijo la mujer Haddel.

Elisa Renault acudia, en efecto, con el rostro animado, radiante.

—¿Que hacemos?—dijo Alicia con inquietud.

—Nada,—repuso Micaud,—llegará á mitad del lance... Tanto peor para ella. No habia entrado en cuenta.

En aquel momento la jóven penetraba ligera y risueña en el portal, y saludando amistosamente á la portera, empezó á subir la escalera.

—Ahora se arma la zambra;—dijo Micaud,—¡desfilemos, desfilemos!

—Si, pero no lejos,—dijo Alicia,—necesito saber...

Y fueron á fijarse á cincuenta pasos más allá en un portal desde el cual se veía la casa número 91.

Todos se retiraron al fondo y solo Alicia se quedó en el umbral. Despues de algunos instantes de observacion lanzó una exclamacion de sorpresa.

—¿Qué es eso?—preguntó la Vollard.

—La jóven.

—¡Imposible!

—¿Ensangretada?—preguntó Micaud.

—No por cierto.

—¿Asustada al ménos? —

—Tampoco; vuelve tranquila hácia el Temple, y solo, al parecer, contrariada.

—¿Que significa esto?

Reinó de nuevo el silencio y la ansiedad de los cuatro criminales se prolongó aun diez minutos.

—Aqui están,—dijo de repente Alicia.

—¿Quién?

—Ellos.

—¿Y qué?

—Lesage lleva paquetes y Soufflard...
Y se detuvo como aterrada,

—¿Y bien?

—¡Soufflard tiene sangre en las manos!

—En marcha, pues—dijo Micaud,—y
cada uno por su lado. Ese es el medio de
no inspirar sospechas.

VII.

La porteria.

Hé aqui lo que habia pasado en la casa de la calle del Temple.

El lector sabe ya que Fifi y la Vollard se habian instalado en la porteria para distraer á los esposos Toussaint, mientras pasaban Souffiard y Lesage.

La portera habia ofrecido una cereza en aguardiente al pobre huérfano, y este, celebrando el licor, el fruto y hasta el árbol que le dió ser, enternecia á la mujer refiriéndole los últimos instantes y las últimas palabras de su madre, cuando los bandidos se presentaron en la puerta.

Entonces, como si no pudiera contenerse

su emocion, escondió su cabeza entre ambas manos y estalló en sollozos.

Como habia previsto, los dos esposos acudieron á prodigarle sus consuelos, y mientras Lesage y Soufflard pasaron desapercibidos.

Ejecutada esta maniobra, la prudencia aconsejaba á Fifi alejarse ántes de la explosion que iba á producir el drama; pero ya se vé, Fifi no tenia reloj y habia allí colgado debajo del retrato del portero, un calderillo de plata que atraía sus miradas desde que habia entrado en la porteria.

Se quedó, consintió en consolarse, y hasta aceptó un vaso de agua y vino que le ofreció la señora Toussaint, profundamente impresionada por sus virtudes filiales.

Llevaba el vaso á sus lábios y las miradas al calderillo de plata, cuando la voz argentina de Elisa Renault dijo estas palabras á su espalda:

—¡Buenos dias, señora Toussaint!

Fifi volvió bruscamente la cabeza y se estremeció.

—¿Qué teneis?—le dijo la portera.—Bebed, esto os repondrá.

—Gracias,—repuso el muchacho dejando el vaso sobre la mesa,—no me siento bien...

—En efecto, está blanco como el papel; ¡pobre chico!

Era que Fifi Vollard aguardaba con ansiedad los gritos de terror de la jóven, que iban á poner en conmocion á toda la vecindad, á todos los transeuntes, produciendo la aprehension de los asesinos sorprendidos *in fraganti*.

Dos minutos corrieron, minutos terribles para Fifi, que hubiera querido estar lejos de alli y tomar carrera sin mas esplikacion.

—¡Calle, la señorita Elisa que baja!—dijo de repente el portero.

—¿Ya?

Eifi sintió un desvanecimiento y aguardó la esplosion sin respirar.

La jóven se detuvo delante de la porteria y preguntó.

—¿Ha salido mamá?

—No por cierto, no le he visto; ¿y tú?—dijo la portera á su marido.

—Tampoco.

—¿Habeis llamado?

—Ya lo creo, dos veces.

—Pues habrá salido.

—Corro á ver si ha ido á la tienda y no hemos cruzado en el camino.

Y se alejó diciendo con mal humor:

—Todos son percances; ¡á buena hora vamos á salir!

—¡Pobre muchacha!—dijo la portera sonriendo;—es el primer día que sale con su novio.

Fifi respiró.

Si la madre no había respondido á su hija, es que ya no la oía; esque, bañada en su sangre, era ya cadáver.

Elisa volvió en breve.

—Mamá no puede haber salido,—dijo.

Y mostrando una llave que traía en la mano, añadió:

—Voy á llamar con esto; creo que ahora me oirá.

Y se lanzó á la escalera; pero no había subido aun cuatro êscalones cuando se encontró con un hombre vestido con redingot azul, y un envoltorio en la mano.

Era Soufflard que procedía á su cómplice y reconoció á la hija de su víctima; aterrado al pronto, recobró entonces su sangre fría y volviéndose á Lesage que le seguía, gritó:

—Cerrad la puerta.

—¡No cerreis, señores, subo yó!

Pero Lesage, comprendiendo la idea de Soufflard se apresuró á cerrar, pasó por delante de Elisa y ambos bajaron rápidamente la escalera y salieron á la calle.

Elisa Renault llamo, primero con la

mano, despues con la llave.

—¡Dios mio! ¿que significa esto?—esclamó,—y mamá debe estar, porque esos hombres...

La palabra espiró en sus labios y palideció al ver manchas rojas en el descansillo.

Al fijarse en ellas advirtió que marcaban la huella de un hombre y entonces acometida de un siniestro presentimiento, lanzó un grito, bajó rápidamente, y pálida como una muerta se detuvo delante de la porteria balbuceando.

—¡Mamá no respondió! ¡hay sangre á la puerta! ¡asesinada quizá!

Despues dejóse caer en una silla inmóvil; como muerta.

—Vé á avisar á Mr. Renault,—dijo la portera á su marido.

El portero salió mientras su mujer, ayudada de Fifi, entraba á Elisa en la porteria.

—Corro á buscar un médico,—dijo Fifi, que habia ya descolgado el reloj, aposentándolo en su bolsillo.

Y sin aguardar el consentimiento de la portera, se lanzó á la calle.

Ya allí, trémulo, turbado á pesar de su travesura, permaneció unos instantes sin saber qué partido tomar: por fin se lanzó hacia el Temple, cuyas estrechas calles le

ofrecían un refugio seguro, al tiempo que vió avanzar á Pedro Renault acompañado del portero.

—¡El padre!—murmuró retrocediendo bruscamente,—*chucho*, no es el momento de arrojarle en sus brazos.

Y volvió hácia la derecha, pero en el instante de tomar aquel camino vió levantarse delante de él una figura que le hizo el efecto de la cabeza de Medusa.

—¡Milord!—balbuceó aterrado.

Milord era un agente de policía, espanto de los malhechores de Paris y muy estimado en la calle de Jerusalem, á cuya prefectura de policía habia dado grandes pruebas de celo y de inteligencia.

Milord no era su nombre, sino un apodo con que se le conocia, debido á la extraordinaria sangre fria que demostraba en las situaciones mas peligrosas.

Como fascinado á la vista de tan terrible enemigo, Fifi Vollard, queriendo huir, sentia sus piés clavados al suelo; pero una exclamacion de Pedro Renault hirió subitamente su oído, y puso fin á su estupor.

—¡Ah! no,—dijo mirando hácia el lado por donde venia el agente,—te cedo el paso.

Y volviéndose á la izquierda se alejó en direccion del boulevard.

VIII.

El cadáver.

La siniestra nueva era ya conocida en toda la casa y más de treinta personas aguardaban al pié de la escalera la llegada del prendero.

Este manifestaba tal desesperacion en su mirada que todo el mundo sintióse conmovido como si los alcanzase parte en su desgracia.

Despues de una larga pausa, Pedro Renault exclamó enjugado el sudor y las lágrimas que inundaban su rostro.

—¡Oh, no, no es posible! la niña se ha engañado, ¡mi mujer, mi pobre mujer!

Y mirando á los que le rodeaban añadió:

—¿No es verdad, que es imposible?

Nadie respondió, y aquel silencio tenia tal elocuencia, que el desdichado se sintió convencido y murmuró con voz entrecortada:

—¡Yo moriré tambien, yo moriré!

En aquel momento, un caballero, con redingot abotonado hasta la barba, se abrió paso entre la multitud que se agolpaba delante de la casa.

—¿Y bien, á qué toda esta gente? ¿Qué pasa aquí?

—Una desgracia horrible, segun dicen, un asesinato.

Un destello iluminó los ojos del hombre que acababa de preguntar.

—¡Ah!—dijo con singular acento.

Y con mas curiosidad que compasion añadió:

—¿Quién es la víctima?

—La perla de las esposas y de las madres, caballero, la pobre señora Renault cuya hija está ahí en la misma porteria y ha visto las huellas de los asesinos y casi se ha encontrado con ellos. Esto es horrible, ¿no es verdad?

—¿La conociais?

—No, pero eso no importa.

Y añadió con una impasibilidad que

asombró no poco á su interlocutora.

—¿El asesino, le han preso?

—¿Preso? ¿Acaso la policía llega á tiempo alguna vez?

—¿Es decir que ha desaparecido?

—Ya estará lejos si no ha dejado de correr.

—Muy bien hecho.

—¡Como! ¿y es esto todo lo que teneis que decir?—dijo aquella mujer con ademán airado.

—Pues es claro, si le han dejado marcharse, ha hecho bien.

Y abriéndose paso á fuerza de puños llegó hasta la portería.

Los porteros auxiliaban á la jóven que estaba tendida en el lecho sin conocimiento; el recién llegado les preguntó quién era el individuo que habian visto subir y bajar de casa de la mujer Renault, y los esposos Toussaint confesaron que no habian visto á nadie.

—¿Como es posible? ¿Entonces, qué haceis aquí?

—Yo os diré, señor,—repuso el portero, —nos habiamos distraido un momento prestando nuestros auxilios á un pobre huérfano que estaba ahí mismo donde estais vos.

—Entonces él lo habrá visto todo, ¿dónde está?

—Ha salido á buscar un médico y ya debia haber venido.

El desconocido murmuró como para sí:

—Los porteros vueltos de espaldas y el muchacho en mi sitio... ¿Qué hora era cuando vino ese muchacho?

—Yo os diré señor...

Y al ir á buscar con la vista su relój, exclamó:

—¡Gran Dios!

—¿Que es eso?

—¡Mi reloj ha desaparecido!

—Eso prueba que vuestro huérfano era un cómplice de los asesinos; ¡él os ha robado vuestro relój!

Y salió dejando atónitos á los porteros y un instante despues estaba en el descansillo de los esposos Renault; allí habia tambien gran número de curiosos que tuvonecesidad de apartar para abrirse paso poniéndose á estudiar con interés extraño las huellas de sangre que habian aterrado á la pobre Elisa Renault.

Este exámen duró breves minutos; levantóse bruscamente, se acercó al anciano, al que dos ó tres mujeres daban ya fútiles consuelos, y le dijo:

—Escuchad, pobre hombre: en lugar de engañaros con suposiciones pueriles, predaraos al esclarecimiento de la verdad:

vuestra mujer acaba de ser asesinada; todos los indicios lo prueban.

—¡Asesinada!— balbuceó Pedro Renault.

—Ved,—repuso el desconocido mostrando las huellas rojas en el pavimento,—esta sangre es la suya, estas huellas prueban que habia dos asesinos, es preciso derribar la puerta y socorrer á la victima si aun tiene vida.

El individuo que así hablaba era un hombre de elevada estatura, vigoroso, con la cabeza acaso demasiado pequeña para su cuerpo, pero habia en su espresion una sagacidad, una penetracion en su mirada, que sus ojos brillaban como los diamantes negros en el fondo de sus órbitas.

—Vamos, dadme esa hacha,—dijo al padre Renault, que tenia una en la mano sin fuerzas para manejarla.

Tres hachazos derribaron la puerta y ofrecióse á los ojos de los circunstantes un cuadro de horror, un espectáculo terrible, pero elocuente, lleno de verdad y en el que resaltaban los detalles de una lucha suprema sostenida entre la víctima y los asesinos.

A pocos pasos de la puerta, en el centro del almacén, el cadáver de la mujer Renault con el rostro hacia el suelo y bañada en un mar de sangre; restos de sus ves-

tidos estaban dispersos por el suelo y señales de manos ensangrentadas, unas grandes otras pequeñas, veíanse sobre los almohadones, las ropas, el suelo, cerca de donde habia caído la victima para no levantarse mas.

Todo el mundo iba á precipitarse en la estancia cuando el hombre del hacha dijo bruscamente:

—Atrás todo el mundo, solo el marido!

Pedro Renault estaba ya arrodillado cerca de su mujer y exclamaba con desesperacion:

—¡Muerta, inuerta!

Y gruesas lágrimas corrían de sus ojos.

Tres nuevos personajes intervinieron en este momento, el comisario de policía, el escribano y un médico.

—¡Vos, Milord!—dijo el comisario al individuo que acababa de cerrar el paso á la multitud; vuestra presencia puede sernos de gran utilidad.

El agente de policía se inclinó y el comisario hizo retirar á los curiosos para proceder á la primera investigacion.

Un instante despues no quedaban en el teatro del crimen mas que cinco personas; el comisario, el escribano, el médico, el agente de policía y Pedro Renault, siempre arrodillado junto al cadáver.

IX.

El falderillo.

Volvamos á sucesos anteriores.

Esto pasaba la misma noche de la terrible escena que hemos presenciado entre Alicia y Micaud.

Eran las cinco cuando Fifi Vollard se dirigia al boulevard de los Italianos con su perrito debajo del brazo.

El gracioso animal, lavado, peinado, con una cinta de color de rosa, tenia un aire aristocrático que hizo sensación á cuantas personas pasaban por el boulevard, todo el mundo le admiraba, y como habia supuesto Fifi, las mas lindas damas se detenian para prodigarle sus alabanzas.

—¿Cuánto quereis por ese perrito?—preguntó una por fin.

—Yo querria cien mil francos,—dijo tranquilamente el granuja.

—¡Bah!

—Y aun seria de valde.

—¡Aunque le hubieran alimentado con diamantes y los llevara en el estómago!

—Mejor que eso.

—¿Como?

—¡Es símbolo de la dicha! Ha hecho venturosas á dos jóvenes mucho ménos lindas que vos.

—¿De qué modo?

—La segunda se casa hoy con un viejo y cuatro mil libras de renta.

—Tiene gracia, y acaso el perro...

—Ha sido el causante, señora.

—El muchacho me parece que ha cenado fuerte

—¡Es una alhaja, un verdadero anzuelo para las damas!

—¿Estais en vos?

—Confesad que es imposible verle sin acariciarle.

—Eso es verdad.

—Pues bien; en el momento en que un galan le acaricia, vos lanzais un suspiro.

—¿Para qué?

—Para que os pregunten por que suspirais.

—¿Y despues?

—Declarais que á punto de partir para

un largo viaje teneis que separaros de *Diamantino*, es el nombre del perro; como es natural, el caballero os propone comprarle, vos le pedís tiempo para reflexionar, el se queda con la seña de vuestra casa... ¡y de aquí á un matrimonio no hay mas que un paso!

—¡Teneis ingenio!

—¡Oh! he sido mucho tiempo criado de una señora de intriga y conozco todos los recursos.

—Dejando aparte el matrimonio, el perro me agrada y le necesito para entretenimiento. ¿Cuanto quereis por el perro? Porque lo de los 100 mil francos ha sido broma.

—Para otra no, para vos treinta francos.

—Es caro.

—¿Cuánto ofreceis?

—Veinte.

—Nunca! ¡un vástago de pura sangre! ¡un animal que!...

Fifi se detuvo, á cien pasos de allí acababa de apereibir una silueta de mujer mayor que caminaba desasosegada como buscando algo y reconoció al punto á la dueña del perrito.

Le buscaba, detenía á toda las mujeres que llevaban perros y á todos los

que los vendian adivinando el paradero del suyo.

Fifi estaba fascinado; la vieja se adelantaba, la mirada penetrante del perrillo fijábase ya hacia aquel lado y agitaba su cola y sus patas con instintos de rebelion.

Los sargentos de villa se cruzaban por el boulevard, fijando mas de una mirada recelosa en el pilluelo desarrapado que vendia un perro tan lindo.

Un minuto de vacilacion y todo se perdía.

—Vengan los veinte francos y tomad el perro,—dijo Fifi poniéndolo bruscamente en brazos de la compradora.

En cuanto hubo tomado los veinte francos exclamó:

—¡Podeis estar orgullosa de haber hecho un buen negocio! ¡os he dicho que el perro os lleva la dicha y pronto lo vereis! Llevadle así, en los brazos, bien á la vista y ya vereis el efecto.

Y dicho esto desapareció entre la gente, mientras el perrillo daba cada vez mayores muestras de impaciencia.

Fifi no se alejó; queria gozar del espectáculo que iban á darle la antigua y nueva propietaria del perro, y se situó en la esquina de la calle de Choiseul. Dos minutos habian pasado apenas cuando gritos agudos y la multitud reunida hacia un punto

del boulevard le dieron á entender que habia empezado la contienda.

Todos los transeuntes se agolpaban en torno de las dos mujeres que se disputaban tan preciosa prenda... Bien hubiera querido Fifi disfrutar de cerca de la comedia que habia preparado; pero era harto prudente para ceder á la tentacion, y se dijo:

—¡Desfilemos!

Y se alejó por la calle de Choiseul, muy pegadito á las casas.

—¡Bien habia yo dicho que no tardaria en convertir el perrito en oro!—pensaba, acariciando la moneda que llevaba en el bolsillo.—Pero no es esto todo, no he conquistado una pieza de veinte balas para dejarla enmohecer en el bolsillo: la dividiré en cuatro y con una rueda blanca me regalaré un medio chico, y á Isidoro, y á Catalina si quieren aceptar mi cumplimiento. Es una chica guapa, pero que me mira por encima de su nariz griega, ni mas ni menos que si descendiera de los Montmorency.

Y de monólogo en monólogo, Fifi Volard llegó á la calle de Jardines, calle estrecha, desierta casi siempre, que por un lado salia á la calle de la Espuela y por otro á la de Mignon; alli vivia la familia Pinchard.

En el momento que entraba en la call

de Jardines, Fifi apercibió en el umbral de la puerta de una taberna un hombre y una mujer que hablaban; el hombre ancho de hombros, vientre abultado, afeitado el rostro, salientes la nariz y la barba, hubiera podido servir de modelo á Enrique Monnier para la figura de Prudhomme. La mujer de mediana estatura, tez morena, negros ojos, frente estrecha y ancha de cuerpo, no fea á pesar de la exuberancia de formas, era de un aspecto que chocaba á las miradas menos susceptibles, acusando uno de esos tipos que no se dejan salir á la luz del día.

—¡Calle la Morenilla!—dijo Fifi.

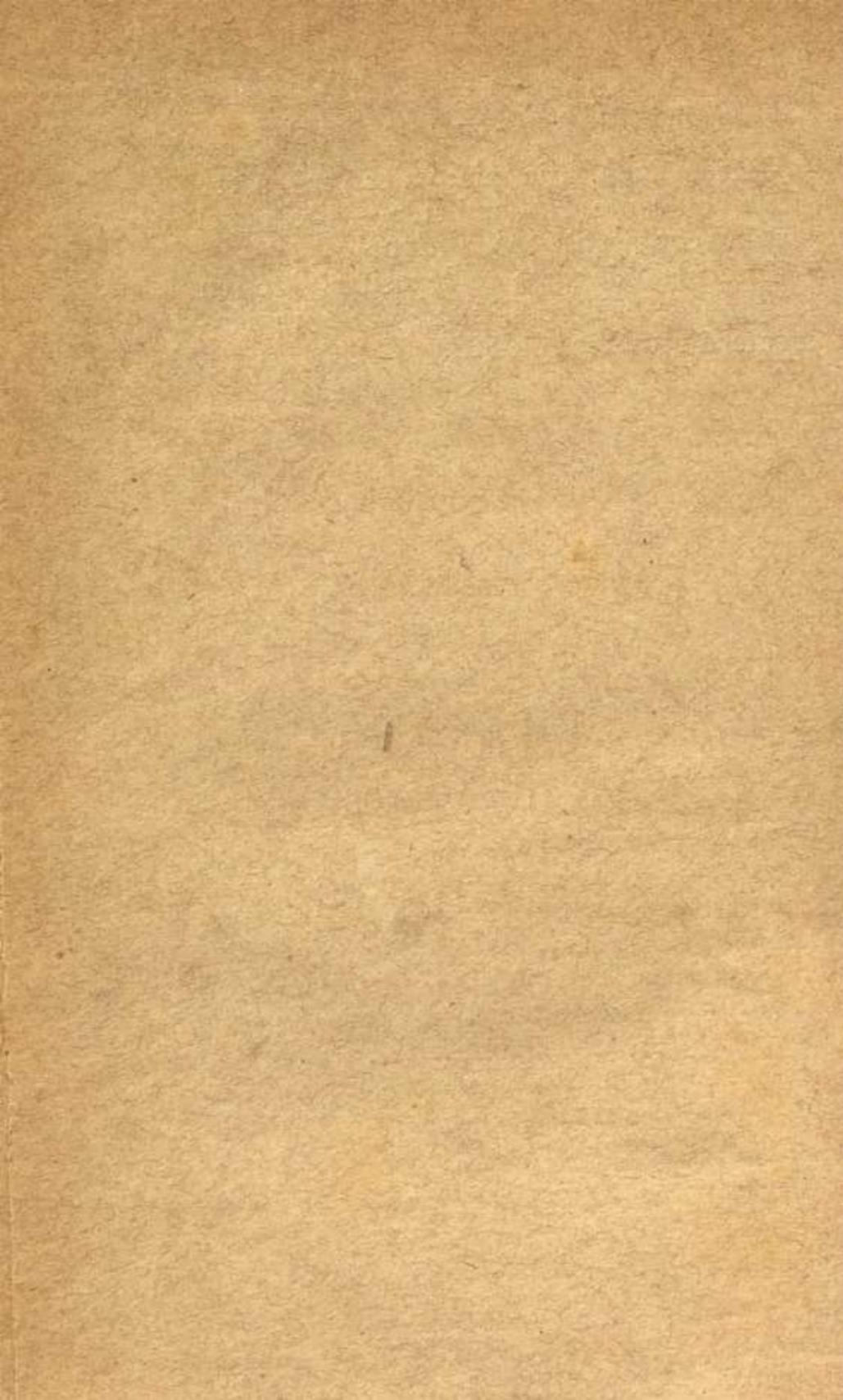
Iba á pasar de largo, porque comprendia las conveniencias de no abordarla en aquel momento, cuando la mujer que le apercibió le hizo una seña indicándole el interior de la taberna, á lo que obedeció Fifi exclamando:

—¡Obediencia al sexo! esta es mi divisa. Era aquella una pieza tan mal alumbrada, tan triste y tan húmeda, que se hubiera creído penetrar en una cueva sin las exhalaciones nauseabundas que forman la atmósfera de tales sitios.

—¡A Mr. Gontier!—decía en aquel momento la Morenilla á su interlocutor;—sois un hombre excelente y prometó seguir todos vuestros consejos.

—Bien, bieu, hija mia; ya os veré á ver si va adelante la enmienda,—dijo aquel hombre con acento casi paternal.

Y se alejó despues de depositar algo en la mano de la Morenilla que entró rápidamente á reunirse con Fifi.



X.

Fifi y la Morenilla.

—¿Como es eso?—la preguntó el gatera;
—habeis renunciado el coche?

—¿Eh?

—¿El carreton de flores que arrastrábais
por esas calles para distraer vuestros
ócios?

—Si, he renunciado.

—¿No marchaba bien el comercio?

—Perfectamente, y cuando arrastraba
mi carreton por esas calles todo el dia,
soportando el sol en verano y el frio en in-
vierno, no me volvia á casa sin cinco fran-
cos y á veces con seis.

—¡Famosa prebenda!

—Volvia con los brazos rotos de tirar de

mi carreta y las piernas tan rígidas, que apenas podía subir hasta mi guardilla, y sin embargo, era dichosa, muy dichosa, porque en ella encontraba alguien á quien yo amaba, á quien entregaba el producto de mi día, y que me decía: «Gracias, Tonita, eres una buena muchacha.»

—¡Ah! ¡Comprendo! ¡Ser amado! ¡He ahí mi sueño! Vuestra historia, me interesa, continuad.

—Un día que empujaba mi carreta por la calle de Bac, oí detrás de mí una voz que repuso con acento burlón: «¡Qué lindo tocado! ¿Se ha puesto por papalina el colchon?» Yo llevaba un pañuelo de cuadros á la cabeza, y era de mí de quién se burlaba. Me vuelvo furiosa, y ¡qué es lo que veo! á él, que llevaba del brazo á la mujer que acababa de insultarme.

—¡Oh, si yo encontrase una mujer que me comprendiera y que tirase de una carreta por mí! Pero las naturalezas sensibles no tienen nunca esa suerte; seguid, seguid.

—Por la noche le pedí cuentas de su proceder, ¿y sabes lo que me dijo? Que era culpa mia, y contemplando mis manos llenas de grietas, mi rostro curtido, mi vestido remendado, repuso: «¿Acaso tienes manos de mujer? ¿Se visten así las mujeres?... ¡Infame! ¡Por él andaba yo como una ne-

gra por esas calles! Toda la noche la pasé reflexionando cómo tener las manos blancas y vestidos bonitos... Al día siguiente volví á emprender mi oficio de planchadora; pero el tufo de carbon era mortal para mí...

—Al menos tu abnegacion le conmoviera. ¿Se volvió mas amante?

—Poco tiempo despues entraba en la Force.

—¿Tuvo algo que ver con el procurador del rey?

—Todas las semanas yo le llevaba lo que podia, pero ya hace ocho dias fui y me dijeron que ya no estaba, que estaba libre.

—¿Iria á buscaros al punto?

—No, no le he visto; por eso te he hecho entrar.

—¿Para qué?

—Para que me des noticias.

—¿Le conozco?

—Conoces por lo menos á uno de sus camaradas de Tolon, con quien te he visto el otro dia en el Temple.

—¿Como se llama?

—Micaud.

—Es verdad; ¿y el otro?

—Souflard.

—¡Ah!

—¿Le conoces?

—¡Ya lo creo!

—¿Le has visto!

—Le he visto.

—¿Hace poco?

—Hace poco: tenemos *un negocio* los dos.

Aquella mujer, aunque depravada, cogió con vehemencia la mano de Fifi, y repuso:

—¡No te asocies con Soufflard; es tu muerte.

—¿Eh?

—No ha venido á mi, y es que hay por medio una mujer.

Y cambiando repentinamente de tono, exclamó:

—Si, hay una mujer, no tengo duda; ¡pero que esté en guardia! Esta vez no me contentaré con llorar; me vengaré y haré caer su cabeza ántes que cederle á otra. ¿Dónde vive?

—Le veo en la taberna del *Gran Guisarro*.

—¿Las señas de Micaud?

—No sé calle ni número.

—¡Tampoco lo necesito! Soufflard va á dar un golpe, se hablará de él y basta. Si no viene le denuncio. Adios, Fifi.

Y salió, presa de violenta agitacion.

—¡Chucho!—dijo Fifi;—tomaré todas

las precauciones; corramos á casa de Isidoro.

Fifi Vollard siguió una calle estrecha y se internó en un portal oscuro, subiendo una escalera en la que no se detuvo hasta el quinto piso.

Allí, en aquel descansillo, que era el último, habia dos puertas pintadas de amarillo, y una de ellas tenia esta inscripcion:

Francisca Pinchard, sillera.

La puerta estaba entreabierta; Fifi la empujó y entró.

Los tres Pinchards estaban sentados en sillas de asiento roto y en torno de una mesa donde habia tres tazas de café puro, una jarra rota que servía de azucarero, una botella de aguardiente y una cuchara de estaño, de la que se servian todos.

La sillera era una mujer de cincuenta años, facciones angulosas, ojos grises y duros, vestidos miserables, cabellos enmarañados y con la actitud indolente y cinica que acompaña á todos los vicios.

Isidoro Pinchard, pequeño, flaco, raquítico, pero muy peinado, muy perfumado, cuyos cabellos formaban un abultado tupé sobre la frente, tenia mucha parecido con Fifi Vollard.

En cuanto á Catalina era una hermosa

jóven semejante á la Venas de Milo, cuyas facciones de una regularidad perfecta, cuyo rostro de palidez mate, estaba realzado por el brillo de dos ojos negros guarnecidos de largas y cedosas pestañas.

Por todo vestido tenia una falda de india y un cuerpo de camisa que dejaba enteramente descubiertos dos hombros de una redondez escultural, mientras sus piés estaban calzados con zapatillas de seda color de rosa, nuevecitas: tenia apenas diez y siete años.

—Tomarás café con nosotros,—dijo la madre Pinchard á Fifi.

—Gracias, el café no me llama; el aguardiente ya es otra cosa, me sirve de aceite de higado de bacalao, que me recomiendan los médicos y escede á mis medios de fortuna.

—Por eso estás pálido.

—¡La palidez! Ella hacer soñar á las mujeres.

—Segun en la cara en que la miran,—esclamó Isidoro.

—Toma,—esclamó la sillera.

Y arrojando al suelo el contenido de su taza, la llenó de aguardiente y se la dió á Fifi.

—¿Y los negocios?—preguntó Isidoro encendiendo su pipa artísticamente atacada.

- Hay uno en el cesto.
—¿De provecho?
—Regular, una prendera.
—¿Fácil?
—No mucho.
—¿Será preciso?
—Jugar el gran juego.
—¿Quién baraja?
—Soufflard y Lesage.
—Esos ganan la primera mano, pero la moza.
—¿Qué?
—La moza la gana siempre el mismo.
—¿Quién?
—Charlot, ¡el verdugo!
—Eso escuenta de los que están ya en edad de la razon; yo soy menor de edad para la guillotina.
—Es verdad, lo más que pueden hacerte, si el negocio sale mal, es ir á fabricar zapatos hasta la edad de veinte y un años.
—Es posible, pero mi sueño es otro, y eso es precisamente lo que me trae.
—¿Cómo?
—Tengo que pedirte un favor.
—¿Cuál?
—Favor de amigo.
—Habla claro.
—Mañana abordamos la cuestion.
—¡Capital!
—Y vengo á saber si mañana, despues

del negocio, me puedes prestar tu redingot.

Isidoro colocó la pipa sobre la mesa y contemplando á su amigo exclamó:

—¡Ah, mi pobre Fifi, tienes mala suerte!

—¿Cómo?

—Mañana me presento en el mundo.

—¿A donde vás?

—A la barrera del Combate.

—¿Con damas?

—No; con un inglés que quiere ver una pelea de perros.

—¿De modo que no puedo contar con tu redingot?

—Imposible, la amistad de un par de Inglaterra tiene exigencias.

—Voy á buscarle á otra parte.

Fifi se levantó y hablando de modo de que su voz no llegase al cuarto de Catalina, repuso:

—Mañana, á las tres el terremoto; en el caso de que la policia se ocupe de mi con algun interés, ¿puedo venirme aquí?

—Ven cuando quieras, querubin,—dijo Francisca Pinchard, que tenia el aguar-diente sensible.

XI.

La sangre habla.

Volvamos á la calle del Temple, sangriento teatro del crimen, donde hemos dejado á Pedro Renault, acompañado del doctor, de Milord, del comisario y del escribano.

El médico declaró que era preciso desnudar la muerta para examinar el número y la profundidad de las heridas.

—Comprendo, comprendo, yo mismo la desnudaré,—dijo el desgraciado esposo.

Y empezó su tarea interrumpiéndose á cada instante para enjugar las lágrimas que le impedían ver, ó para limpiar la sangre que corría por el rostro del cadáver.

El médico tuvo necesidad de ayudarle y

pocos instantes despues podian apreciar, por el estado del cadáver, la horrible lucha que habia sostenido la víctima y el enañamiento de los asesinos, exasperados sin duda por la resistencia con que no habian contado, tratándose de una mujer.

Al aspecto de aquel cuerpo cubierto de heridas, Pedro Renault volvió á estallar en sollozos y era horrible en efecto el espectáculo de aquel cuerpo cubierto de sangre y de heridas, algunas tan profundas, que habian desgarrado nervios y músculos como hubiera podido hacer un operador para una demostracion anatómica.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué les habia hecho mi pobre mujer?—esclamaba Pedro Renault besando á su mujer sin cuidarse de que su sangre manchaba sus ropas y su rostro.

Desde el rincon de la estancia, donde permanecia inmóvil, Milord contemplaba aquel espectáculo con una impassibilidad que no alteraba ni lo repugnante del cadáver, ni la afliccion del marido de la víctima.

El agente no pensaba mas que en los asesinos y todos los detalles que hacian estremecer á los otros de dolor ó de piedad, era para él objeto de estudio é hipótesis, mas ó menos ciertas.

Sobre el cadáver, sobre los muebles, so-

bre el pavimento, su mirada investigadora buscaba un rayo de luz y todas sus impresiones se concentraban en el anhelo de perseguir á los asesinos de dia y de noche, sin descansar hasta echarles la mano encima.

El médico se levantó despues de un escrupuloso reconocimiento.

—Y bien, doctor,—dijo el comisario mientras el escribano se disponia á escribir;—dictad vuestra primera declaracion.

El médico declaró encontrar diez y siete heridas mas ó menos graves sobre el cadáver, y las mas graves en la garganta, una en la sien y otra en el vientre.

Solo la primera, la del cuello, era mortal porque habia penetrado hasta la sexta vértebra, y segun su opinion, habia producido la muerte instantánea desgarrando la médula espinal.

El comisario y Milord procedieron enseguida al exámen del sitio.

La sangre que manchaba todos los muebles, tomaba voz para referir el siniestro itinerario de la víctima en tan pepueño espacio y marcar todos los detalles del horrible drama.

Señalaba claramente los sitios donde, sujeta por los asesinos, la desgraciada habia

luchado, donde habia caido, dejando en el pavimento estampadas sus manos, que se encontraban mas lejos, sobre un mueble buscando apoyo; despues mas lejos, y por último, á la puerta de entrada, donde se encontraban señales de la contraccion desesperada de aquellos dedos que se esforzaban por abrir, mientras los asesinos repetian sus golpes.

Cerca del cadáver habia un almohadon ensangrentado, al que sin duda se habia asido la infeliz en sus últimos momentos; en el dormitorio, las cortinas y las sábanas de la cama, tenian tambien señales de sangre pero de muy distinto caracter; alli parecia que se habian limpiado las manos ensangrentadas los asesinos, y de un secreter abierto veíanse papeles arrojados por el suelo, y por doquiera ropa tirada ú objetos que habian considerado de poco valor.

Cuando lo hubieron examinado todo minuciosamente, el comisario dijo al agente de policia:

—Ahora que todo lo habeis estudiado y analizado, decidnos si teneis conviccion ú opinion formada, por lo menos, respecto á los autores del crimen.

El agente volvió á recorrer con la vista toda la estancia, y despues, siempre sombrío y preocupado repuso:

—Si señor, tengo casi una convicción, y me atrevería á asegurar quiénes han dado el golpe.

—¿En qué la fundais?

—En el cinismo, en la insensibilidad brutal que revelan todos estos detalles. El ensañamiento con la víctima, la tranquilidad para limpiar sus manos antes de salir, todo prueba que eran hombres avezados al crimen, de seguro cumplidos de presidio.

—Ya es algo para poder encaminar vuestras investigaciones, solo que hay en Paris unos cinco mil licenciados de presidio.

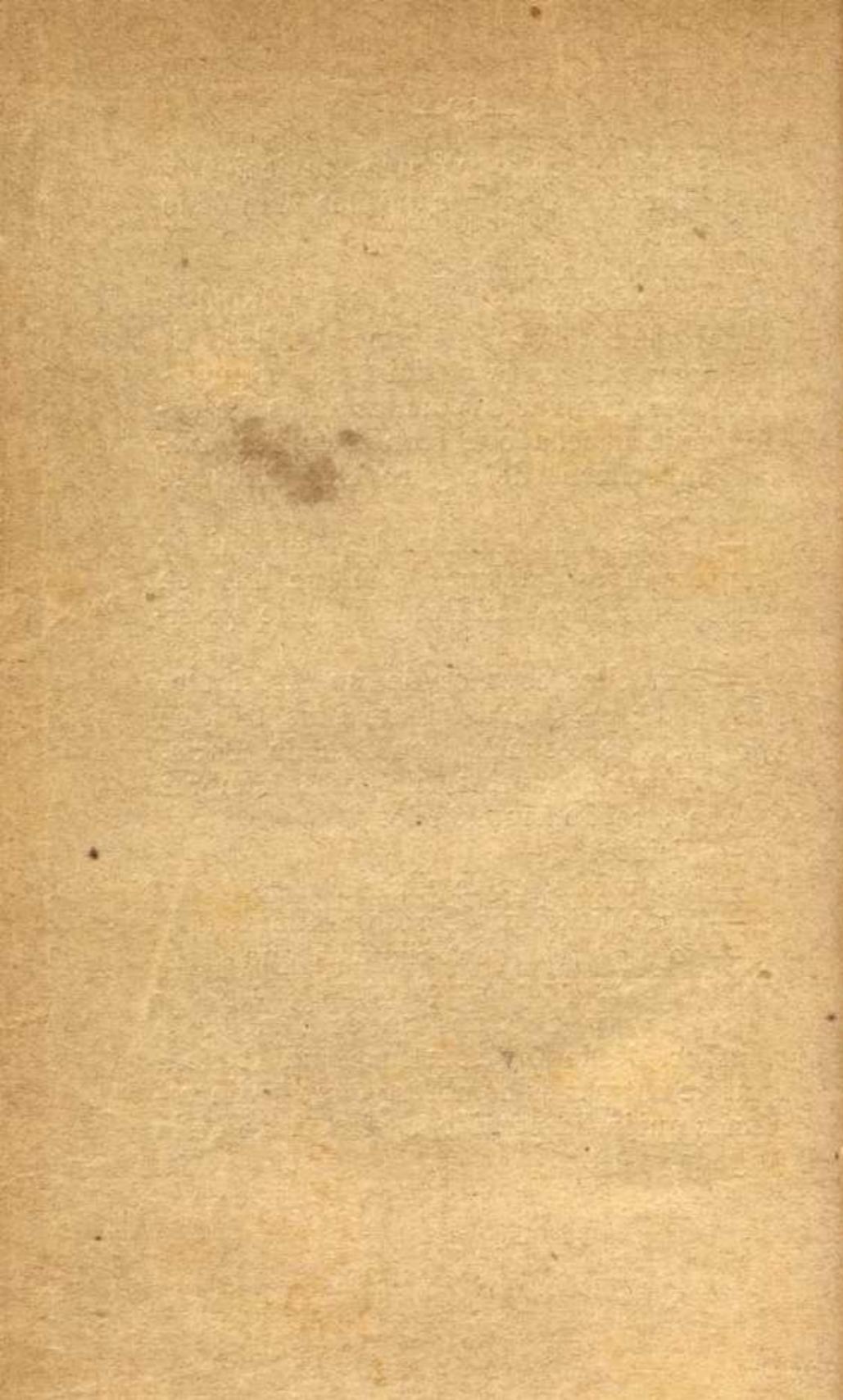
—Y muchos capaces de un asesinato, bien lo sé; pero un asesinato á las tres, en un barrio de los mas populosos de Paris, no hay mas que veinte de esos hombres que se atrevan á intentarlo.

—¿Veinte?

—Solo veinte; entre ellos buscaré.

—Tarea difícil y peligrosa, Milord.

—No hace falta para ella mas que sagacidad y buenos puños; y creed que cualquiera de mis negocios no es cómodo de ventilar. Desde hoy comienza un duelo á muerte entre esos hombres y yo... ¡Allá veremos quién ha perdido la vida al fin de la jugada!



XII.

Despues del crimen.

Al salir de la casa donde dejaban un cadaver, los dos asesinos subieron la calle del Temple con direccion al boulevard, y á pesar de su decantada rerenidad, tan turbados iban el uno y el otro, que Soufflard no habia reparado las gotas de sangre que habian salpicado el pecho, la corbata y hasta el rostro de Lesage, sin que este á su vez reparase que conservaban vestigios de sangre las manos de Soufflard.

Caminaban rápidamente, la mirada fija adelante, pálidos, mudos, sin atreverse á volver los ojos, temiendo revelar la inquietud que les domininaba; su ansiedad era

grande por huir del teatro del crimen, y en breve se hizo tan imperiosa esta necesidad, que apenas se creyeron un poco lejos de la casa ambos echaron casi á correr olvidando toda prudencia.

Llegaban por delante de los baños turcos, cuando una mujer, la señora Aubert con la cual se encontrarán un dia delante del tribunal, gritó á Lesage que llevaba una caja en la mano:

—Buen hombre, que dejais caer los cubiertos de plata.

Los dos asesinos oyeron, en efecto, el ruido de una pieza de plata sobre la acera; pero lejos de detenerse para recojerla, vieron en aquel incidente un peligro mas y una razon para precipitar su fuga.

A la indicacion de aquella mujer, Lesage se estremeció de terror y murmuró:

—Así se cayera todo para correr mejor.

Pero estas palabras fijaron la atencion de Soufflard, que no perdía nunca del todo su razon, y sujetándole por el brazo exclamó:

—¡Imbécil! ¿Quiere perdernos? Recoje lo que has perdido.

Despues de un momento de vacilacion Lesage, obedeciendo mas á la autoridad de Soufflard, que á la prudencia, volvió hacia atrás y permaneció un instante indeciso sin atreverse á dar un paso al ver que cua-

tro ó cinco personas se habian detenido en torno de la cucharilla caída y no era posible pasar desapercibido; por fin, haciendo un esfuerzo de serenidad, adelantóse, cogió la cucharilla que guardó en el bolsillo y se reunió aceleradamente á Soufflard.

Antes de alejarse del corro habia oido decir á un pilluelo burlon:

—¡Calle, se pinta de encarnado la barba! ¡que coqueteria!

Este chico reaparecerá en su dia como todos los que al parecer representan ahora un papel insignificante, pero que no en balde coloca la Providencia en el camino de los asesinos para poder un dia marcar su itinerario y ayudar á esclarecer la verdad.

—Ahora vamos despacio en lugar de correr, volvamos la primera esquina y entremos en un café.

—¿En un café?

—¡Silencio y obedece!

A unos cincuenta pasos estaba la calle de Nuestra Señora de Nazaret, en la que entraron bruscamente, pero un mandadero público estacionado en la esquina de aquella calle, advirtió la alteracion del rostro de aquellos dos hombres y dijo á uno de sus camaradas:

—De seguro son rateros: si fuera yo autoridad les echaba mano.

No lejos de allí, apercibieron un café de pobre apariencia.

—A estas horas estará desierto,—dijo Soufflard.

Y dirigió una mirada recelosa á los cristales antes de entrar.

—¿Y bien?—preguntó Lesage siempre inquieto.

—Nadie.

—Soufflard abrió resueltamente la puerta y entraron en el café; abrazó toda la sala una mirada, se instaló en el rincón mas oscuro, en una mesa colocada entre el hueco de la escalera espiral y una puerta vidriera y pidió:

—Dos vasos de agua con azúcar.

—¿Para que hemos entrado aquí?—preguntó Lesage.

—Mira,—dijo mostrando sus manos,— para hacer desaparecer esto... ¡y eso!—y señalaba la barba y la ropa de Lesage.

—¡Sangre!—esclamó este con terror.

—La llevas hasta en la cara.

—¡Ah, por eso aquel muchacho!...

—¡Silencio!

El camarero traía los dos vasos, una botella y azúcar.

Tambien este quedó sorprendido del aire singular de aquellos dos parroquianos, y al alejarse despues de haberlos servido,

no pudo ménos de volver dos ó tres veces cabeza.

—Pronto, pronto,—dijo Soufflad en cuanto el mozo hubo desaparecido.

Y olvidando el azúcar, que no necesitaban, se sirvieron agua para hacer desaparecer los vestigios de sangre de sus manos y sus ropas.

—¡No hubiera creído nunca que pudiera salir tanta sangre de un cuerpo humano!—dijo Lesage.

—Lo que yo no hubiera creído es que fuera tan difícil acabar con una mujer.

Y añadió enjugando sus manos en su propio pantalon.

—Es verdad que no era una mujer, era una leona.

—¡Y estás seguro de que ha muerto?

—Pues ya lo creo, el último golpe que le di, no marra; ya ves que estaba seguro del éxito.

—Lisongero éxito..!

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir,—añadió Lesage con aire sombrío,—que á estas horas no daría un sueldo por nuestras cabezas.

—Tu miedo te trastorna; la mujer ha muerto y nadie nos ha visto.

—¿Olvidas á la hija? Esa nos puede reconocer, nos ha visto.

Soufflard guardó silencio un instante y repuso

—¡Si yo hubiera estado solo, no habria tal peligro!

—¿Cómo?

—Hubiera dejado entrar á la hija y hubieran quedado allí las dos.

—¡Nunca! ¡Basta de sangre! crei que no acababa de correr nunca. Me daba vértigo.

—Ya lo he visto, por eso ha renunciado á *acogotar* á la hija: ha sido una tontería créeme, pero ya está hecha.

—¿Y que hemos ganado en el negocio?

—Eso es lo que vamos á ver, porque ya comprendes que he tomado sin contar...

Iba á echar mano al bolsillo, cuando de repente se detuvo y palideció.

—¡Qué tienes?—dijo Lesaje alarmado.

—No te muevas; serenidad,—dijo Soufflard, que hacia esfuerzos sobrehumanos para dominar su emocion.

—¿Qué pasa?

—Crees que estás aquí solo y á salvo de todas las miradas, ¿no es verdad?

—Cierto.

—Pues bien, te engañas.

—¿Cómo?

—A tu lado, á dos pulgadas de tu cabeza, detrás de las cortinillas blancas de esa vidriera, hay dos cabezas, dos mujeres que nos observan, que no han perdido de seguro ninguno de nuestros movimientos desde que hemos entrado aquí.

Aquellas dos mujeres eran el ama y la encargada de las ropas del café.

—Ved esos hombres,—habia dicho la segunda á la primera;—¡qué aire tan siniestro! ¡cualquiera los tomaria por malhechores!

Y desde entonces, en efecto, no dejaron de mirarlos.

Apesar de la recomendacion de Soufflard, Lesage tuvo necesidad de un gran esfuerzo para no volver bruscamente la cabeza.

—¿Estás seguro?—balbuceó.

—Las estoy viendo; sus ojos no se separan de nosotros.

—¿Y habrán oído?...

—Nada, porque hablamos muy bajo, pero nos han visto lavar la sangre.

—¡Somos perdidos!

—No, si tenemos serenidad.

—¿Qué hacer?

—Esas mujeres observan porque creen que nó las vemos. Escucha, pues; á diez pasos de aquí hay un pasaje que conduce á la

calle de Vert-Bois, por allí escaparemos.
¿Tienes la caja con la plata?

—Sí.

—Pues bien, nos levantamos de repente, yo dejaré una moneda en el mostrador sin aguardar vuelta, entramos por el pasaje, y mientras las mujeres cuentan lo que han visto, nosotros estamos lejos.

—¡En marcha!

—¡En marcha!

Los dos se levantaron como movidos por un resorte, y ejecutaron al pié de la letra el plan convenido; cinco minutos despues habian pasado cinco ó seis calles y estaban en seguridad.

XIII.

La fuga.

Los dos malhechores ganaron el mercado que habia á pocos pasos de la calle de Vert-Bois, y siempre preocupados con la idea de hacer perder su pista, se internaron en el laberinto de calles húmedas y fangosas que desembocaban con el mercado y cuya mayor parte ha desaparecido en la calle Turbigo.

Habíanse internado en la de Bourtibou-re, y siempre sombríos, taciturnos, caminaban muy pegaditos á las casas, mirando con desconfianza á todos los transeuntes, como si en cada uno presintiesen un agente de policia, cuando Lesage se detuvo delante de una barberia, y dijo:

—Entremos aquí.

—¿Para qué?

—Te repito que la hija nos ha visto; á estas horas tienen nuestras señas todos los moscardones de la prefectura, y es urgente cambiar de cara: que te afeiten el bigote, y la barba, y no hay analogía entre nosotros y los asesinos de la mujer Renault.

—Dices bien, pero no es prudente entrar puntos en la misma barbería.

—¿Quién puede observar?...

—Eso creíamos al nos en el rincón más oscuro de un café. Entra tú, yo buscaré otra barbería y dentro de diez minutos nos juntamos al extremo de la calle.

Lesage penetró en la barbería.

El barbero era un hombre flaco, anguloso, afeitado con esmero, con cabellos grises relucientes á fuerza de pomada. Adelantó la silla al nuevo parroquiano, que tuvo cuidado de colocar su preciosa caja entre las piernas.

—¿La barba?—preguntó á su nuevo cliente.

—Sí, vais á quitarme todo esto,—dijo Lesage señalando sus enormes patillas.

—¡Qué lástima! Unas patillas tan hermosas; otro tendría orgullo...

—Es que hace mucha calor.

—Ya, ya comprendo,—dijo el barbero comenzando los preparativos para empezar la operacion.

—Despacháos, tengo prisa.

—Seré muy breve.

Pero en el momento en que iba á acercarse navaja en mano, no pudo ménos de esclamar:

—¿Qué teneis? ¿Parece que estais azorado?

—Nada, nada,—dijo Lesage llevando su mano á la frente,—solo que... me aguardan, ¡tengo prisa! ¡mucha prisa!

Lo que turbaba al asesino era el capote de un sargento de villa colgado en una de las perchas de la barbería, que le inspiró de repente esta reflexion:

—El dueño de ese capote no está lejos; acaso tiene ya las señas de mi persona, y aunque no las tenga, si conoce el asesinato, si le choca mi aire, la caja que llevo en la mano...

Y se estremeció y no apartaba sus ojos del capote, siempre esperando ver entrar al agente de policia.

Por fin su ansiedad fué tan intolerable que olvidando la prudencia balbuceó señalando el capote:

—Vos teneis otro parroquiano; yo tengo mucha prisa, ya volveré

Y le interrumpió una carcajada del bar-

bero, que mostrándole una de sus patillas por tierra, exclamó:

—¿Estais en vos?... ¿quereis salir con una patilla sí y otra nó?

—Decis bien, ¿dónde tenia yo la cabeza? Despachad, despachad de cualquier modo...

Y su mirada no se apartaba de los cristales.

Por fin al cabo de diez minutos, que le parecieron diez siglos, estaba completamente afeitado.

Levantóse, y sin detenerse á lavar su cara encasquetó su gorra hasta las orejas, cogió de nuevo su caja, arrojó algunos sueldos sobre la mesa y salió bruscamente, respirando con libertad en cuanto se vió en la calle.

Dos minutos despues se reunia á Soufflard que ya le aguardaba sin el bigote.

—¿Y bien?—preguntó Lesage.

—Puedes desafiar á la misma policía, imposible reconocerte.

—¡Calle! ¡Soufflard y Lesage!—dijo en aquel momento una vocecilla burlona á pocos pasos de ellos.

—¿Eh?—dijeron los dos volviéndose estremecidos.

Y se encontraron con un muchacho de fisico miserable y una elegancia grotesca, con un vestido en el que su cuerpo tísico

se holgaba como una nuez seca en su cáscara.

—¡Fiff!—dijo Lesage asombrado.

—¡Calle! mi tío que se ha comido sus *chuletas*.—dijo el pilluelo, mirando los carrillos rasurados de Lesage.

—¡Calle!... ¿Tu, Fiff?

—El mismo—repuso este, mostrando con orgullo un pantalon de cuadros, tres veces más ancho de lo que él necesitaba;—y convendreis en que elegante, me atrevo á decirlo; pero estamos en la calle y no me parece momento oportuno para comunicarnos nuestras impresiones. Si quereis, os convido.

Y entró en una taberna próxima seguido de Lesagé y de Soufflard, pidió con aplomo una botella de vino lacrada que se hizo servir en un gabinete de los reservados y dijo á sus compañeros:

—Ahora podemos hablar.

—¿Cómo me has reconocido?—dijo Soufflard con inquietud.

—¡Pardiez, no es difícil! habeis cambiado de cara, pero no de piel, y desde hace dos horas no se habla mas que de vuestro redingot azul.

—¿Dónde?

—En la casa y en el barrio de la mujer

Renault, del redingot azul y del redingot castaño *del otro*. Son dos prendas que han alcanzado popularidad. Si pasais por el boulevard de los Italianos no dejaron de reparar en vosotros, sobre todo si os presentais juntitos, asi como en este momento, lo cual es un rasgo de valor.

—Este galopin dice bien,—repuso Soufflard,—es una locura continuar juntos.

—Y llevar nuestros paletós...

—*De trabajo*,—acabó Fifi.

—¿Cómo has sabido lo que dices?

—Interrogando á los individuos que salian de la casa.

—¿Has tenido la imprudencia de acercarte?

—No mucho, aguardaba á unos cien pasos y preguntaba á todos los que salian, todos hablan de las ropas, de los asesinos.

—¡Mil rayos!—dijo Soufflard,—estamos espuestos...

—A que dos agentes de los muchos que han acudido entren por aquí á echar un trinquis, hablen del negocio, citen el redingot azul y el redingot castaño, os reconoce el dueño de la casa y estais cogidos.

—Tienes razon, pronto, pronto,—dijo Lesage levantándose bruscamente.

—Despacio, querido tío, ¿olvidais que

á estas horas la mitad de los sargentos de villa tienen ya vuestras señas detalladas.

—¿Tan pronto?

—¿Sabeis quién es el primer agente de policia que ha llegado al sitio del suceso y á quien se le ha confiado la direccion de las pesquisas? A Milord.

A este nombre Soufflard se estremeció.

—Mal negocio,—repuso;—pero, en fin, le daremos guerra. Esta será la tercera vez que tendré que ver con él; ha ganado las primeras manos, pero veremos de quién es la última, porque esta partida será la última, la última sin remedio para uno de los dos. ¡La guillotina parami ó una puñalada para él! Milord es un zorro viejo; pero yo no soy manco, y nos veremos.

—En cuanto á mi,—dijo Fifi ostentando su traje,—ya veis que he tomado mis precauciones.

—¿Tú?

—Ya lo creo: se han hecho muchos comentarios sobre un jóven interesante que se hallaba en la porteria en el momento del asesinato y que ha desaparecido en compañía de un reloj. Se ha descrito su modesto traje que me ha obligado á adoptar este otro que he tenido la fortuna de encontrar en una estancia que estaba abierta, y adonde subí espresamente para esto.

—¡Y qué hacer?—dijo Lesage.—No podemos salir de aquí ni permanecer con estas ropas.

—¿Y el calor, mi querido tío?

—¡Eh! ¿Qué dices?

—Que el calor os permite ir como honrados obreros, en mangas de camisa con vuestro redingot al hombro, vuelto del revés.

—¡Gran idea!—dijo Soufflard.

—Sí, por hoy; pero mañana, pasado mañana...

—Mi tío es como los millonarios, que no recuerda su guardaropa: ¿no recordais ya cierto paletot de lana burda negra que dejásteis en casa de vuestra tía la señora duquesa tributaria de la calle de Blanc?

—Cierto, en la sucursal del Monte de Piedad.

—Ya veis cómo todo se arregla; ahora, hasta la noche, en el *Gran Guijarro*, por que los camaradas tienen gana de conocer y repartir el gato.

Un instante despues salian los tres y se separaban. Lesage llevaba su redingot al hombro vuelto del reves, y Soufflard el suyo arrollado debajo del brazo.

XIV.

En la calle de Jerusalem.

El asesinato de la calle del Temple habia producido en Paris profunda impresion, y como en aquella época la policia, odiada y temida por los republicanos, era atacada con violencia por la prensa, el jefe de policia daba gran importancia á la captura de los asesinos.

Por esto se confi6 la direccion de este asunto á Milord, cuya ambicion y profunda habilidad eran conocidas.

Halagado de la distincion, pero muy inquieto por la responsabilidad que le imponia, Milord comprendió que su porvenir dependia del resultado de aquella mision dificil, y pensó con calma en las probabi-



idades de triunfo y derrota con que podia contar.

¿Qué indicios tenia para guiarse en aquel crimen misterioso? Sabia que habia dos asesinos, el uno vestido con redingot castaño y el otro azul, pero no sabia mas, y sobre estos vagos indicios de un vestido que se reemplazaria por otro, habiase comprometido á encontrar á los dos asesinos entre el millon de hombres que encerraba Paris en aquella época.

A esta idea, el desgraciado agente sentia vencido por su impotencia, y mil obstáculos insuperables se ofrecian á demostrarle la ligereza con que habia contraido un compromiso que seria harto difícil de cumplir.

Sin embargo, su energia natural, su sagacidad, su ambicion, dábanle aliento y se prometia llegar á feliz éxito empleando una gran circunspeccion.

Bajo el imperio de esta resolucion, empezó á trabajar el dia siguiente del crimen, y aquella misma tarde se presentaba en el despacho del jefe de policia que le acogió con gran interés.

—Y bien, Milord, ¿Qué traeis que comunicarme?

—Poca cosa, señor.

—Por poco que sea, si se llega á cojer un cabo, él descubre la madeja ¿Qué ha-

beis hecho? ¿Qué habeis sabido?

—Al salir del núm. 91, continué la calle del Temple, pensando que los dos asesinos, porque insisto en asegurar que son dos, habrían tomado el camino de la Citty, donde tantos bandidos encuentran refugio en sus encrucijadas calles; he preguntado en todas las tiendas, á todos los mozos de cuerda...

—¿Y bien!

—Nada, me habia equivocado.

—Casi siempre se empieza por ahí.

—¿Y luego?

—He vuelto á mi punto de partida y en lugar de bajar la calle la he subido.

—¿Y esta vez?

—Un mozo de cuerda me ha dado alguna luz.

—Vió pasar dos hombres de traza sospechosa, á las tres y minutos, uno de ellos con una caja en la mano.

—Eran nuestros dos bandidos.

—Eran, y en breve tuve la prueba.

—¿Cómo?

—El mozo, con curiosidad por la facha de aquellos hombres, los siguió con la vista y los vió entrar en un café cercano.

—¿Iban á celebrar su triunfo?

—No tal, no han pedido mas que agua.

—¿Agua?

—Para hacer desaparecer la sangre que

habia en sus manos y en sus ropas.

—Esa es una congetura.

—Es una certidumbre; los han visto dos mujeres que han seguido todos sus movimientos.

—Esas mujeres os habrán dado sus señas

—Se han fijado en el bigote del uno y en las grandes patillas del otro.

—Es un indicio.

—Que ya no existe.

—¿Cómo?

—Pocos minutos despues las patillas estaban bajo la navaja de un barbero de la calle de Bourtibourg.

—¿Cómo habeis sabido eso?

—Por un sargento de villa que habita en la casa del barbero y que en el momento de entrar para que le afeitasen, le llamaron de su casa y salió cuando el hombre de las patillas entraba.

—¿Y despues de la barberia?

—Nada mas.

—¿No hay ninguno otro detalle?

—Uno.

—¿Importante?

—Creo que sí.

—Veamos.

—Dos ó tres dias antes del crimen, una mujer ha ido á proponer la venta de una colcha al padre Renault y ha pedido ver los objetos que tubiera en su casa para un

cambio y fué al dia siguiente con un hombre que dijo ser su marido, vieron varios objetos y no compraron nada. La portera los vió y asegura que el redingot del hombre era castaño; la jóven, Elisa Renault extrañó la espresion dura de aquella mujer, y por fin, hay un muchacho con blusa que estaba en la portería durante el crimen y ha desaparecido llevándose un reloj de plata.

—¡Diablo, es toda una banda de ladrones!

—Tanto mejor.

—¿Cómo?

—Cuanto más numerosos mejor podemos contar con sus divisiones, con sus torpezas...

—Es verdad.

—Además hay una mujer y las mujeres son en tales casos la Providencia de la policía.

—Por lo pronto vuestras pesquisas se reducen...

—A cero, bien lo sé.

—Pero no es una razon para desanimarse: habeis descubierto un momento la pista, ya la volveréis á encontrar.

—Así lo espero.

—Milord,—repuso el jefe de policía;—

este negocio conmueve á todo Paris, la opinion está fija en nosotros y nos pide la aprehension de los culpables; os otorgo tres dias para descubrirlos... pasado ese término os reuniré á Lacase.

Milord se estremeció á este nombre: Lacase era su rival, tan hábil, tan arrojado como él, y palideció á la sola idea de que pudiera salir airoso en un asunto en el que él quedaba derrotado.

—Señor murmuró el agente,—aunque debiera reconocer piedra á piedra á Paris, os entregaré antes de tres dias á los asesinos de la mujer Renault. Teneis mi palabra.

Despues de una pausa exclamó:

—¿Quereis dejarme ver los registros de los presidarios cumplidos y domiciliados en Paris?

—¿Estais en vos? ¿cinco mil legajos que examinar? los tres dias que teneis de término no son bastantes.

—Conozco muchos, lo he estudiado casi todos y solo me he fijado en veinte: esos solos son los que necesito estudiar de nuevo y en ellos encontraré lo que necesito.

—En hora buena, estudiad, registrad: hombres y documentos todo está á vuestra disposicion, porque, os lo repito, la mision es importante y para ella solo teneis tres dias.

—No necesito mas; en cuanto á hombres, solo pido á uno.

—Poco es.

—Ese me basta.

—Su nombre.

—Castro.

—Es nombre precioso en efecto, prudente, sagaz, infatigable.

—Y además dócil, incapaz de sustituir su inspiracion á la mia, comprendiendo que la menor iniciativa por su parte podria comprometer todo un plan que no conoce por completo.

—Tomad á Castro, os lo repito: hombres, documentos, dinero, cuantos medios de accion juzgueis necesarios, pedidlos; pero si con tales armas os dejais vencer por dos miserables que carecen de proteccion y de recursos, los adelantos en vuestra carrera no serán muchos.

El jefe se levantó, miró el calendario y dijo:

—Estamos á 6 de junio y son las diez de la noche; el dia 9 á esta misma hora os espero aquí con los asesinos, ó por lo menos con indicios, seguros para cojerlos. Hasta la vista, Milord: ahí teneis todos los legajos, registrad.

Y salió dejando al agente pensativo. Al cabo de un instante alzó Milord su cabeza, contempló los innumerables legajos que

ocupaban los estantes, y pensó.

—Los nombres y señas de los asesinos están ahí, todos los recursos de la policia están á mi disposicion; se trata de mi porvenir, de mi reputacion, de mi buen nombre... ¿Los dejaré escapar para que al dia siguiente Lacase los descubra? ¡Oh, imposible! ¡dentro de tres dias estarán en mi poder ó perderé la vida!

XV.

Una víctima de Fifi.

Al leer las novelas de Cooper, se llena uno de admiración ante los prodigios de astucia, de penetración, de paciencia de que dan prueba sus héroes buscando la pista de sus enemigos en la inmensidad de las selvas.

Encuentra uno á veces en el polvo una huella reciente, otro la yerba removida, un tercero las hojas secas y pisadas, y siempre investigando el terreno, siempre guiados por vestigios casi invisibles, acaban por reconstruir con su maravillosa sagacidad la verdad que ignoran y descubren el culpable en la impenetrable selva donde se creía seguro.

Pues bien, ese esfuerzo inaudito, esa obra maravillosa es la que realiza constantemente el agente de policia que trata de descubrir un hombre en el gigantesco hormiguero que se llama Paris.

Un hombre que en nada se distingue de los otros dos millones de hombres que le rodean, y que despues de cometido el delito cambia de traje, de cara, de nombre, y gracias á esta trasformacion pasea impunemente á la luz del sol ó entre las tinieblas de la noche, albergándose en una zahurda de los alrededores de Paris ó en una bohardilla de sus barrios populosos.

Con la conciencia de estas dificultades reuniéronse los dos agentes á la mañana siguiente en el barrio del Temple, y habian convenido en recorrerle cada uno de por sí y reunirse en un sitio designado.

Por la tarde á las siete Castro, molido, fatigado, desanimado á pesar de su paciencia, presentábase en casa del comisario de policia del barrio, esperando encontrar allí algun indicio, alguna declaracion que proyectase alguna pequeña luz en medio de sus tinieblas.

—Buenas tardes, Castro,—dijo el comisario.—¿Qué os trae por aquí?

—Un negocio que nos ha de dar cáñamo que retorcer á Milord y á mi; el negocio de la prendera del Temple.

—¡Ah! el asesinato de la mujer Renault. Era una excelente mujer, yo la conocía y daría cualquier cosa por descubrir á los culpables.

—No es tan fácil; seis horas hace que no paran mis piés y no estoy mas adelantado que esta mañana, por eso vengo á saber si vos habeis averiguado algo desde antes de ayer.

—Si, algo hay.

—¡Ah!—dijo Castro con alegría,—¿algo importante?

—No sé, pero á veces un hecho insignificante descubre una pista que seguir.

—Hablad, hablad,—dijo el agents con impaciencia.

—Hé ido esta mañana al Temple, he hablado con los comerciantes que tienen sus tiendas cerca de la del padre Renault, los hé interrogado sobre tan triste suceso, y hé aqui los datos que he recogido: el dia 5, entre dos y tres, es decir á la misma hora en que se verificaba el crimen, dos ó tres prenderos se han fijado en dos mujeres que hablaban á cierta distancia, observando de reojo la tienda del padre Renault.

—Las señas de esas mujeres.

—La de más edad, alta seca, de facciones agudas, rostro pálido, mirada sombría, iba vestida con traje de indiana amarillo con flores oscuras y un pañuelo de tartan

gris cuya punta caía hasta sus zapatos viejos y manchados de barro.

Castro sacó su cartera, consultó las notas que llevaba y dijo:

—¿No es la mujer que se presentó en casa de la víctima el día ántes en compañía de un hombre? ¿Y la otra?

—La otra dicen que formaba contraste perfecto con su compañera: era de veinte años apenas, su traje el de una griseta, graciosa en toda su persona, fresca, risueña, notable por la expresión de sus grandes ojos azules y la abundancia de su cabellera rubia.

—¡Esos son datos preciosos! imposible que mujer semejante no destaque en medio de tan inmunda banda y sea notada por nuestros agentes. ¿Hay más?

—La más joven de las dos mujeres, la rubia, se acercó dos ó tres veces á la tienda de Pedro Renault deteniéndose á la puerta como á examinar sus mercancías, pero quizá á escuchar lo que hablaban el padre y la hija; despues las dos mujeres se alejaron hácia la calle del Temple muy deprisa y muy agitadas.

—¿Qué más?

—Esto es lo único que han podido decir.

—Corro á comunicar esos detalles á Mirlord, que me aguarda en la calle del Temple.

—Tomad,—dijo el comisario dándole un papel,—son las señas de las dos mujeres.

Castro iba á salir, cuando entró brusca- mente un hombre, al que dijo el comisa- río:

—¿Qué quereis? ¿no veis que estoy ocu- pado?

—Perdonad, señor comisario, soy de- pendiente de un almacen de novedades: sal- go pocas veces y eso me ha impedido ve- nir á hacer mi declaracion el mismo dia del robo.

—¿Os han robado?

—Sí, señor comisario.

—¿Cuándo?

—Anteayer 5.

El agente, ya en el umbral, al oir esta fecha se detuvo.

—Hablad—dijo el comisario.

—Anteayer, despues de cerrar el alma- cen, subo á mi cuarto, quedándome sor- prendido al hallar la puerta abierta; entro y todas las ropas de mi eómoda estaban trastornadas, habiendo echado de menos una camisa, un par de botinas y un vesti- do completo. Es verdad que el que habia tomado este empréstito sin prevenirme, me dejó su vestido en lugar del mío, pero hu- biera podido llevársele, porque como veis,

no es el mas propio para recibir á las señoras que entran en el almacén.

Y mostró un pantalon y una blusa azul acribillados de agujeros y alfombrados de piezas.

El comisario examinó ambos objetos, y despues, mirando á su interlocutor, re- puso:

—El que os ha robado ha tenido mal tino, porque el que gastaba estos harapos era sin duda mucho mas bajo y mas delgado que vos. ¿Dónde vivís?

—Calle de los Félipes, núm. 2.

—Está bien; en cuanto se descubra algo se os avisará. Podeis retiraros.

—¡Ah!—dijo el jóven, que ya iba á salir;—olvidaba entregaros este reloj de plata, que estaba en el bolsillo de la blusa.

Y se disponia á salir cuando Castro le detuvo.

—¿Cómo es el vestido que os han robado?

—Traje completo de paño de cuadros azules y verdes.

—¿A qué hora ha tenido lugar el robo?

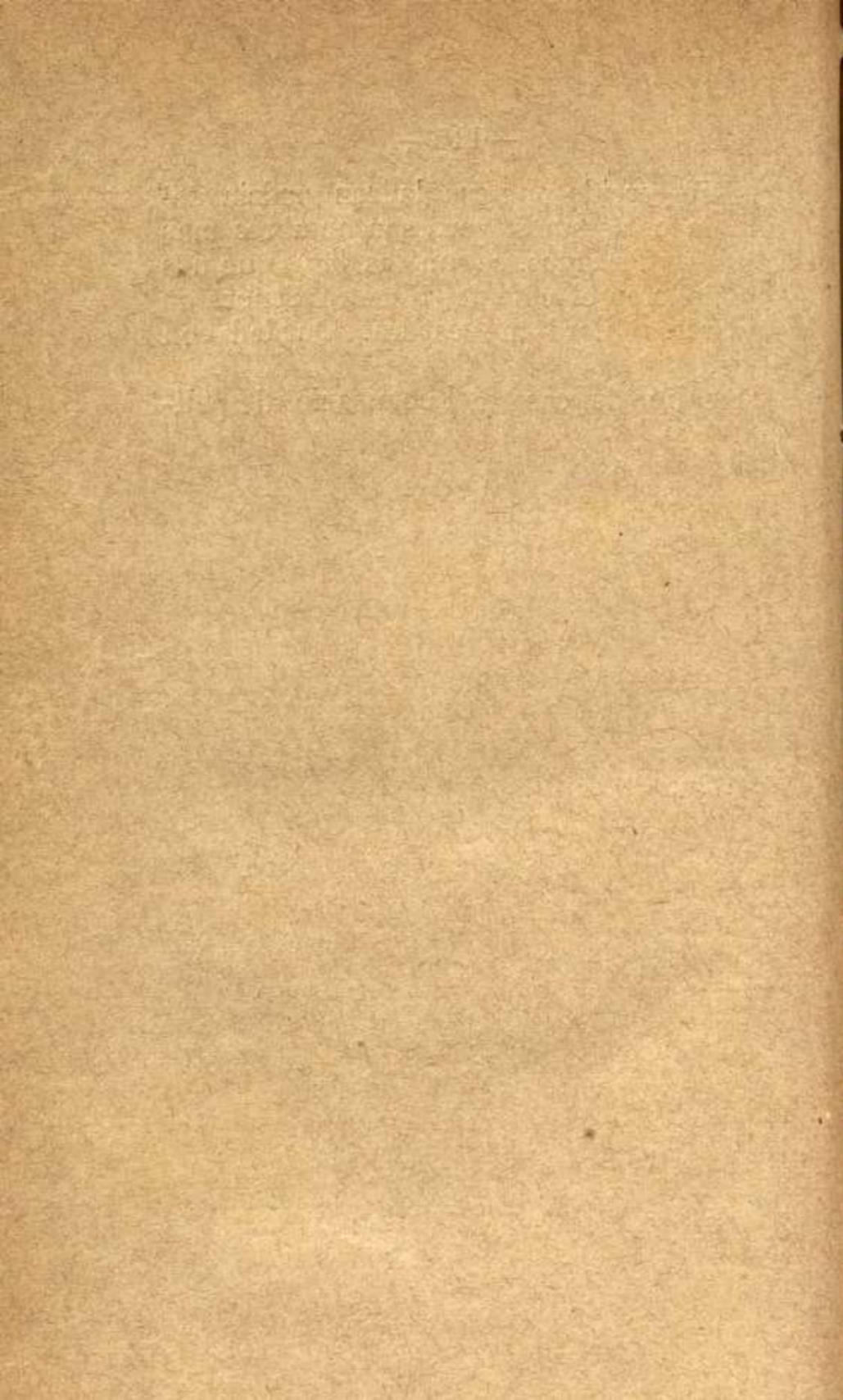
—Segun los informes de un vecino que creyó escuchar ruido, entre tres y cuatro de la tarde.

—Está bien.

Quando el jóven se retiró, Castro dijo al comisario:

—He creído que ese ladron podría ser uno de los asesinos, pero son hombres mas sólidos y forzudos, segun los datos que nos han dado en el café de Nuestra Señora de Nazaret. Milord me espera. Quedad con Dios.

Y salió de casa del comisario de policía.



XVI.

La caza en Paris.

Diez minutos despues Castro penetraba en una taberna, no lejos de la morada de los esposos Renault.

Era la misma donde hemos visto á Lesage y Soufflard antes de la ejecucion del crimen.

—¿Dónde está la persona que me aguarda?—dijo al dueño del establecimiento.

—¿Vuestro nombre?

—Castro.

—Está bien.

Y señalándole un gabinete con vidrieras y cortinillas encarnadas, el mismo donde los dos asesinos habian estado conviniendo el plan dos dias antes, dijo:

—Entrad ahí.

El agente abrió la puerta del gabinete y entró, pero dió un paso atrás al ver sentado delante de una mesa en la que habia una botella de cerveza un aleman gordo, colorado, redondeado el rostro por grandes patillas rubias.

—Perdonad,—dijo Castro disponiéndose á retirarse.

Una carcajada del aleman le detuvo, que terminó con estas palabras:

—Venid acá, Castro.

El agente reconoció con estupor la voz de Milord y entró cerrando prudentemente la puerta trás él.

—¿Parece que no estoy facil de reconocer?—dijo Milord.

—Hasta el punto de que si no hablais me hubiera marchado persuadido de que no érais vos.

—Eso quiero; es preciso que pueda introducirme entre esos canallas que buscamos sin que me reconozcan.

Y sirviendo un vaso de cerveza á su camarada, repuso:

—Hablemos del negocio; salgo de la casa de los esposos Toussaint.

—¿Los porteros del 91?

—Precisamente queria recojer algunos indicios.

—¿Y qué dicen?

—Que cuando han pasado los asesinos antes y despues del golpe, no han podido fijarse en ellos ocupados con el muchacho de que hablaron la primera vez y que debe ser un cómplice.

—¿Decís que era un muchacho?

—Sí, pálido, flaco, enfermizo...

—¿Os han dicho el traje que llevaba?

—Muy miserable, pantalon y blusa azul muy vieja.

—¡Ah! el mismo,—dijo Castro.—¿Y el matrimonio Toussaint, no ha echado nada de ménos?

—Si, un reloj.

—Un reloj de los que se designan con el nombre de calderillos, reloj de plata, abultado...

—Cierto. ¿Cómo sabeis?...

—Acabo de ver la blusa, el reloj y el pantalon.

Y contó lo que acababa de pasar en casa del comisario.

—Todo eso prueba que ese granuja que estaba en la porteria en el momento del asesinato era cómplice de los asesinos, y cómo habiais supuesto, él ha robado el reloj, y si presentais á los porteros la blusa y el pantalon, los reconocerán desde luego.

Milord reflexionó.

—Si, su desaparicion repentina, el cam-

bio de traje para no ser conocido, todo atestigua su complicidad en el lance.

Y despues de una pausa exclamó:

—La anchura extraordinaria de su nuevo traje deben hacer de ese pilluelo un personaje tan grotesco, que nuestros investigadores no tardarán en descubrirlo.

¡Los investigadores! Instrumentos preciosos, Argos vigilantes, con cuyos ojos la prefectura de policia, desde el fondo de la calle de Jerusalem está examinando constantemente todos los rincones de Paris; tienen por mision recorrer incesantemente una demarcacion que les está señalada, observar las calles, las casas, los habitantes, pasar nota de los sitios sospechosos, de las personas que los frecuentan, y en una palabra, indicar á los agentes y á los sargentos de villa todo cuanto pueda inspirarles algun recelo.

A fuerza de observar, esos hombres adquieren una sagacidad grande y casi siempre adivinan al malhechor, cualquiera que sea su disfraz.

—Antes de ir á la porteria,—repuso Mirlord,—he ido al Monte de Piedad de la calle de Blanc.

—¿Para qué?

—No comprendéis mi objeto! hay mujeres en el negocio, éstas siempre tienen algo empeñado y en cuanto cogen dinero...

—¡Ah! decis bien.

—Pues bien; entre los individuos que han desempeñado ropa, ayer 6 de junio, hay tres que han tenido que ver con la justicia. Eugenia Alicia, Juana Vollard y Lesage. Este último es un presidiario cumplido, un bandido de los mas terribles y sus señas convienen con las de uno de los hombres que entraron en el café de la calle de Nuestra señora de Nazaret; además lo que ha desempeñado es un redingot, y el primer cuidado de nuestros criminales tiene que haber sido sustituir los que llevaban, el uno azul y el otro castaño, harto conocidos.

—No está mal deducido, pero el apellido de Lesage es muy comun; acaso hay en París tres mil individuos que le llevan, y bien pudiera ser...

—¡Oh! no, el que ha ido á desempeñar es mi Lesage, el mio, mi presidiario cumplido.

—¿Quién os lo asegura?

—El nombre de Juana Vollard, cuya mujer fué en el mismo dia y casi á la misma hora, y Juana Vollard es hermana de Lesage.

—¡Oh! entonces no hay duda; pero en el Monte de Piedad habrán quedado con su

nombre, las señas de su casa...

—Sin duda y he corrido á estas señas

—¿Y bien?...

—Falsas, como yo me figuraba.

—Decididamente Lesage es uno de los asesinos.

—Tengo además otra prueba, que, unida á las demás, demuestra su culpabilidad hasta la evidencia.

—¿Y esa prueba es?...

—Que ha tardado tres dias en sacar su pase.

—Por fin tenemos uno.

—No, tenemos... su nombre.

—Despues las señas del muchacho y el nombre de las dos mujeres.

—Si, Juana Vollard y Eugenia Alicia, llamada la bella Alicia.

—¿Es tan bonita esa mujer?—preguntó vivamente Castro.

—Muy bonita.

—¿Jóven?

—Veinte á veinte y dos años.

—¿Rubia... con ojos azules?

—La misma.

—Está en el negocio; ved sus señas, que han dado al comisario de policia otros ropavejeros del Temple.

Leyó Milord las señas de Alicia y de su repugnante compañera, y dijo con profunda satisfaccion:

—¡Oh, la luz llega de todas partes y sus destellos nos muestran la senda que debemos seguir! Ya creo que los tengo en mi poder: conozco la cabeza de Lesage y de la bella Alicia, las señas y la ropa que lleva el granuja que distrajo á los porteros, y si en cuarenta y ocho horas no echo mano á toda la banda, soy un idiota y me comprometo á limpiar las botas á mi compañero Lacase.

—Tratemos de evitar esa estremidad,— dijo Castro,—¿que debo hacer?

—Escuchad: hay en Paris un centenar de cafés, tabernas, tiendas de licores, casas de comidas; sitios, en fin, de mala nota que vos conoceis mejor que yo. Pues bien, es preciso visitarlos todas esta misma noche, y en ellos encontraremos las piezas que buscamos. Por una dichosa fatalidad sus malas pasiones, su pereza su embriaguez, su depravacion, les arrastran á esos sitios, de que deberian huir, y de seguro en alguno de esos inmundos lugares los hallaremos consumiendo el dinero robado á su víctima.

—¿Iremos juntos?

—No, seria perder un tiempo precioso; vos tomareis toda la ribera izquierda, yo la derecha y en breve tiempo recorreremos todas las tabernas de la Citté.

—Ved lo que haceis, Milord; sois harto

conocido, y entrar solo en solo en esos sitios es esponeros á la muerte.

—Lo primero, estoy transformado; y despues he dicho que conseguiré mi intento aunque arriesgue la vida. La seguridad de la muerte no me hará retroceder un paso.

Tomemos un carruaje, y manos á la obra.

XVII

La taberna del Mono Sábio.

Fifi Vollard recorria á Paris desde aquella mañana, cuando á la caída de la tarde, al pasar por la calle de Escribanos, una de las mas fangosas de la capital, sin aire y sin sol, que se enroscaba como un sombrío reptil al pié de la torre de Santiago, detúvose de repente como fascinado por el tinguado donde esponia su comercio heterogéneo un ropavejero.

Desde que iba vestido con un traje que el creia darle el aire de un señorito, Fifi Vollard afectaba maneras que él creia en armonía con su cambio de posicion, y así fué que adoptó un tono desdeñoso para preguntar:

—¿Cuanto quereis por ese par de guantes?

Y con ademan de desden tocaba los guantes con el extremo de un junco que se habia procurado al mismo precio, poco mas ó menos, que el vestido.

—¿Esos guantes?... ocho sueldos.

Fifi vaciló entre su dignidad, que se ofendia al comprar cosa de tan poco valor, y el estado de su bolsa, que lo exigía imperiosamente.

—Es un capricho—dijo, haciendo silbar su junco con aire impertinente.—He apostado con mis amigos lucir una vez guantes comprados en prenderia, y quiero ganar mi apuesta. Tomad seis sueldos.

—¿Seis sueldos por unos guantes?

—Vamos, despachad; me aguardan para almorzar en el restaurant; hay damas y ya comprendéis...

—Tomad, pues.

—El resto de mi caudal, pensó Fifi, sacando de su bolsillo los últimos seis sueldos.

Pagó su compra que eran unos verdaderos guantes de gendarme en los que su mano flotaba como su cuerpo dentro de aquel pantalon de cuadros.

—Me están un poco grande,—dijo.

—Se llevan muy flojos; desde las últimas carreras,—repuso el prendero con

aire buron,—es la última moda y un señorito tan elegante no debe ignorarlo.

—Y no lo ignoro,—dijo Fifi alzando su cabeza con arrogancia.

Y se alejó haciendo quiebros y cimbreado su bastoncito.

—¡Señor vizconde!—gritó el prendero.

—¿Eh?—dijo Fifi, volviendo apenas la cabeza.

—Redoblad un poco la boquilla del pantalón, va recogiendo todo el lodo de la calle.

Y soltó una carcajada burlona.

—¡Canalla!—dijo Fifi alejándose rápidamente.

Al atravesar la plaza del Chatelet se vió abordado por un hombre de elegante aspecto y cuya fortuna se recomendaba á los ojos de Fifi por su gran lujo de sortijas, cadena de oro y botones de diamantes.

—*Choven, choven*,—le dijo aquel hombre con acento germánico de los mas puros —*quereis* hacerme un *servicio*?

—Cuántos querais,—repuso Fifi con aire servicial.

—¿Conoceis un café donde se venda cerveza buena de Favier?

—¿Cerveza de Baviera?—Esclamó Fifi pensando al punto en la taberna donde le aguardaban sus amigos;—precisamente yo

me dirigia al café donde se vende mejor cerveza en París.

—¡Choven, choven, me dais la fida!

—Yo mismo os conduciré, pero os prevengo que no es café de lujo, café de confianza, de familias modestas...

—Como las servecerias de Fiena, ¡gonozco, gonozco!

—Justo, como en Viena, gentes buenas, sin ceremonias, pero con el corazón en la mano.

—Como en Fiena.

—Si, como en Viena.

—¿Estar legos?

—Aquí al lado, llegames al instante.

—No, choven, no; tener antes un guehacer. Dadme las señas y yo ir á fusgaros al momento.

—En la Citté.

—¡Oh! no gonocer yo... ¿La calle?

—De Cocatrix.

—¿Muestra del gafé?

—El mono sabio.

—No gonocer...

—Es muy distinguido! Todos los dias de doce á cuatro, yo voy á tomar una botella de Baviera.

—¿Eh?

—O de Ginebra, lo mismo dá.

—Bien choven, bien.

El aleman estrechó la mano de Fifi y

El aleman estrechó la mano de Fifi y aquel partió.

—¡Que lástima que no haya venido conmigo!—dijo Fifi viéndole alejarse,—pero irá, no hay duda, he olvidado recomendarle que no se quite sus diamantes; corramos á prevenir á los amigos de la visita de este noble extranjero.

Diez minutos despues Fifi Vollard entraba en la taberna café del Mono sábio, una de las casas de peor fama de la Citté.

Era un sotanillo tres escalones mas bajo que la calle, iluminado por una luz opaca, y donde todo tenia un aspecto siniestro y se respiraba un olor acre y nauseabundo, parte de sepulcro y parte de taberna.

En el fondo de aquella pieza y en el rincon mas oscuro, veíase un mostrador estrecho, detrás del cual aparecia una cosa informe, monstruosa, algo parecida á las divinidades indias á la vez terribles y grotescas, con vistosos colores, ojos saltones, cuello enterrado entre los hombros, seres que nada tienen de humanos y recuerdan al ídolo salvaje por la inmovilidad y al hipopotamo por la forma: aquel ser extraño era Juana la Camuse, la dueña de aquel establecimiento que servia para todo.

Antes de ser propietaria de la taberna, y

de que le comiera la nariz uno de sus adoradores, *ejecutado* pocos meses despues por algunas hazañas que dieron que hacer al verdugo, Juana habia sido una de las muchachas mas lindas de la Citté; pero cuando se vió desfigurada, pensó en la fortuna tomó por traspaso el establecimiento del *Mono sabio*, y en breve no tuvo otra passion que la de beber, llegando por grados á consumir siete ú ocho litros de vino al dia.

Entonces, engordando desmesuradamente, acabó por no moverse de su mostrador, donde su enorme masa parecia esculpida. Tenia para servir á su singular clientela, dos especies de Hércules capaces de derribar de un puñetazo á un bandido, y los concurrentes los habian bautizado con los nombres de Requin y Bison.

En aquel momento, seis individuos, tres hombres y tres mujeres, estaban en el rincon de aquella lúgubre sala y parecian presa de viva exaltacion, á la que contribuia no poco el aguardiente, como lo atestiguaban tres botellas vacias sobre la mesa.

Los tres hombres eran Soufflard Lesage y Micaud; las tres mujeres; Juana Vollard, la mujer Hadel y la bella Alicia.

Todos hablaban á la vez, cuando la puer-

ta se abrió bruscamente; la banda entera se estremeció y hubo un minuto de ansiedad.

Sin embargo, tranquilizáronse al ver quien entraba.

—Si es Fifi,—dijo Alicia.

—Y Fifi transformado,—repuso aquel tomando asiento al lado de la hermosa rubia, á cuyos ojos presentó con cierta afectación sus manos cubiertas aristocráticamente de guantes.

XVIII.

Escenas de taberna.

—¿De dónde diablos vienes? —preguntó Juana Volland á su hijo;—hace una hora que te aguardamos.

—*Mamá* querida,—esclamó Fifi tranquilamente,—permite ante todo que tome posesion de mi palacio y dé las órdenes á mis criados.

Y con su voz chillona y estridente gritó:

—Hola, Bison.

Apareció un hombre ancho como un muro, cuadrado como una torre, que avanzaba con paso lento como si llevara siempre una carga de cuatro arrobas á la espalda.

Era Bison.

—¿Y bien?—dijo el pilluelo siempre cimbreando su junquito,—¡la cerveza de Fifi!

El mozo se alejó y volvió en breve con otra botella de aguardiente.

Fifi de un sorbo casi apuró el todo de su contenido.

—Ahora,—dijo,—ya puedo hablar; me preguntais de donde vengo: pues bien, vengo de prepararos un gran negocio, ¿qué digo? dos, un con el alemán...

—A ver, cuenta, cuenta...

—Pasaba yo hace un rato por el boulevard del Temple, cuando me detiene á la puerta de unos saltibanquis un cuadro fascinador; el lienzo representaba un marinero que habia caído al mar, y aunque nadaba y nadaba, iba á ser comido por un enorme cocodrilo á la vista de cien personas: estaba allí lo mas escogido de la sociedad, el rey, su familia, los ministros, los mariscales, el consejo de Estado en pleno, todos espresando con un ademan enérgico el horror que les inspiraba el cocodrilo. El rey, en pié, mirando severamente á un hombre condecorado, que debe ser el ministro de Marina, parece decirle:

—¿Es así como respondes de mis fieles súbditos?

Iba ya á partir, despues de haber admi-

rado este objeto de arte cuando apercibo á Isidoro Pinchard, mi antiguo amigo, y le digo: «Buenos dias, Isidoro; ¿y tu hermana?» ¿No conoceis á la hermana de Isidoro? ¿Magnífica criatura y de unos principios?... Es preciso verla de cerca; se llama Catalina, pero como es morena, de pelo negro, talle gentil, sus padres la llaman Soleá, y la hacen pasar por española: para completar la ilusion han colocado en su cuarto una guitarra, unas castañuelas, una peina y una mantilla...

Este pequeño museo atrae muchos curiosos al cuarto de Soleá, y la familia recogia el fruto de sus sacrificios, cuando una mañana, ¡paf! la hermana de Isidoro desaparece con un inglés, y el deshonor penetra bajo el techo de la familia Pinchard. Réstales únicamente su museo español y su profesion de silleros; pero los amantes de las artes no venian ya desde la partida de Soleá, y para colmo de desgracias, la paja faltaba para echar asientos... Aquella honrada familia se veia obligada á cruzarse de brazos; la situacion era precaria, cuando hé aqui que hace pocos dias la madre de Isidoro ha sido llamada á componer unas sillas en casa de una vieja rica forrada de billetes de Banco, que ha tenido el capricho de hacerla quedar á su lado.

—¡Ah!—esclamó Soufflard.

—¿La idea os regocija?—dijo el pillastre. Pero entendámonos; no quiero sacar las castañas del fuego, como en el negocio Renault, para no tomar un céntimo; los Pinchard quieren asociarse á nosotros, pero el golpe no se dará sino despues de haberme asegurado mi parte.

—Por supuesto,—dijo Lesage.

—¿Quién lo duda?—añadió la bella Alicia llevando á sus labios el vaso de aguardiente.

—Entonces mañana nos entenderemos con los Pinchard.

—¿Y el otro negocio?

—Ese va á presentarse aquí, ahora mismo.

—¿Que nos cuentas?

—La verdad; se trata de un aleman á quien he invitado á beber cerveza legítima de Baviera aquí mismo, y que viene tan engalanado de oro y de diamantes que he quedado deslumbrado.

—¡Diablo!—esclamó Soufflard, él sitio no va á inspirarle confianza.

—Ya le he prevenido que era modesto, sin pretensiones.

—Tratemos de limpiarle los bolsillos dulcemente, sin violencia; siempre será tiempo de acudir á los remedios extremos si es preciso.

Soufflard llamó á Bison y le pidió una baraja.

Este trajo una tan grasienta que ya en ella empezaban á confundirse los colores.

—¿No tienes otra mas decente, hombre?

Bison le miró con una sorpresa harto significativa y despues encogióse de hombros y se alejó.

—Parece que es lo mejor de la casa,— dijo Fifi con aire burlon.

—Preciso será contentarse con ella,— añadió Soufflard.

Y despues de una pausa exclamó:

—Si el aleman no es taimado y quiere jugar conmigo le despojo en un santiamen; si me apura mucho le doy una toma de cerveza que no será de Baviera.

Hacia dos horas que estaban allí bebiendo, cantando ó disputando y solo Micaud era el único que bebia silencioso y sombrío.

Alicia sabia perfectamente el dolor que le torturaba y parecia tener un cruel placer en revolver el hierro en la herida, colmando á Soufflard de atenciones y muestras de afecto.

Por fin, llevando al extremo su cinísmo, dijo con insolente sonrisa á su antiguo amante:

—¿Qué tienes, Micaud? parece que estás enfadado; ¿ha incurrido en tu desagrado alguien?

Micaud lanzó á su antigua querida una mirada furibunda, sus lábios temblaron y por un momento tuvo la espresion del tigre que va á lanzarse sobre su presa..., pero haciendo un poderoso esfuerzo dominó los sentimientos que le enfurecian y dijo:

—No, nadie.

La bella Alicia lanzó una carcajada.

—No disimules, hombre, confiesa que tienes la rabia en el corazon y que los celos te ciegan; quisieras deshacernos, pero no te atreves.

Micaud se levantó; estaba lívido.

—¡Alicia, Alicia, no me provoques!

—Puedes hablar lo que quieras,—dijo Soufflard—y si Micaud no está contento yo estoy aquí para responderle.

Despues de vacilar un momento, Micaud se sentó. Alicia recobró su insolente sonrisa y señalando á Micaud repuso:

—¡No puede darse celoso mas cobarde!

Micaud no se movia, pero el sudor empapaba su frente y los músculos de su fisonomía se contraian visiblemente.

—Es preciso que yo os cuente un lance curioso,—repuso la hermosa rubia con cínica sonrisa,—este imbécil, tan celoso co-

mo cobarde, se devanaba los sesos para asegurarse siempre de mi fidelidad y cada vez que salia empezaba por hacerme jurar que no pondria los pies en la calle y despues de arrancarme esta palabra, que yo hubiera sido necia de guardar, cogia mis botinas y hacia en cada suela una M. con un lápiz, y despues de haberme marcado así con su cifra, como á un carnero su dueño, se iba muy convencido el pobre idiota, sin comprender que nada era mas fácil que trazar la famosa M. al volver, lo que yo hacia invariablemente cada vez que salia.

Todo el mundo celebró tan inocente procedimiento, y Soufflard llevó al extremo la rabia de Micaud, exclamando:

—¡Pobre Micaud, no ha sido afortunado en amores!

—Ni era posible—añadió Alicia dándole el golpe de gracia.—Si fuera como Soufflard, que es todo un hombre!

Micaud se levantó de un salto, el rostro amoratado, ensangrentados los ojos, blancos los labios, su aire tan amenazador que Soufflard, olvidando el desden que habia manifestado siempre por sus amenazas, se levantó tambien y aguardó á su enemigo.

Micaud estaba armado de un cuchillo; permaneció inmóvil un momento, pasando

su mirada de Alicia á Soufflard, y preguntándose sin duda sobre cuál debía descargar su furia, porque estaba seguro de matar y de morir, haciendo á su venganza el sacrificio de su vida.

Pero de repente una idea súbita, repentina penetró en su mente y calmó su colera, como calma un liquido en ebullicion una gota de agua fria.

—¡Ah!—dijo sentándose con aire sombrío,—eso seria demasiado breve y no tendria tiempo de saborear mi venganza. Necesito algo mas lento, mas terrible, mas seguro!

—En buena hora, el tigre se vuelve chalan.

Una sonrisa fué la respuesta de Micaud, sonrisa en la que se leia la alegria anticipada de una venganza infalible.

En aquel momento Fifi, que habia salido hacia algunos instantes á explorar, entró bruscamente diciendo:

—El aleman!

XIX.

En la boca del lobo.

Volvamos á Milord, al que hemos dejado en la calle del Temple en el momento de separarse de Castro para tomar un carruaje dirigirse á la Citté.

Atravesaba el agente la plaza del Chatelet, cuando su mirada que por costumbre vagaba por todas partes y lo observaba todo, fijóse en un jóven que se pavoneaba enfundado en un traje de cuadros azules y verdes, donde hubieran hallado fácil acomodo dos individuos de sus mismas proporciones.

Al punto le reconoció por el pilluelo, cuyas señas le acababa de dar Castro, y un rápido exámen de su fisonomía le confirmó

en la idea de que era pieza digna de la policia correccional.

Pagó á su cochero, bajó del coche y salió al encuentro de Fif. Vollard con el cual hizo su papel de ingénuo aleman que hemos admirado, separándose de él para un negocio urgente como hemos visto.

El negocio ya se adivina, fué dirigirse en un coche á la calle de Jerusalem á la prefectura de policia y un instante despues estaba delante de su gefe que le habia concedido tres dias para descubrir los asesinos de la mujer Reuault.

—¿Y bien?—le preguntó éste;—¿que hay?

—Conozco el nombre de uno de los asesinos.

—¿Ya es algo. ¿Qué más?

—Y el nombre de dos de sus cómplices.

—¿Quiénes son?

—Dos mujeres.

—Perfectamente.

—Hay otro tercer cómplice.

—¿Hombre ó mujer?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Eh?

—Es un muchacho.

—¿Conoceis sus señas?

—Mejor que eso, me separo ahora mismo de él, hemos hablado diez minutos.

—¿Y no le habeis preso?

—Me hubiera guardado bien, he quedado citado con él en la taberna del *Mono sábio* y apostaría á que alli encuentro á mis dos asesinos y á toda la banda, porque hay una banda.

—¿Y venís á buscar gente?

—Diez hombres para envolver la casa y guardar las salidas.

—Os daré vuestros diez hombres y á ellos uniré á Moulin que conoce todos los rincones de las tabernas y bodegones de la Cité.

El jefe de policía tiró de un cordon de la campanilla y entró un portero.

—Id á buscarme á Moulin.

Corrieron mas de cinco minutos entre esta órden y la llegada de Moulin, que era un mozo alto, de rostro bonachon, mirada astuta y acaso de piernas de un largo desproporcionado.

—Moulin,—preguntó su jefe,—¿conoceis la taberna del *Mono sábio*?

—Perfectamente.

—¿Y sus puertas?

—Las dos que tiene, una visible conocida de todo el mundo, la de la calle de Cocatrix.

—¿Y la otra?

—La otra, la secreta, la reservada á *los amigos* en caso de irrupcion de la policía, es un pasillo estrecho y largo que de-

semboca en unos patios por los que es fácil evadirse.

—¿Podriais introducirnos con algunos hombres en esos patios?

—Nada mas fácil, conozco al propietario de uno de los patios que lindan con esa misteriosa salida.

—Está bien, dividid en dos grupos los diez hombres que llevais á vuestras órdenes, cuatro por la calle de Cocatrix, seis por esa otra salida secreta...

—Está bien.

—Es preciso que dentro de veinte minutos esté cada uno en su puesto,—dijo Milord.

—Estarán.

—Tomad diez hombres determinados por que se trata de una banda, cuyo número de individuos ignoro, pero conozco á uno de los jefes.

—¿Quién es?

—Un cumplido de presidio de los mas determinados. Lesage, del presidio de Tolon.

—Le conozco, si los otros se le parecen, será una buena pesca.

—Tended bien vuestras redes para que nadie se escape.

—¿No sois vos de la partida Milord?

—Si, pero no iré con vosotros.

—¿Estareis por la calle de Cocatrix?

—No.

—¿Por la salida secreta?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Estaré dentro de la taberna.

—¡Oh! que imprudencia; recordad que uno de los nuestros ha sido muerto hace un mes en la taberna del *Mono sábio*; ¿para que esponeros al mismo peligro? Dirigid un grupo, yo otro, penetremos á una señal convenida y nadie se escapará.

—Si, pero ¿como reconocerlos entre los muchos concurrentes del establecimiento? no hay mas medios que beber entre ellos, hacerlos hablar, sorprender el secreto de su intimidad fingiéndose víctima, y eso es lo que haré.

—¿Que señal me dais para entrar?

—Un silbido, si creéis que puede oirse desde las dos calles.

—Si, si estaisen la sala comun.

—¿Hay otra?

—El calabozo.

—Nombre de mal agüero.

—Y que no engaña; cuando un desconocido se deja arrastrar al calabozo, no sale vivo de allí; allí murió nuestro camarada.

—Yo estaré en guardia.

—¿Necesitais que estemos allí dentro de veinte minutos.

—Dentro de veinticinco minutos estaré yo en el *Mono sábio*.

En efecto, á los veinteicinco minutos Milord se dirigia al *Mono sábio*, y Fifi anunciaba su llegada, como hemos visto. Milord pudo felicitar-se de haber ido solo en vez de acompañar á Moulin y á sus hombres hasta la calle de Cocatrix.

Fifi espiaba y distinguió de lejos á su aleman entre las medias tintas del crepúsculo.

—¡Bravo! pensó el agente;—si me vé acompañado avisa á la banda y todo se ha perdido.

Habia aquella noche gran concurrencia en la sala comun, y en la cara de todas aquellas gentes, en sus miradas siniestras, leíase la costumbre, la sed del crimen y un no sé qué de repugnante que se desprendia de aquella masa de hombres y mujeres, ofreciendo un espectáculo tal, que el mismo Milord se detuvo un momento vacilando.

Fifi Vollard, que espiaba su entrada, sorprendió aquella impresion, y temiendo que retrocediese apresuró á adelantarse á recibirle.

—¡Ah, buenas tardes mehinrr, por aquí, por aquí! Mi familia y mis amigos nos

aguardan en un gabinetito particular, donde estaremos mucho mejor para saborear esa excelente cerveza, por la que me dais sin duda las gracias.

—¡Comprendo, comprendo!

Y pensó al seguir al muchacho.

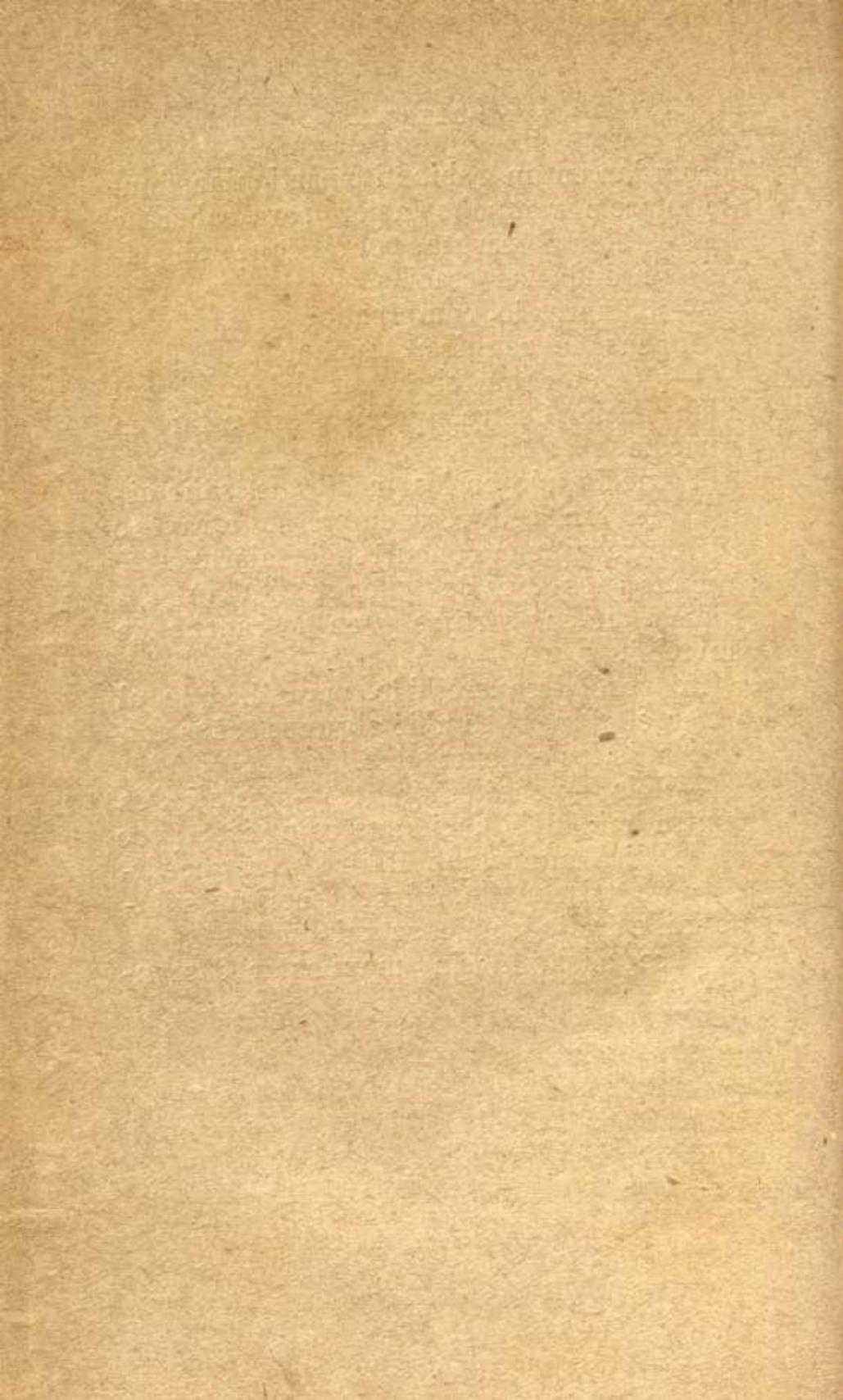
—¡Me otorgan el honor del calabozo! Bien decia Castro, preciso es estar en guardia.

Y meditando en los medios de salir airoso de tan peligrosa empresa, atravesó por entre aquella concurrencia alarmante, mientras los ojos de todos se fijaban con codicia en sus sortijas y en la cadena de su reloj.

No pasó desapercibido para él, que al pasar el pilluelo cambió algunas señas con varios de los concurrentes.

—Hola,—pensó el agente,—mas aliados contra mí; la situacion se complica; pero no se dirá nunca que Milord ha retrocedido ante tal canalla. Además, con un silbido mi ejército acude en mi ayuda.

Y se adelantó sin manifestar desconfianza.



XX.

El calabozo.

La pieza llamada calabozo estaba lúgubremente iluminada por cuatro velas colocadas sobre una mesa en torno de la cual estaba sentada la banda ya conocida del lector.

Aquel lujo inusitado de cuatro candeleros habia sido una inspiracion de Fifi, que dijo que en vista de lo modesto del local y lo extraño de la concurrencia, no habia medio de ganar la confianza del aleman mas que deslumbrándole con mucha luz.

En ocasion ninguna Juana la Camuse habia otorgado mas que á candelero por mesa, cualquiera que fuese el número y circunstancias de los parroquianos.

No solamente habia empezado por oponerse á tales despilfarros, que alteraba las buenas tradiciones de la casa, sino que hasta rehusaba abrir el calabozo, alegando que un hombre como Soufflard era capaz de todo y que ella no queria comprometer el *buen nombre* de su establecimiento.

Fifi logró vencer sus escrúpulos haciendo relucir casi á sus ojos la cartera repleta y las alhajas del aleman que aguardaban, prometiéndole que todo pasaria suavemente, sin violencia.

Además de esta promesa, la dueña exigió dos sortijas á su eleccion de los despojos del aleman, y fingiendo creer que se trataba solo de un robo sin efusion de sangre, de lo cual tampoco se cuidaba despues de todo, consintió en lo que le pedian.

El primer cuidado del agente al entrar allí fué estudiar la topografía del sitio: advirtió que estaba dos escalones mas bajo del nivel de la sala comun, que como sabemos estaba tres mas baja que la calle, de modo que era una verdadera cueva.

Tenia cerca del techo una sola ventana cuyas maderas estaban herméticamente cerradas, y en el ángulo opuesto al muro de la ventana habia una puerta estrecha y baja, casi invisible.

Del rápido exámen de aquella sepultura resultó para Milord que los gritos de una

víctima no podían ser oídos desde afuera, y que la ventana cerrada probaba que estaban tomadas todas las medidas para la perpetración de un nuevo crimen.

Desde allí el silbido mas agudo no sería oído en ninguna parte.

En el momento que así reasumía el resultado de sus observaciones, oyó en la pieza exterior gritos, cantos algazara, y entonces comprendió las señas de su jóven compañero, que era provocar ruido que apagase cualquier otro de distinto género.

La situación era grave.

Solo, en medio de aquella horda salvaje de ladrones y asesinos, Milord no pudo menos de estremecerse al verse privado de toda comunicacion con su gente; pero pasada la primera impresion, trató de reconocer á los individuos contra los que iba á jugar su vida y el primero en que se fijó fué en Soufflard.

¡Soufflard, el mas temible de todos los presidiarios! ¡Soufflard, que dos veces preso por él, le había jurado rematarle la primera vez que le hallara en su camino! ¡Soufflard, en fin, á quien creía lejos, en su provincia, que le habían marcado por residencia, y le encontraba en Paris á la cabeza de una banda y autor ó cómplice de un asesinato!

La presencia de aquel hombre era un pe-

ligro mas añadido á los muchos que le rodeaban; pero en lugar de abatirle todos estos peligros, produjeron en el agente el efecto de la espuela en el caballo próximo á sucumbir de fatiga. Recobró de repente su sangre fria y se dispuso á luchar con tan terribles enemigos.

Al lado de Soufflard miró y reconoció por las señas que le habian dado á Lesage, á la mujer Hardel y la bella Alicia, convenciéndose de que estaba frente á frente de los asesinos de la mujer Renault.

Los tenia allí á todos, al alcance de su mano, Moulin con su gente á pocos pasos; pero la señal que debia llamarlos no la podia emplear, y la prudencia le decia que lejos de prender á los criminales, podia estimarse dichoso con escaparse de sus manos.

Dos sentimientos hablaban mas alto, sin embargo, que la prudencia en el alma del agente, y eran el deber y el orgullo: el primero le aconsejaba apoderarse del criminal donde quiera que le viese; el segundo le mostraba á su rival Lacase prendiendo á toda la banda y arrostrando peligros que á el le habian intimidado.

Resolvió, pues, no soltar su presa y luchar hasta el último extremo, con la astucia primero, despues cuerpo á cuerpo con toda la banda si era preciso.

En cuanto á la astucia, la única posible de emplear era la de mostrarse engañado y dejarse despojar imperturbablemente de todo lo que llevaba encima, lo cual debia exigir tiempo necesariamente, y acaso Moulin inquieto por su tardanza, y por no oír la señal convenida, se decidiera á penetrar en la taberna.

El agente no habia empleado dos minutos en comprender y analizar lo que nosotros hemos tardado tanto en escribir y una vez fijo en su plan, adelantóse, saludó con un embarazo germánico perfectamente fingido y dirigiéndose á Fifí, que le miraba disimulando su sonrisa burlona, repuso:

—¿Ser vuestra familia?

—Sí, mein herr, mi familia,—respondió Fifí;—toda gente sencilla, sin pretensiones como veis, pero con el corazón en la mano, sentaos, sentaos entre mi hermana y mi tia,—añadió señalando á la hermosa Alicia y á la mujer Hardel, que se apartaron al punto para hacer paso al extranjero.

—Fifí, vé á buscar cerveza para obsequiar á este caballero,—dijo Lesage á su sobrino.

—Corro, corro, tío mio.

—Mein herr, ¿jugais á las cartas?—le pregunto Soufflard.

—¿Yo? gustar mucho del fuego de cartas,—dijo Milord que al punto adoptó aquel medio de dejarse robar.

—¿Quereis jugar al piquet?

—Si, si, al fiquet.

—Pues bien, hagamos una pequeña partida para distraernos.

El aleman sacó un bolsillo y volcó sobre la mesa los luises que contenia.

—He aquí toda mi fortuna—dijo riendo.

—¡Oh! el señor la echa de modesto,—repuso Fifi, que llegaba en aquel momento con la cerveza,—yo he visto cierta cartera...

—Los filletes de banco saldrán mas tarde,—repuso el aleman siempre riendo.

—Barajad,—dijo Soufflard pasándole la baraja.

El aleman tomó las cartas y quiso en efecto barajarlas; pero era empresa muy difícil para quien no fuese concurrente del Mono sábio; las cartas grasientas se pegaban unas á otras.

—Estar las gartas grasas.

—Es el último estilo de Paris,—dijo Fifi.

—¡Ah! bien, bien,—dijo cándidamente el aleman.

—Es una preparacion higiénica que cuesta cara,—dijo el pilluelo,—por eso todo establecimiento que se tiene en algo,

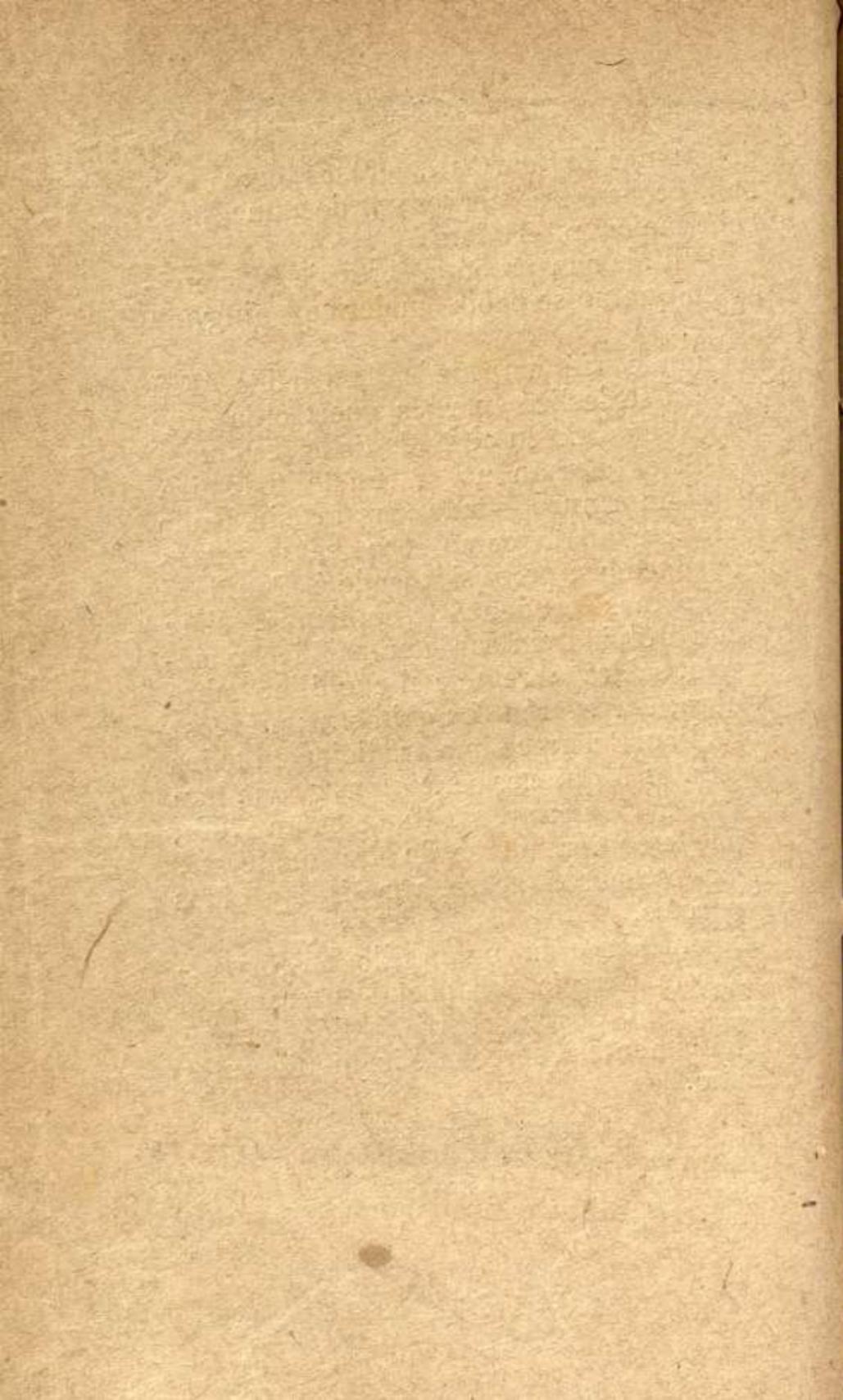
debe tener hoy cartas... crasas, pero probad, probad esa cerveza y decidme si se bebe mejor en Baviera.

—El alemán probó el brevaje y convino en que no se bebía mejor en ninguna parte.

Cuando vió empeñada la partida, Fifi Vollard se deslizó por la puertecilla que hemos señalado en el fondo de la estancia.

—Si el alemán no se resiste todo irá bien,—murmuró,—todo pasará sin ruido y sin escándalo como debe entre gentes bien educadas; pero si ofende á Soufflard con la mas pequeña desconfianza. si le obliga á olvidar su carácter pacífico y medurado, saldrá á relucir el cuchillo; habrá zambra, empezarán los gritos... ¡qué cosa tan ridícula! Parece una tradicion en todas las gentes á quienes se... *aligera* que han de empezar á gritar, sin duda es un voto, no puede comprenderse de otra manera... Bueno es, por si acaso, ver si hay oídos indiscretos.

Encontrábase en un pasillo largo y oscuro que parecia un portal enteramente desierto; no obstante prestó oído y miró prudentemente á derecha é izquierda antes de salir.



XXI.

La policia y los ladrones.

Al cabo de un cuarto de hora, el aleman habia perdido sus diez luises.

Sacó entonces tranquilamente su cartera del bolsillo y tomando un billete de Banco le colocó sobre la mesa, no sin advertir que no arriesgaba mas que diez franco cada vez.

Milord calculaba que, jugando así, la partida podria durar tres ó cuatro horas, y parecíale imposible que Moulin no se alarmase por su tardanza y entrase sin necesidad de señal.

Absorto y distraido con estas ideas, el agente olvidaba de vez en cuando su tipo de aleman ingénuo y bonachon; dejaba de

sonreír, solía echar una carta por otra y prestaba oído á los ruidos exteriores ó dirigía una mirada á la ventana esperando socorro por alguna parte.

Estas imprudencias le hubieran vendido si los que le rodeaban no hubieran estado dominados por preocupacion no menos grave.

Lesage, que con Soufflard habia sido el terror del presidio de Tolon, no era el mismo desde el asesinato de la calle del Temple: toda su audacia le habia abandonado; el menor ruido le turbaba y vivía en perpétuo sobresalto.

¡Una idea, una sola imágen estaba siempre delante de sus ojos! ¡El cadalso, el cadalso cuyo sangriento fantasma le perseguía por todas partes!

Micaud por su parte estaba devorado por la pasion de los celos; dos nombres se confundían en su imaginacion y torturaban su alma, Soufflard y Alicia que como dos buitres estaban agarrados á sus entrañas y las desgarraban en pedazos.

—¡Oh! ¡me vengaré, me vengaré!

Era la palabra que bullía constantemente en sus lábios.

La hermosa Alicia, con ese instinto de la gata que juega con el raton y le destroza poco á poco, miraba compasiva á Soufflard y se divertía en observar de reojo la

espresion de rencor y celos que se pintaba en el rostro de su antiguo amante.

En cuanto á la Vollard y á la mujer Haredel, no pensaba mas que en beber, y su rostro grosero de estúpida inmovilidad atestiguaba la falta de temor y de remordimientos.

Soufflard únicamente, espíritu tranquilo, lúcido, ageno á toda preocupacion, hubiera sido el único á poder notar las distracciones del aleman, pero tenia que otorgar gran interés al juego; y ya duraba este hacia media hora, cuando Milord, olvidando un momento su papel, dijo con su acento mas natural:

—Cuando querais.

Estas dos palabras, pronunciadas sin el menor acento, hicieron que Soufflard, cuya mano se habia levantado para echar su carta, se detuviese paralizado, y su mirada se clavó en los ojos del agente, aguda, incisiva, como una hoja de acero.

Entonces hubo como un duelo entre aquellas dos miradas, la una llena de amenazas, la otra de cándida y bonachona expresion.

La vacilacion duró un minuto nada mas; Soufflard, con un movimiento rápido, arrojó el sombrero del agente, arrancó su peluca y sus patillas rubias y dijo con acento trémulo:

—¡Es él; Milord!

A este nombre terrible, á esta súbita transformacion del aleman, todo el mundo se levantó y el mismo grito salió de todas las bocas.

—¡Muera, muera Milord!

Y por un movimiento simultáneo Lesage, Micaud y Soufflard se lanzaron hácia el agente cuchillo en mano, pero este estaba ya al otro extremo de la pieza, y un cuchillo también, cuchillo de hoja larga y aguda, brillaba en su mano trémula y animada por el odio.

Estaba pálido, pero su mirada clavada intrépida en sus enemigos, anunciaba un valor resuelto, una calma que debía darle grandes ventajas en el momento del peligro.

—¡Milord!—murmuraba Soufflard en voz baja y trémula de cólera,—¡Milord el agente de policia! ¿y se atreve á llegar hasta aquí sin acordarse de que he jurado matarle?

Después dirigiéndose á Lesage y Micaud dijo:

—Alejaos, dejadme á mi el placer de acabar con él; no os movais es un duelo entre él y yo. Quiero probarle que Soufflard es un hombre.

Los dos bandidos retrocedieron, Micaud tuvo entonces una sonrisa satánica y Ali-

cia que le observaba murmuró á su oído:

—¿Esperas que vá á caer bajo el cuchillo de Milord? ¡Miserable!

—Eso le salvaria quizás de una muerte mas cruel y mas vergonzosa,—dijo Micaud mirando á Alicia de un modo que la hizo estremecer.

Milord observaba y guardaba silencio: hacia el sacrificio de su vida convencido de que si triunfaba de Soufflard seria para acabar á los golpes de sus compañeros, y asi pues, su único plan era batirse como un leon, no para salvarse, sino para matar.

—Defiéndete,—dijo Soufflard adelantándose hácia el agente, siempre en un rincón y silencioso;—quiero ser ahorcado si no escondo esta hoja en tu corazon.

—Ahorcado nó, guillotinado, dijo tranquilamente el agente.

Esta amenaza acabó de exasperar á Soufflard, que dió un paso hácia el agente, pero tuvo que retroceder al ver brillar á dos pulgadas de su rostro el cuchillo de su enemigo no menos fuerte que él en aquel género de duelos.

—¡Ah! gran perro; ¡sabes pelear!—murmuró rabioso al tener que mantenerse á la defensiva.

Despues de cinco ó seis paradas de una parte y de otra, Soufflard escuchando solo el instinto de su ódio, iba á tirarse á fondo despreciando todo peligro, cuando Fifi Vollard apareció de repente por la puerrecilla por donde habia salido, y pálido, demudado, exclamó:

—¡Los *guiris!*

Despues, cerrando bruscamente la puerta tras sí, lanzóse de un salto hasta la mesa derribándola por tierra, con luces y vasos, y en el mismo instante empezaron á dar golpes repetidos á la puerta que él acababa de cerrar á la que comunicaba con la otra pieza donde habia cesado la algazara como por encanto.

—¡Van á derribar las puertas, pronto, por aquí, á lo largo del muro!

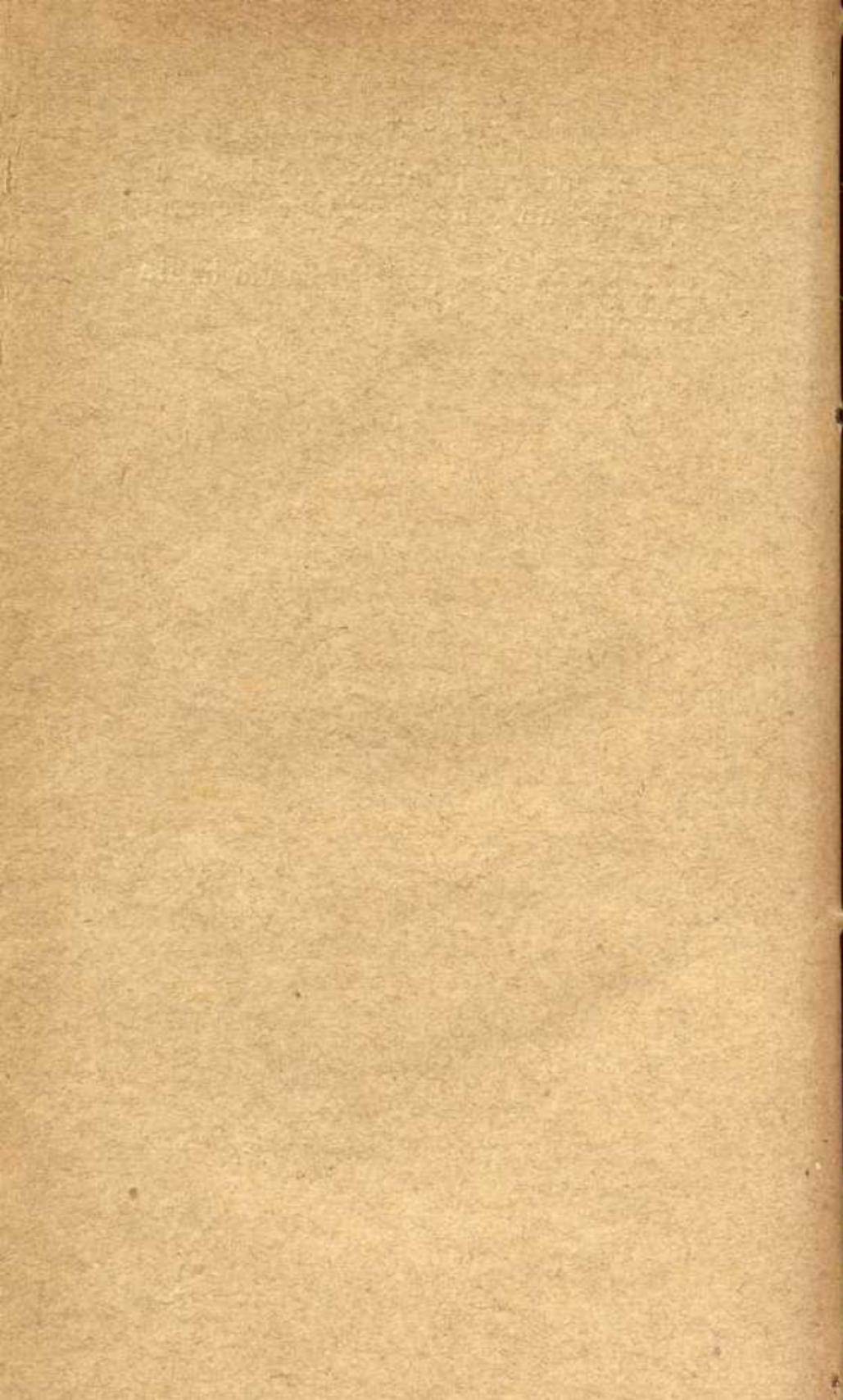
Oyóse agitacion en la pieza, y en medio de la oscuridad, Milord comprendió que toda la banda se deslizaba hácia el punto donde habia sonado la voz del pilluelo.

Dejóles hacer, convencido de que iban á buscar cualquiera de las dos salidas que debian estar guardadas por Moulin y sus hombres.

Ambas puertas fueron derribadas casi á la vez, y por una Moulin y su gente se precipitaron en el calabozo con luz mientras

habian entrado sus hombres por la otra; pero entonces un grito de estupor general se oyó en la estancia.

Milord estaba solo: ¡toda la banda habia desaparecido!



XXII.

La pista.

Milord estaba como estúpido de asombro.

Paseaba miradas atónitas en torno suyo, y se preguntaba si todo aquello había sido un sueño.

—¿Por dónde, por dónde han pasado?— decía golpeándose la frente.

—¿Estaban aquí?—dijo Moulin sorprendido.

—¡Todos!

—¿Quiénes?

—Tres hombres, tres mujeres y el muchacho.

—¿El que nos ha cerrado esa puerta?

—Precisamente.

Y como Moulin pareciese dudar de la razón de su colega, este alegó en su apoyo:

—Ved, ved todavía por tierra los vasos, las botellas.

—Y esta oscuridad, ¿qué significa?

—Ha sido una idea del pilluelo, que me parece el más sagaz de toda la cuadrilla: ha comprendido que en la oscuridad eran ellos dueños del terreno porque le conocían, y ocultaban á nuestros ojos la salida secreta por donde han desaparecido.

—Bien calculado: á la verdad, que debe ser muy taimado.

—No lo es menos el jefe que ha reconocido al agente de policía Milord, bajo él disfraz del alemán.

—En efecto, vuestra peluca, vuestras patillas rubias...

—Vedlos por tierra

—¿Y cómo?

—El principal de ellos ha comprendido al cabo de media hora de juego quien era yo y me los ha arrancado.

—¿Y despues?

—Luchábamos cuerpo á cuerpo, y si tardais cinco minutos soy hombre muerto.

—¿A pesar de vuestra habilidad, Milord?

—Sí, pero eran tres y el principal; el jefe aun no os he dicho quién era.

—¿Quién.

—Todos le conocemos.

—¿Su nombre?

—Soufflard.

—¿El famoso bandido? Le creia en la Force.

—Ha salido hace ocho dias.

—¿Cómo ha podido escapar? Yo que creia conocer la casa palmo á palmo...

—No hay mas que una esplicacion posible,—dijo Milord.

—¿Cuál?

—Vos y vuestros cinco hombres habeis entrado los primeros por esta puerta que dá al pasillo, y han tardado un minuto en entrar por la puerta los otros con luces.

—Si.

—Pues bien, ese minuto les ha bastado para resbalar junto á la pared y deslizarse por la misma puerta que habeis entrado.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Habia previsto esta maniobra y he dejado dos hombres de centinela al otro extremo del pasillo.

—Entonces no me esplico... lo creería milagro si Dios los hiciera con semejante gente.

—No hay milagro que valga y aqui tenéis quien nos aclarará el misterio.

El que entraba era Bison, el atlético Ga-

nimedes que sujetaba á los mas temibles bandidos cuando querian propasarse.

—¿Yo?—respondió Bison con ademán estúpido;—yo nada sé; yo estoy tan asombrado como vos, y no sé por donde diablo han podido volar.

E hizo un movimiento como para retirarse.

—Nada de pretextos,—dijo Moulin sujetándole.—No vale hacerse el sueco; estás en nuestro poder! Los bandidos que estaban aquí han desaparecido; esta pieza tiene una tercer salida, y si no nos la muestras vienes con nosotros á la prefectura.

—¡Y pronto! ¡pronto!—añadió Milord;—las salidas están guardadas: no han podido salir de aquí... si les das tiempo para que se escapen, te denunció como su cómplice; y mira se trata de un asesinato.

—No tanto como eso...—dijo Bison;—lo siento, son parroquianos... pero alojarme donde no me dé el sol no entra en mi modo de ver.

—Están escondidos en la casa, ¿no es verdad.

—Lo están.

—¿Dónde?

—Allá arriba, en el desvan.

—¡Y por donde han podido salir?

—Por una puerta que conocíamos solo

la patrona y yo, pero que ese demonio de Fifi acabó por descubrir un día.

—¿Y esa puerta?

Bison acercóse á un ángulo de la estancia, nó sin mostrar alguna repugnancia para obedecer, pero Milord le dijo bruscamente:

—Pronto, no hay escape...

—¡Mirad!—dijo el Hércules.

Y mostrando un clavo cuya cabeza hacia saliente en el muro, dijo:

—Apretad ahí.

Moulin apretó la cabeza del clavo y abrióse una apertura en la pared, lo preciso para dejar paso á un hombre.

Esta puerta mostraba una escalera.

—¿Nos engañas?—dijo Moulin.

—Al termino de la escalera en el desvan, no hay otro escondite.

—¿Y al pié de la escalera?

—Cerrado por una puerta maciza y condenada desde hace muchos años; podeis verlo.

Milord envió á uno de sus hombres.

—Ahora,—dijo Moulin,—las piezas están arriba; á cazarlas!

—Sí,—dijo Milord;—pero os advierto que esa caza nos presentará dientes y uñas. ¿Vais armados?

Cada agente sacó una pistola del bolsillo y entonces Milord se puso á la cabeza del grupo y empezó á subir.

Llegados al tercer piso descubrieron en el polvo del descansillo huellas de muchos piés y algunos más pequeños de mujer.

Bison habia dicho bien; la banda estaba en el desvan, pero la puerta estaba cerrada y Milord juzgó inútil hacer la intimacion de abrirla en nombre de la ley.

La puerta era de tablas sólidas, pero groseramente unidas y en ellas se advertia una abertura bastante ancha para dejar paso á dos dedos.

Era lo que necesitaba; Milord tenia manos de hierro y fué arrancando pedazos de madera hasta practicar una abertura por la que cabia el cuerpo de un hombre.

—Muchachos, hay paso, ¿quien quiere entrar?

—Yo, yo,—dijeron varios á la vez.

Y sin embargo, era una muerte casi cierta la que aguardaba al primero que penetrase; pero para aquellos hombres que consideraban este su campo de honor, la lucha cuerpo á cuerpo con tan peligrosos enemigos, terror de la sociedad, era simplemente su deber.

El momento era solemne, todos comprendian que se trataba de la muerte de un hombre, y aunque no retrocedian ante tan

horrible sacrificio hubo un momento de silencio angustioso.

—Hijos míos,—dijo Milord,—los bandidos que nos aguardan detrás de esa puerta no nos han de dar cuartel, ¿estais convencidos de ello?

Nadie respondió.

—El primero que pase sabe la muerte que le aguarda, y si no soy yo el que lo intenta,—esclamó Milord,—es que mi robustez no me permite entrar; solo un hombre muy delgado puede pasar por esa abertura.

—¡Entonces, á mi me toca!—dijo uno.

—¿A tí, Berton?

—No tengo padres, mujer ni hijos... Me viene de molde.

Además, era pequeño, flaco; pero bajo su apariencia débil demostraba una gran fuerza muscular.

—¿Tu pistola está cargada?

—¡Estoy dispuesto á todo!

—Pues adelante.

Y ayudó al agente á pasar la cabeza y la mano que tenia armada, recomendando que mirase á todas partes antes de empeñarse más; ¡el momento era terrible!

En medio de un silencio semejante al de la muerte, presa de angustia profunda, aguardaban todos ver caer la cabeza de su

compañero bajo los golpes de los bandidos agrupados detrás de la puerta.

—No veo nada, no veo nada,—dijo el agente despues de un instante de silencio.

Y deslizándose como una culebra dejóse caer al otro lado de la puerta, cabeza abajo y deteniéndose con las manos.

Aun hubo ctro minuto de ansiedad durante el cual los agentes se atrevian á respirar apenas.

—¿Y bien?—dijo Milord pasando á su vez la cabeza por la abertura.

—Nadie,—dijo Berton muy asombrado de no verse acometido en el momento de caer á tierra.

—¡Es estraño!—balbuceó Moulin.

—Dadme luz,—dijo Berton á sus compañeros.

Diéronle luz, levantóla á examinar todos los rincones de la estancia y afirmó que el desvan estaba desierto.

Los bandidos debian estar refugiados en algun escondite donde se creian al abrigo de toda pesquisa.

—Mira si puede abrirnos,—dijo Moulin.

—Ya lo creo,—dijo este,—se han dejado la llave en la cerradura.

—Abre pronto.

La puerta se abrió y todos pudieron penetrar en el desvan.

—Ahora,—dijo Berton caminando el primero con una luz en la mano y la pistola en la otra,—se trata de descubrir el nido.

Todos los agentes le siguieron en silencio, todos en guardia y esperando ver caer sobre ellos la temible banda de foragidos.

Pero visitaron todos los rincones, todo el desvan... en vano.

Y sin embargo, huellas recientes sobre la capa de polvo que cubria el suelo, decian que habian pasado por allí.

¡Qué habia sido de ellos? ¿Dónde buscarlos?

—Al tejado—dijo Moulin.

—Sí, al tejado,—dijo Milord,—pero con precaucion; estamos á tres pisos de la calle.

Milord y dos de los agentes salieron por el tragaluz ayudándose con las manos y las rodillas y se fijaron en dos chimeneas, detrás de las cuales debian estar escondidos los bandidos.

Milord, casi arrastrándose con estrema prudencia, llegó al sitio donde aguardaba hallar alguno de sus enemigos.

—¡Nadie!—dijo con despecho.

—Nadie...—dijo como un eco el agente que examinaba la otra chimenea.

Y los tres volvieron al desvan donde les

aguardaban sus camaradas. En aquel momento oyóse una voz que decía:

—¡Por aquí!... ¡por aquí!...

Era Moulin, que con la luz en la mano estudiaba minuciosamente, y ladrillo á ladrillo, todo el pavimento.

Todo el mundo corrió hacia él, que siguiendo las huellas habia llegado hasta le ventana del desvan... Aquella ventana estaba abierta.

—Por aquí han huido,—dijo Moulin.

—¡Imposible!—dijo Milord.—Estamos á tres pisos de la calle...

—Y sin embargo, os lo repito: ¡por aquí han huido!

—¿Qué prueba teneis?

—Mirad.

Y mostró el antepecho de la ventana, recientemente removido el polvo que la cubria, y en algunas partes arrancado ó arañado el yeso.

—Los clavos de sus zapatos han hecho esto—dijo Moulin, fijo en su idea.

—Bien lo veo,—dijo Milord, pero no pueden haber volado como pájaros ni haber dado un salto de esta altura.

—¿Y esto?—dijo—Y mostraba una escalera, cuya estremidad estaba fija con dos ganchos de hierro al antepecho de su ventana.

—¿Y esto?—añadió Berton, señalando

una caja derribada, sobre la cual se hallaban huellas de pasos.

—¡Esto lo explica todo!—repuso Milord. —Al verse perseguidos hasta aquí, lo han arriesgado todo, se han subido sobre esta caja para alcanzar el antepecho de la ventana, y de esta escala para bajar al piso inferior donde habrán penetrado en alguna estancia.

Antes de asentir á esta opinión Moulin se inclinó hácia fuera y dijo:

—No, esto se complica; la escala en vez de confirmar el hecho le desmiente.

—¿Cómo?

—Tomad la luz á vuestra vez y mirad.

Tomó Milord la luz y se inclinó por la ventana: la escalera de mano flexible, delgada, estaba rota y llegaba á unos seis piés del piso inferior quedándose sobre un muro perfectamente liso y nada á su alcance, ni balcon, ni persiana, ni el más pequeño saliente en el muro al que hubiera podido asirse el más atrevido gimnasta.

La imposibilidad de una fuga por allí estaba evidentemente demostrada.

Y sin embargo, no era ménos cierto que los ladrones se habian refugiado allí, que habian huido al aproximarse la policia y que no habian tenido otra salida que la ventana.

Pero ¿qué habia sido de ellos?

Esto es lo que Milord y Moulin se preguntaban mirándose atónitos como los perros de caza que han perdido el rastro.

—Volvamos á empezar,—dijo, Milord,—pero ahora es más difícil la tarea.

Y mustios y desanimados, salieron todos del desvan.

Cinco minutos corrieron aun; despues, la gran caja que estaba derribada se levantó poco á poco y por debajo de ella aparecieron, primero unas manos, despues una cabeza y despues un cuerpo delgado y flexible.

Era Fifi Vollard.

—¡Vive Dios,—repuso,—que me han andado cerca del bulto!

¿Cómo habian desaparecido todos los demás?

Esto es lo que vamos á saber.

Cuando gracias á Fifi Vollard escaparon por la puerta que habia sido descubierta por Fifi, y cuyo secreto el pilluelo se habia guardado bien de comunicar á sus camaradas, tuvieron todos un momento de estupor, casi de espanto. Un muro les separaba únicamente de sus enemigos, y aquel cambio de decoracion repentina habia sido para ellos de un efecto teatral, aumentando su confusion la oscuridad y la ignorancia del sitio en que se hallaban.

Unianse los unos contra los otros sin atreverse á mover ni á romper el silencio, temiendo ser oídos de los hombres á cuyo poder acababan de escapar por un milagro incompresible para ellos.

—¿Estamos realmente fuera del calabozo?—se atrevió por fin á murmurar Soufflard.

—Pardiez, y sin temor de que nos sigan.

—¿Por dónde hemos salido?

—Por una trampa infernal conocida solo de Fifi,—dijo el pilluelo.

—¿Y donde estamos?

—En una escalera, así pues, quietos, el que salga del descansillo rueda hasta abajo.

—¿Y esta escalera conduce á la calle?

—Como casi todas las escaleras.

—Entonces en marcha.

—Despacio, la puerta de abajo está condenada.

—¿Y que hacemos?

—No pudiendo bajar, es preciso subir.

—¿Al desvan?

—Milord y su gente van á registrar toda la casa; ¡nos hallarán!...

—Estaremos lejos ántes de que suban al desvan... ¡si suben!

—Vamos, pues al desvan allí podremos

pasar á otra guardilla vecina, y entonces...

—¡*Mamola* al señor Milord! Seguidme.

Y cogidos los unos á los otros subieron aquella escalera que no conocian.

Un instante despues estaban á la puerta del desvan.

La luna iluminaba el descansillo y se veian los objetos como de dia.

—Digo si tenemos suerte, la llave está puesta.

Esta feliz circunstancia les hacia ganar mucho tiempo y todos se precipitaron en el desvan, cerrando por dentro.

—Ahora, dijo Fifi—será preciso buscar otra mansion mas hospitalaria.

El desvan tenia dos ventanas; la una daba á la calle de Cocatrix, la otra á un patio.

La calle de Cocatrix, como todas las de la Citté, era muy estrecha; sin embargo, imposible pensar en un salto de siete ú ocho piés para ganar la casa de enfrente.

—Veamos, la otra ventana,—dijo Soufflard.

Todos corrieron con ansiedad, porque aquel era su único recurso.

—¡Maldicion!—esclamó Soufflard.

—¿No hay médio?—dijo Lesage palideciendo.

—¡Mirad!

Lesage quedó petrificado; todas las casas que lindaban con aquella por aquel lado contaban apenas un piso de altura.

—¿Y que hacemos?—esclamó la bella Alicia que ya no reía.

—Ir todos en amor y compañía á ofrecer nuestros respetos al señor prefecto de policía,—dijo Micaud con una alegría bajo la cual se adivinaba su ódio contra Alicia y Soufflard.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—murmuró la hermosa rubia, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—No llores, Corza, aun no nos tienen.

Y fijando en Micaud una mirada de desprecio, esclamó:

—Tú hablas con mucha calma de entregarte á los *guiris*... ¡Ay de tí si algun dia te entiendes con ellos para vendernos!

—¿Yo?—repuso con mas turbacion que enojo.

—Basta; si tal sucediera, yo te ahorraria el trabajo de llegar á viejo; ¡tenlo entendido! En cuanto á mí, mientras tenga un cuchillo á mi alcance, no les daré el gusto de pillarme vivo... Malo, pues, para vosotros, si no podemos sahr de este desvan; pero malo tambien para esos perros, porque prometo dar buena cuenta de de dos ó tres.

Y añadió cambiando bruscamente de tono.

—Pero esto no es todo; se trata de salir de aquí.

—Aun hay una esperanza,—dijo Fifi.

—¿Cuál?

—Detrás de la casa, por los otros dos costados que no vemos, las guardillas estarán quizás mas próximas.

—¿Y cómo saberlo?

—Saliendo al tejado.

—¿Te encargas tú?

—Ya la creo.

—Pero aun suponiendo que encuentres por el tejado medio de huir, ¿como quieres que las mujeres utilicen ese camino?

—¿Y por qué nó? El tejado es casi plano; una duquesa podria emprender esa expedicion de recreo.

—Basta de bromas, los minutos son preciosos.

Fifi Vollard salió por el tragaluz.

—No tengas miedo, *mamá*,—dijo á la Vollard que le miraba con la mas completa indiferencia,—ya tomaré precauciones para no desgraciar á tu querido Fifi.

XXIII.

Bloqueado.

En cuanto Fifi desapareció, Lesage corrió á la puerta, aplicó su oído y la mujer Hardel que le habia seguido exclamó:

—Oigo, en efecto, ruido de voces.

La Vollard y Eugenia Alicia temblaban.

—Basta de majaderias,—dijo Lesage,—no es momento para asustar á las gentes, necesitamos de toda nuestra sangre fria. Silencio y dejadme oír.

Y aplicó de nuevo su oído contra la puerta.

Todos aguardaron con profunda ansiedad.

El mas pequeño rumor de pasos ó de voces era para ellos una sentencia de muerte; así pues todos callaban y trataban de oír.

—Te has engañado,—dijo Lesage,—¿las voces que oías subían de la calle?

—Sigue escuchando y al mas pequeño ruido nos avisas.

Todos estaban inmóviles y mudos como estatuas cuando una voz que venía de muy distinto sitio les hizo volver el rostro.

Era Fifi que despues de haber mirado con precaucion repuso:

—A qui estoy yo.

—¿Que has descubierto?—interrogó la Vollard,—¿una guardilla un granero?...

—¡Oh, sí? Muchas guardillas, muchas; puedes elegir...

—¿Entonces...?

—Solo que ninguna está á nuestro alcance; la mas cercana nos separa de ella lo menos treinta piés.

—¿Es decir que tenemos que quedarnos aquí?

—A menos que no tengas alas para volar... lo que no me asombraría, porque eres el ángel de la maternidad.

—¡Somos perdidos!—dijo Alicia.

—Todavía no,—añadió Soufflard.

—¿Has tenido una idea?

—Sí, y buena.

—Veamos.

—Puesto que es imposible ganar por la guardilla una de las casas, vamos á descender al piso principal de esta, á penetrar en uno de sus cuartos, y quien quiera que le ocupe tendrá que entenderse conmigo ó alojarnos.

—¿Y nosotras?—dijo Alicia.

—Dejadme acabar. Una vez allí, facil me será salir á la calle, y en la calle encontraré una escala...

—Yo he visto dos en el pasillo que sale á los patios.

—Famoso plan. Bajemos pronto,—dijo Lesage echando mano á la llave de la puerta.

Pero al punto se detuvo.

—¡Pasos en la escalera!—dijo con espanto.

—¡Mil rayos!—esclamó Soufflard.—¡Es demasiado tarde!

La banda entera cayó entonces en un estado de abatimiento indefinible.

Todos se creian perdidos y ninguno pensaba ya en un medio de sustraerse á su destino.

—¿No hay esperanza?—dijo á Soufflard la bella Alicia.

—Pienso que no,—contestó el bandido con voz sombría;—pero ya he dicho que no estoy aquí en balde;—y sacó el arma

ancha y corta de que se habia servido para la mujer Renault.

Llamó aparte á Lesage y Micaud que se acercaron.

—Escuchad; vamos á estar cerca de la puerta y en el momento en que la echen abajo yo caigo sobre el que lleva la luz y le aposento mi alfiler en la garganta; despues salto sobre Milord con cuyo fin quiero regalarme, y vosotros entre tanto cuidareis cada uno de vuestro hombre.

—¡Oh! yo respondo lo menos de dos,—dijo Lesage con tono resuelto,—se trata de defender la cabeza:

—¿Y tú, Micaud?

—¿No se trata acaso de mi vida como de la tuya?—repuso friamente Micaud,—yo no haré menos que vosotros.

Entre tanto las voces y los pasos se acercaban, las tres mujeres trémulas se apretaban una contra otra escuchando con espanto el rumor de pasos cada vez mas distinto.

Fifi Vollar escudriñaba todos los rincones del desvan.

—¡Salvados! dijo de repente

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Digo que he hallado la puerta de los campos.

—Habla.

—Mirad.

Y señaló una escalera que descolgaba de un rincón del desván.

—¿Estás loco? tres pisos nos reparan de la calle y esa escalera tiene apenas diez piés de larga.

XXIV.

Camino peligroso.

—No comprendéis mi idea,—dijo Fifí,
—esta no será una escalera, será un
puente.

—¿Qué quereis decir?

—Un puente que atraviase la calle de
Cocatrix; un extremo aquí, el otro en la
ventana de enfrente.

—¡Gran idea!—dijo Souffiard y añadió:
—¿con tal de que sea bastante larga?

—Creo que sí.

—Pues pronto; ayúdame, Lesage.

Adaptaron los dos ganchos de hierro que
tenia un extremo de la escalera al antepe-
cho de la ventana y despues la fueron su-
biendo con direccion á otra guardilla que

habia enfrente algo mas baja.

Toda la banda estaba alli reunida, siguiendo con angustia aquella operacion que era para ellos cuestion de vida ó muerte.

Por fin la escala tocó el antepecho de la ventana opuesta, era bastante larga y por lo tanto un puente, un viaducto, la salvacion para todos..!

En el instante en que la escalera acababa de fijarse en el extremo de la ventana, los agentes llegaban al descansillo y Micaud que habia quedado de centinela, los miraba á través de la rendija que conocemos.

—¿Cuántos son?—preguntó Soufflard acercándose hácia él.

—Doce con Milord.

—¿Qué hacen?

—Deliberan los medios de entrar, tratan de forzar la cerradura.

—Esó pide tiempo, vigila y avísame al menor peligro.

Y volvió á la ventana.

Toda la banda estaba aun allí.

—Y bien, ¿en qué pensais que no habeis pasado?

—Es que,—dijo la Vollard mirando con recelo la escalera y el abismo que habia en el fondo;—el puente es tan frágil que todos tememos estamparnos los sesos en la calle;

para mí y para estas dos, no hay más pena que la de reclusion perpétua y siempre es mejor que romperse la crisma.

—¿Es decir,—esclamó Soufflard,—que preferis que os cojan los «guiris?»

—Está decidido.

—Pues yo decido lo contrario,—repuso Soufflard con tono resuelto.

—Me parece, sin embargo,—que yo soy libre...

—¿De quedaros? No lo creais.

—Si se me antoja dejarme prender, es cuenta mia.

—¡Os equivocais! ¡es cuenta de Lesage y mia, que hemos arriesgado la cabeza en el negocio!

—Yo no os impido que os largueis por ahí, si tal es vuestro capricho.

—Es que no pasaré sino despues de vos y cuando no quede nadie detrás de mí: eso es peligroso.

—¿Me creeis capaz de hablar?

—Voluntariamente no; pero ya se ve, los curiosos emplean tales medios.. En fin vamos á pasar al otro lado y las mujeres han de empezar.

—Nunca,—esclamó la Vollard, pálida de terror como si ya se viera sobre el abismo

La mujer Hardel habia retrocedido á su vez, Alicia, sola, no se habia movido.

—Escuchar,—dijo Soufflard con un acento siempre de resolucion indomable,— no retrocederé ante nada, ni ante nadie, con tal de defender mi cabeza, ¿lo entendéis?

Y sacando de nuevo su cuchillo añadió:

—No confio mas que en los muertos, estos son los únicos que no hablan; no hay mas remedio que escojer entre aquella y este.

Y señalaba la ventana y el cuchillo.

—Pronto, pronto,—dijo entónces Micaud, Milord empieza á arrancar astillas de la puerta y sus dedos son tenazas; antes de cinco minutos habrán entrado.

—Animo,—dijo Soufflard á la Vollard y á la mujer Hardel.

—Sí, sí, pasaremos,—dijo la primera.

—¿Y tú, Corza? dijo el bandido á su amada.

—Yo pasaré la primera,—contestó la hermosa rubia.

—¡Tienes corazon, así me gusta!

—Ayúdame á subir á la ventana.

Entónces colocaron el cajon al pié de la ventana, y la jóven se encontró al nivel del puente que cruzaba el abismo.

Sin embargo, no vaciló.

—Posible es que la escala ceda y me envíe á la calle, por si acaso hasta el otro mundo.

Abrazo á Soufflard, miró con entereza la profundidad de la calle y fué avanzando escalon por escalon, intrépida, sin vacilar, descolgándose con paso tan firme y tan seguro como si la escala estuviese á dos piés del suelo.

Cuando la vió en el centro, Soufflard mismo palideció... pero al verla tocar la ventana opuesta exhaló un suspiro de alegría.

—¿Tendreis miedo aun?—dijo Soufflard á las otras dos mujeres.

—¿Por qué no? Alicia es mas ligera que nosotras.

—Y cuando haya pasado yo,—dijo Lesage,—¿tendreis miedo aun?

—Entónces...

Lesage se lanzó entónces á tan peligrosa via y un minuto despues llegaba á la otra guardilla.

—Vosotras ahora.

Y como aun vacilasen, añadió:

—¡O ventana ó cuchillo! ¡escoged!

—«Vamos, mamá»,—dijo Fifi con aire burlon;—pasa delante y no vayas á soltar el pasamano.

La Vollard se decidió al fin, tan pálida tan trémula, que Soufflard no pudo menos de pensar.

—¡No llega al otro lado!

XXV.

Donde Fifi se encuentra mal.

Al llegar al centro, la Vollard sintió vacilar la escala bajo sus piés, y muerta de terror se detuvo.

—Adelante, *mamá*.

—Imposible, no puedo, estoy perdida, — balbuceó la infeliz.

—Tiene razon, ha perdido la cabeza, no hay salvacion, —murmuró Soufflard.

—Aguárdate, no te muevas, —dijo Lesage á su hermana desde el lado opuesto.

—¿Qué piensa hacer?

Lesage apareció al punto con un palo largo en la mano.

—Cogete aquí,—dijo,—y avanza sin temor.

La Vollard cogió el extremo del palo, y animada por aquel sosten imaginario, llegó á la ventana, que franqueó con ayuda de Lesage.

Soufflard respiró.

—¡Si la escalera hubiera cedido á su peso,—esclamó,—estábamos todos perdidos!

La mujer Hardel pasó mas resueltamente que la otra; era mas ligera y el éxito de aquella le dió ánimo.

—¡A quién le toca?—dijo Fiff.

—A mí,—dijo Micaud acudiendo.

—¿Qué hacen?

—Milord ha abierto un agujero por el que puede pasar la cabeza de un hombre.

—Pues vete, yo ocuparé tu lugar, y si asoma una cabeza antes de que me toque mi vez, la dejo fria.

Era este el momento en que Berton se ofrecia á pasar por la abertura practicada en la puerta.

—No irás lejos, pensó Soufflard.

Y aguardaba con feroz impaciencia á que asomase el agente para clavar su puñal.

No solamente en aquel asesinato entraba el instinto de destruccion y su sed de sangre, sino que en aquella muerte tenia un medio de detener á los que llegaban, que

habrían de ocuparse del moribundo, dándole á él tiempo para reunirse con sus compañeros.

Aguardaba con impaciencia, cuando sintió que le tiraban del extremo de su gabán.

Era Fifi.

—A vos os toca,—dijo el pilluelo.

—¿Y Micaud?

—Ya está al otro lado.

—Pues bien: aguarda.

—¿A qué?

—Tengo gusto de acariciar al primero que se ha ofrecido á entrar por ese agujero.

—No hagais tal, el tiempo urge...

—Pasa delante.

—No tal, vuestro cuello peligra, y el mio nó.

—Corriente, pero toma el cuchillo. Si pasa una cabeza por ahí antes de que yo haya ganado la otra ventana, hiere sin miedo.

—No temais; ¡salid, salid!...

Cuando Fifi estuvo solo, contempló el cuchillo y repitió su argumento favorito.

—No tengo diez y seis años y obro sin discernimiento, puedo emplearle.

Entre tanto Berton se quitaba su redingot para pasar con mayor facilidad, y esta detencion le salvó.

Fifi se apercibió de que Soufflard se había reunido á sus camaradas.

—Gracias—murmuró entónces;—lo mas urgente es sustraerme á las caricias de los *guiris* y los trabajos del correccional.

Y corrió á la ventana.

—Ten cuidado—dijo Lesage desde el otro lado,—la escalera ha crujido bajo los piés de Soufflard.

Fifi sonrió desdeñosamente.

—Por fortuna yo soy un pájaro por la ligereza y por la sobriedad que me ha suprimido el vientre y el estómago.

Y empezó á caminar con tanto aplomo como si aquel puente aéreo tuviese la solidez del Puente Nuevo; pero al llegar á la mitad del camino palideció y se detuvo.

—¡Sapristi!—dijo, midiendo con la vista la profundidad del abismo.—Esto vacila y estoy per...

No acabó; un crujido seco se oyó y la escalera se separó en dos partes.

Un grito sordo se escapó de todos los pechos, y al mismo tiempo uno de los extremos de la escala caia á la calle con estrépito, mientras el otro, sujeto al dintel de la ventana por los ganchos de hierro, se fijó aun mas por la sacudida y fué á caer perpendicular sobre el muro.

En el último peldaño Fifi estaba colgado de las manos.

—Valor, no pierdas la cabeza—le gritó Lesage.

Fifi no respondió, estaba blanco como el papel y la sangre corría de su frente, que había ido á chocar contra el muro.

Toda la banda estaba á la ventana.

—No se mueve,—dijo Soufflard.

—Si pierde el conocimiento, está perdido,—balbuceó Alicia.

En cuanto á la Vollard, nada decia; con la boca entreabierta, fija en su hijo la mirada, inmóvil, lívida, causaba espanto.

Diez segundos corrieron así; despues Fifi movió las piernas y levantó la cabeza como para darse cuenta de su posicion luego una de sus manos asió otro escalon y poco á poco volvió á ganar la ventana.

¡Estaba en salvo!

Entonces volviose á la otra ventana y dijo á sus camaradas:

—Huid y no os inquieteis por mí, les desafío á que me encuentren.

Un instante despues estaba bajo el cajon y los agentes entraron en el desvan.

XXIV.

En la barrera de Italia.

Ni un soplo en el aire, ni una nube en el cielo.

El sol era tan ardiente, que las calles estaban desiertas, sobre todo las calles anchas y los sitios espaciosos que aparecian enteramente desprovistos de sombra.

En aquel momesto dos hombres desembocaban por la calle de Moufletard, y arros-trando los ardores de aquel sol tropical, atravesaron la plaza de la barrera de Italia, y se internaron en el camino del mismo nombre, orillado á derecha é izquierda de tabernas, casas de comidas y bailes públicos.

Uno de aquellos hombres, pálido, baja estatura, anchos hombros, facciones enérgicas, mirada fría, iba vestido de un chaqueton y un pantalon de algodón azul.

El otro, mas bajo que su compañero, mirada sombría y desconfiada, vestia un pantalon de paño gris y un redingot de pelo largo.

El primero de aquellos hombres era Soflard, el segundo Lesage.

Ambos caminaban lentamente y afectaban esa indolencia, propia del que pasa el dia perdiendo el tiempo por la barrera.

Sin embargo, quien los hubiera observado con atencion, hubiera advertido en ellos una preocupacion, una desconfianza que alteraba por completo la calma de su fisonomía.

No cambiaban ni una palabra; pero en las rápidas miradas que se cruzaban entre ellos de vez en cuando, comprendiase que el mismo sentimiento les dominaba.

—Esa es,—dijo Lesage en voz baja señalando la casa en que habia una taberna al otro lado de la calle.

—¿Esa casa pintada de encarnado?

—Si.

—Basta.

—Entremos.

—No, antes es preciso recorrer los sitios y observar.

Lesage volvió la cabeza y de una mirada abrazó toda la estension de la calle que dejaba á la espalda.

—Nadie.

—Ni un perro, desde aquí á la barrera.

—He visto un empleado del resguardo al pasar por delante de su puerta.

—Yo tambien lo he visto.

—¿Y qué?

—Ha entrado en la casilla.

—Corriente.

—Solo nosotros nos atrevemos á salir á esta hora y con este tiempo.

—Eso nos salva: más vale para nosotros la noche que esta luz que nos deslumbra, pero en fin, atravesemos la calle y adentro.

La taberna estaba elevada de la calle por un escalon.

Era una casa antigua, cuya fachada, pintada de encarnado, era notable por sus ventanas mezquinas con vidrios oscuros y empolvados.

Detrás de aquellos vidrios distinguíanse apenas unas cortinas de algodón encarnado que armonizaban con la fachada formando un conjunto repulsivo y siniestro.

Una de las muestras groseramente pinta-



da representaba una especie de reptil verdoso que los transeuntes se hubieran visto muy apurados para calificar, si debajo de la pintura no se hubiera leído este letrero:

AL LAGARTO.

La otra muestra, maliciosamente colocada en un rincón de la fachada, y que se hubiera podido tomar por la improvisación de algún beodo, tan odiosamente embadurnada estaba, representaba un hombre embriagado con esta inscripción al pie hecha por una mano inhábil ó poco segura:

AL LOBEZNO

Sangre á cuatro nervi.

Lo cual quería decir: «Vino á cuatro sueldos.»

La casa estaba desierta, el mostrador de estaño y sucio estaba cubierto en diferentes sitios de un líquido oscuro que exhalaba un olor nauseabundo á campeche, y aquel olor, aquella casa, aquellas muestras enigmáticas, todo formaba un conjunto repulsivo que hubiera alejado al hombre ménos impresionable.

—Nadie,—dijo Soufflard entrando.

—Mira,—dijo Lesage.

Y señalaba en el fondo de la pieza adornada con cinco ó seis mesas y otros tantos bancos, un hombre que con la cabeza apoyada en sus brazos y estos sobre una mesa dormia profundamente.

—Lindo y bien servido establecimiento el del *Lagarto*.

—Sin duda preferirias estar en el café de Foy en el Palais Royal,—dijo ironicamente Lesage,—aquello es mas coqueton...

—Dices bien, aqui estamos como en nuestra casa.

Y dando un puñetazo sobre la mesa misma de la que se habia hecho almohada el tabernero, dijo:

—Y bien, ¿no se sirven á los amigos hoy?

—¡Mil rayos!—esclamó el tabernero al verse despertado tan bruscamente.

Y á pesar de su formidable abdomen, lanzóse ágil hácia Soufflard con el puño alzado, pero este le cogio la muñeca y clavando en sus ojos aquella mirada fria que hacia estremecer á los mas feroces, dijo:

—No gusto de este género de bromas.

El tabernero dejó caer el puño, y cambiando al punto de espresion aguardó con calma; habia reconocido á un parroquiano.

—¿No hay nadie?—dijo con tono particular Soufflard.

—Nadie;—contestó el tabernero en el mismo tono.

—¿No hay curiosos ni espías?

—Nadie, á estas horas no hay temor.

—¿No hay otra pieza detrás de esta sala?

—Sí.

—¿A dónde cae?

—A los jardines.

—¿Qué hay mas allá de los jardines?

—El campo.

—¿Y que mas?

—Al otro lado calles y casas.

—¿De fiar?

—Alojamiento de obreros, de campesinos y por lo tanto desiertos durante el día.

—Corriente, cuatro litros y seis vasos.

—¿Aguardais á alguien?

—Dos camaradas y dos *señoras*.

—¿Sangre á cuatro nervios?

—¿Por quién nos tomas, canalla?

—¿Entónces de diez y seis?

—¡Lo mejor que haya en casa! y en cuanto al campeche, puedes servirle aparte.

El tabernero introdujo á sus parroquianos en la pieza reservada y salió para buscar vasos y botellas.

Durante su ausencia, Soufflard abrió la ventana y reconoció el terreno.

Aquella ventana estaba á cuatro piés del suelo, y mas allá, en efecto, estendíanse jardines particulares separados unos de otros por hayas.

Acaba esta inspeccion cuando entró el

tabernero seguido de dos mujeres; eran la Vollard y Eugenia Alicia.

—¿Y los otros?

—Han tomado otra dirección; antes de tres minutos estarán aquí.

Soufflard detuvo al tabernero que salía.

—Dentro de dos minutos vendrán dos amigos.

—Y preguntarán?...

—Por Pedro.

—Está bien.

Cuando se halló solo con Soufflard y las dos mujeres, Lesage preguntó:

—¿Qué significa esto?

—¿No comprendes?—Dijo su compañero mirándole con calma.

—Pregunto qué significa esta reunión que no me habías anunciado.

—Pronto lo veremos.

—¿Qué vienen á hacer estas aquí?

—A beber un trago con nosotros.

—¿Y solo para eso se han espuesto á la policía y al sol?

—Justo.

—¿Y los otros que han de venir?

—Ya lo sabrás; eres bien impaciente.

Lesage miró fijamente á Soufflard, cuyo aire le inquietaba tanto como el misterio en que se envolvía.

—¿A qué vienen estos misterios?—dijo

Lesage, ya amostazado.—¿Acaso se está urdiendo algo contra mí?

En este instante llamaron á la puerta.

—Ahora lo sabrás, porque aquí están los camaradas.

XXVII.

El Padron.

La Vollard abrió la puerta y dos hombres entraron.

El primero era Micaud; el otro un hombre de unos treinta años, pequeño, robusto, de aire grosero, frente estrecha y casi cubierta por una cabellera tan negra, tan fuerte, tan enmarañada que se hubieran creído las cerdas de un javalí.

Era Champenois, uno de los treinta individuos de la banda cuyo jefe era Soufflard.

Lesage contemplaba á los recién llegados y trataba de estudiar en su fisonomía el sentimiento que les animaba, pero en vano.

Uno y otro aparecian tranquilos, indiferentes.

¿Se alarmaba sin motivo, ó aquellos hombres ignoraban, como él, la razon de aquella cita?

—Cierra la puerta con llave—dijo Soufflard á Champenois.

Esta precaucion, natural en cualquiera otra circunstancia fué para Lesage un nuevo motivo de inquietud.

—Llena los vasos, Corza,—dijo Soufflard á su amada, y dirigiéndose á los otros añadió:

—Sentaos, tenemos que hablar.

Todos se sentaron en silencio y sin darse cuenta todos parecian impresionados del tono sério y casi solemne de Soufflard.

—Ante todo,—preguntó á la Vollard,—¿por qué Fifi no está aquí? Tiene siempre recursos, que nos han salvado más de una vez.

—No ha querido venir con nosotros.

—¿Por qué?

—Dice que es peligroso ir tres juntos por la calle.

—¿Pero vendrá?

—Lo ha prometido, y se puede contar con él.

—¿Entonces avisaré al p tron para que le deje entrar?

—No hay necesidad, ya conoceis á Fifi;

si quisiera introducirse en palacio lo conseguiría sin hacerce anunciar.

—¿De modo que es inutil?...

—Enteramente; no sé cómo se compondrá, pero estará aquí antes de cinco minutos.

Terminado este incidente sentóse Soufflard entre sus camaradas y dijo:

—Ahora os diré porqué nos hemos reunidos aquí. A pesar del zafarrancho de anoche en el *Mono sabio*, nada prueba que la policia conozca á los asesinos de la mujer de Renault.

—Sin embargo ese disfraz de Milord, su visita al *Mono sabio*...

—Milord ha ido á una taberna de mala fama con la esperanza de hallar algun indicio, y se ha disfrazado porque es harto conocido de todos los que nos dedicamos... á negocios; pero uno de nosotros ha cometido una imprudencia que puede perderle y á todos los demás con él.

—¿Quién?—preguntó Lesage.

—Tú.

—¿Yo?

—Ya lo creo; ¿no te has tomado tres dias para sacar tu pase de la prefectura?

—Cierto.

—Pues bien, todas las sospechas están ya fijas en tí.

Lesage desconcertado no supo qué contestar.

—¿Crees tú que no se sabe en la prefectura,—esclamó Soufflard enérgico,—que Soufflard, Lesage y Micaud no hacian mas que uno en el presidio de Tolon? Sospechan de tí, sospechan de todos y, bien lo ves, ese simple descuido puede ser nuestra perdicion.

Mortal silencio siguió á estas palabras, todos comprendian la gravedad de la situacion.

—¿Y qué hacer?—esclamó Lesage.

—Ir á sar tu padron á la prefectura.

—¿A la prefectura? jamás,—esclamó Lesage palideciendo.

Pero Soufflard se levantó; fijó en su cómplice una de aquellas miradas implacables y dijo:

—¡Es preciso!

—¿Pero?...

—Ván en ello dos cabezas, la mia y la de Micaud, y además presidio ó reclusion perpétua para treinta individuos que no han de ser víctimas de tu torpeza.

—Pero es ir á entregar mi cabeza al verdugo.

—No, dí que has estado enfermo tres dias; es un pretesto que puede admitirse y salvarte salvándonos á todos.

Y volviéndose á los demás añadió:

—¿Que resolveis vosotros? Se trata de una consulta, por eso nos hemos reunido.

—Soufflard dice bien,—repuso Micaud.

—Pues bien, mañana...

—No mañana, hoy.

—Pues bien, á la noche...

—No, ahora, en pleno dia, es la única manera de destruir las sospechas.

Lesage vaciló, Soufflard le miró como él sabia.

—Está bien, iré,—dijo con el mismo abatimiento que si estuviera oyendo su sentencia de muerte.

—Ese será un gran medio de desorientarlos,—dijo Soufflard.

—Esa será una tontería,—dijo una voz que parecia entrar por la ventana.

Soufflard volvióse bruscamente.

—¿Nos escuchaban?—esclamó Alicia.

—Sí, y me parece haber reconocido la voz de...

—¡De Milord!

—Sí.

—¡Yo tambien!

Soufflard lanzóse á la ventana que estaba abierta, pero en el instante que llegaba, pálido de furor, un rostro picaresco y cínico apareció por ella.

—¡Fifi!

Y despues de una pausa añadió:

—Pero esa voz.

—Es un descubrimiento; me he apercibido que guardo en el vientre el acento de Milord, es casualidad.

Y saltando por la ventana, con su habilidad de ventrílocuo, dijo con una voz que parecía venir del jardín:

—¡No me engaño, es el miserable de Soufflard!

Era cosa de confundirle con el agente.

—Ahora y en mi voz natural,—dijo el pilluelo después de sentarse y apurar un vaso de vino,—repito que es una tontería y os lo probaré.

—¿Por qué? Habla.

Fifi empezó á limpiarse la boca con su manga, diciéndole Alicia:

—¿Así cuidas tu redingot?

—No es mio.

—¡Ah!

—Es de la propiedad de mi amigo Pinchard, en cuya casa he dejado mi vestido de cuadros, harto conocido de Milord.

Y añadió enjugando su frente con un pañuelo bordado obtenido también con su nunca desmentida habilidad.

—Os aseguro que sería un vestido muy cómodo para el mes de enero.

—Te escuchamos,—dijo, Soufflard impaciente.

—Ya llegó. Quereis que mi tío vaya á sacarsu pase á la prefectura y olvidais que

Milord le ha visto ayer en nuestra sociedad.

—Milord ha visto su casa, no conoce su nombre.

—Si, pero el llamado Lesage, licenciado de presidio, que ha tardado tres dias en sacar su pase, inspira ya sospechas, como habeis dicho.

—Cierto.

—Y en cuanto se presente le echarán mano y una hora despues toda la trahilla está olfateando vuestros talones.

—El rapaz dice bien: es peligroso.

Y añadió despues de una pausa:

—Pero no es menos peligroso que haya dejado pasar más de veinticuatro horas sin sacar su padron y pagar su importe.

—Tambien es verdad, el padron debe ser sacado, ó por lo menos reclamado, hoy mismo.

—¿Entónces...?

—Otro se encargará de la comision.

—¿Y quién...?

—Cualquiera: Champenois, que no ha entrado para nada en el asunto de la mujer Renault, y está en regla con la policia.

—¡Oh! Yo nada temo: puedo presentarme con la frente alta en la calle de Jerusalem.

—No querran dar mi padron á otro,—dijo Lesage.

—Lo veremos, es un medio de tomar el

pulso al negocio y conocer en qué grado de... «estimacion» tienen por allí á mi tío.

De ese modo la sociedad Soufflard, Lesage y compañía sabrá á qué atenerse.

—Y es una gran ventaja; cuando se conoce el juego del adversario se maneja uno bien.

—Y dirigiéndose á Champenois dijo:

—¿Estás pronto á ir?

—Al momento,—dijo aquel levantándose.

—Pero aguarda, si le preguntan dónde vives, ¿qué debe responder?

—Dar las señas de mi último domicilio inscrito en el registro.

—¿Cuál es?

—Calle de la Reina Blanca, número 3.

—No lo olvidaré.

—Toma,—dijo Soufflard dando dos francos á Champenois;—toma un coche para llegar más pronto á la calle de Jerusalem y aquí te aguardamos; dentro de dos horas estarás de vuelta.

—Dentro de dos horas—dijo Fifi—sabremos positivamente si la policía ha fijado su atención en nosotros para la guillotina.

XXVIII.

Un traidor.

Dos individuos habian permanecido absortos, distraidos durante esta discusion, cuyo resultado les interesaba tan vivamente.

Aquellos dos individuos eran Micaud y la bella Alicia.

Aquella estraña preocupacion no habia escapado á Soufflard, que se inquietó á su vez, temiendo acaso una reconciliacion entre los dos antiguos amantes; pero una mirada que sorprendió en Micaud, cargada de odio y de rencor, disipó todas sus sospechas.

Evidentemente estaban lejos de entenderse, y si aparecian absortos, era obra de la

casualidad ó de otra causa cualquiera.

—¿Qué hora es?—dijo de repente Fifi, que á su vez parecia preocupado, contra su costumbre.

Alicia sacó entónces, no de su cintura, donde hubiera estado muy visible, sino del bolsillo de su vestido, un lindo relój de señora.

Era el de la mujer Renault.

En el reparto que se habia hecho al dia siguiente del crimen, le habia tocado á ella.

El relój habia sido objeto de una violenta discusion entre la Vollard y la bella Alicia.

Esta queria á todo trance el relój, aquella se irritaba de que se entregase á la hermesa rubia todo lo que era de gusto y de valor.

Lesage hizo causa comun con su hermana; Soufflard, como era natural, con la bella Alicia, y como este no perdia medio de imponer su voluntad, declaró que era su gusto que el relój fuese para Alicia, y Alicia guardó el relój.

Con el aire más natural y tranquilo del mundo Alicia sacó del bolsillo el relój para decir á Fifi:

—La una menos diez minutos.

—¿Cuánto hace que Champenois ha partido?

Un cuanto de hora.

—Pues bien, podemos hablar entre tanto de nuestros pequeños negocios. Ante todo una pregunta que no me habia ocurrido hasta ahora: ¿quién ha podido inspirar á Milord la idea de acercarse á mí en la plaza del Chatelet cuando yo tenia todo el aire de un hijo de familia? Yo creo que mi traje...

—¡Era admirable! solo que el sastre no te habia tomado bien la medida, y como tu cara no anuncia enteramente el candor ni la inocencia, la conducta de Milord se explica perfectamente, dijo Alicia.

—Así será, pero hay que hacer justicia á Milord, nos ha espantado como á conejos.

—Es una espina que se nos ha clavado en el pié.

La bella Alicia soltó sobre la mesa el vaso que acababa de vacilar de un sorbo, y dijo con aire receloso mientras sus ojos serenos de ordinario, lanzaban en torno suyo una mirada sombría:

—Nuestros mayores enemigos no son Milord ni su gente.

Su aire, su voz, la espresion de su rostro al hablar así revelaban tal emocion, que todas las miradas se fijaron en ella.

—No, no son nuestros enemigos,—repetió.

—¿Quiénes son?

—Los que trabajan, comen y beben con nosotros, los que conocen todos nuestros secretos y están presentes á todas nuestras pláticas.

La alusion era tan clara, que Soufflard se volvió bruscamante hácia Micaud, y este un tanto desconcertado, trató de reponeerse y sostuvo la mirada interrogadora de Soufflard.

Durante una pausa en la cual la impasibilidad de Micaud no se desmintió ni un segundo, Soufflard lo observó, y volviéndose á la Corza, preguntó:

—¿Los enemigos de que hablas, están aquí?

—Están.

—¿De qué les acusas?

—De habernos vendido.

Todos se estremecieron; reinó otra breve pausa, y las facciones de Sufflard se revis-tieron de la palidéz siniestra que precedia á sus más violentas determinaciones.

Todos se fijaron en Micaud con asiedad; solo él continuaba tranquilo en medio de la ansiedad general.

—¡Vendidos!—dijo Soufflard con acento trémulo.—¿Con qué objeto?

—Con dos: la venganza primero.

—¿Y despues?

—El miedo.

—¿Cómo?

—Miedo á la muerte; espera salvar su cabeza entregando la de los otros.

Soufflard se levantó lívido, la mirada centellante, agitados los lábios... ¡su aspecto era aterrador!

Sacó su cuchillo y preguntó:

—¿Su nombre?

—Pregúntaselo á Micaud.

—Responde,—le dijo á este Soufflard.

—Lo ignoro; puesto que Alicia lo sabe, que lo diga—dijo friamente el bandido.

—Habla tú y acabemos,—dijo á la hermosa.

—¿Para qué?—esclamó esta con energía? ¿Acaso no habeis adivinado todos que el miserable que trata de salvarse á costa nuestra no puede ser mas que Micaud?

Soufflard lanzó un rugido.

—¿Es un proyecto sin duda?

—Es un hecho consumado.

Volvióse entónces Soufflard hácia Micaud, y con voz tranquila como la del juez al pronunciar su sentencia, dijo:

—¡Ya comprenderás que eres hombre muerto!

—¿Por qué?

—¿No has oído?

—Todo, pero aguardo...

—¿Qué aguardas?

—Una prueba.

—Es verdad.

—Y volviéndose á la hermosa rubia dijo Soufflard.

—Esa prueba tú la tendrás, porque no hubieras hablado así...

Alicia estuvo algun tiempo sin responder y todos creyeron que su odio contra aquel hombre habia sido el único móvil de su acusacion.

Ya le miraba Micaud con arrogancia.

—¿Es decir que quieres una prueba?— murmuró Alicia.

—Por pequeña que sea,—dijo Micaud con aire burlon.

Alicia no respondió, sacó del bolsillo una hoja de papel de cartas y dijo á Soufflard:

—Lee, lee en alta voz.

A la vista del papel, una revolucion se operó en el rostro de Micaud.

—Ese era un borrador,—dijo Alicia,— la carta habrá ido ya á su detino.

Y mirándole fijamente, añadió:

—A menos que la tenga aún encima.

A estas palabras mortal palidez se estendió por las facciones de Micaud, y sus miradas denotaron el espanto. Esta impresion no escapó á Fifi Vollard, que desde este momento no perdió uno de sus movimientos.

XXIX.

La carta encantada.

Soufflard desdobló el papel, cuyo roce tenía algo siniestro en medio del silencio que se había hecho en la estancia.

A la primera palabra que leyó permaneció inmóvil, mudo, petrificado de estupor.

—¿Y bien?—dijo Lesage con ansiedad.

—Un instante, dijo Soufflard pasando la mano por su frente como si estuviera aturdido por lo que acababa de leer.

—Pardiez,—murmuró Fifi,—¿qué diablos puede haber en ese papel?

Cuando Soufflard hubo dominado la emoción que sentía, exclamó:

—Escuchad, escuchad todos, porque á fé mía, vale la pena de oír.

—Lee, pues.

—Las primeras palabras bastarán para haceros comprender toda la importancia del documento, dice así:

«Al señor procurador del rey.»

—¿Eh?—dijo Lesage con espanto.

—Comprendido,—dijo Fifi, una carta de recomendacion; gracias. Somos enemigos políticos, y renuncio á todos sus beneficios.

Micaud, que se habia sentido abatido por un momento pareció recobrar su sangre fria por la influencia de una repentina inspiracion.

Cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó.

Fifi no conocia las palabras de Talleyrand que dijo de un cortesano: ¿qué interés tendrá en enflaquecer? Pero al mirar á Micaud se dijo:

—¿Qué interés tendrá en cruzarse de brazos?

Y continuó observando.

—Adelante,—dijo Alicia á Souffiard.

Este continuó así su lectura:

«Al señor procurador del rey.

»La policia busca los asesinos de la mujer Renault, pero se trata de criminales harto sagaces para dejarse prender; por fortuna el arrepentimiento me inspira la idea de entregar á esos miserable en poder de la justicia que creo tendrá en cuenta mi

buena accion. Hé aquí las señas de los asesinos y de sus cómplices.»

Soufflard se detuvo.

—¿Qué más?—dijo la Vollard.

—La carta acaba aquí,—dijo Soufflard.

Todos escuchaban la lectura con una emocion que les absorbía por completo, y cuando Micaud vió que todas las miradas estaban fijas en Soufflard, sacó con precauciones infinitas la mano izquierda del pecho y la dejó deslizar á lo largo de su pierna.

Aquella mano escondía un papel que acababa de sacar de su pecho.

Entonces la calma se pintó por completo en sus facciones y seguro de que nadie le habia visto, se creía en salvo, pero no contaba con la mirada escudriñadora de Fifi.

A la lectura siguió una prolongada pausa.

—¿Y la letra?—preguntó por fin Lesage.

—¿Conoces la de Micaud?

—Sí.

—Mira.

Y le mostró la carta.

—Suya es.

—¡Canalla!—esclamó la Vollard.

—¿Y tú?—dijo Sufflard poniendo la carta delante de Micaud.—¿La reconoces?

—Sí.

—¿Quereis una prueba? Esta es suficiente.

—Suficiente... para engañaros, solo para eso.

Todo el mundo quedó admirado de tanta audacia.

Micaud aprovechó aquel momento de silencio general para decir:

—No sé que idea ha podido arrastrar á Alicia á introducirse en mi casa en ausencia mia.

—La desconfianza,—dijo la jóven,—y ya ves si era justa.

—Puesto que tanto ha hecho, siento que no haya buscado mejor, que se haya contentado con ese borrador sin acabar, cuando le hubiera sido bien facil encontrar la carta completa con los nombres designados al procurador del rey.

—¡Ah! ¿y esos nombres?...

—Supuestos, naturalmente, y solo para estraviar las pesquisas de la policia.

—¿De veras?—dijo Alicia con aire burlesco.

—¿No conoceis que denunciaros á vosotros era denunciarme á mi mismo?

—Sin duda,—repuso Alicia,—pero recuerdo un dia en que dijiste hablando de Soufflard y de mi: «me vengaré aunque me costara la cabeza.»

—¿Quién oyó eso?

—Fifi.

—Basta de palabrería, acabemos,—dijo Soufflard.

Y clavando en los ojos de Micaud una mirada implacable exclamó:

—Hace un momento pedías una prueba, Alicia te la ha dado, presenta la tuya.

—Está en mi casa.

—¿Y es?

—La carta copiada de ese borrador con los nombres designados por mí al procurador del rey.

—Eso es fácil de decir.

—Venid á mi casa tu y Lesage, y si no os nuestro esa carta, haced de mí lo que queráis.

—Miente,—repuso Alicia;—quiere ganar tiempo, la carta ha ido á su destino con nuestros nombres y cuenta escaparse de aquí á una hora; ese es su plan.

Micaud permanecía siempre risueño.

—Mal lo ha discurrido,—dijo Soufflard.

—¿Tienes la llave de tu casa?

—Sí.

—Dámela.

Micaud sacó una llave del bolsillo y se la dió á Soufflard.

—Lesage vá á ir tu casa á buscar la carta de que hablas; tú esperarás con nosotros y si vuelve sin la carta...

—¡Basta! ya sabes lo que te aguarda.

—Está bien, aguardo la vuelta de Lesage.

—Toma,—dijo Soufflard á este último,— vé y no pierdas tiempo.

Lesage iba á partir cuando Fifi le detuvo con estas palabras:

—No os molesteis, querido tío.

—¿Como?

—La carta no está en su casa.

—¿Que sabes tú?

—Acabo de verla.

—¿Dónde?

—En su mano.

—A estas palabras, Micaud se estremeció.

—¡Yo habia adivinado!—dijo Alicia con aire de triunfo.

—¿Has oído?—dijo Soufflard á Micaud.

—Perfectamente.

—¿Y qué dices?

—Registradme.

—¡Eso seria humillante para vos!—dijo Fifi y añadió:—mostrad la mano.

—¿Cuál?—dijo irónicamente Micaud.

—La izquierda.

Micaud la mostró y nada habia en ella. Fifi estaba asombrado.

—Y sin embargo, no he soñado, yo le he visto sacar la carta del pecho y llevarla en su mano.

—La habrá guardado en otra parte.

—No sé cómo, no le he perdido de vista y su mano no se ha movido.

—En el bolsillo del pantalon,—dijo Soufflard.

Por toda respuesta, Micaud volvió los bolsillos.

—En las botinas,—dijo Lesage.

Micaud se descalzó: examinaron sus botas, tocaron sus medias, nada...

Hiciéronle quitar el paletot, el chaleco, la corbata.

Es en vano,—decía Fifi,—si su mano no se ha movido no ha podido guardarla en un falso bolsillo.

Despues, dándose una palmada en la frente, dijo:

—No puede estar mas que en la manga de su camisa.

Micaud, por toda respuesta, levantó ambas mangas hasta el hombro.

—Pues yo la he visto,—decía Fifi,—os juro que la he visto en sus manos como os veo á vosotros.

—Habeis registrado todos mis bolsillos, me habeis desnudado casi por completo, ¿qué mas prueba quereis de que Fifi se ha engañado?

—Yo juraria que no,—insistió Alicia.

—¿Estás seguro, Fifi?—dijo Soufflard al

—¡Afirmar es!—dijo Micaud.

—Tan seguro como de llamarme Fifi, y tan cierto de que aquel papel era la carta como si le hubiera leído.

—No te rias,—esclamó vivamente Fifi, —cuando Alicia ha dicho que tenias la carta encima te he visto palidecer, despues has sacado el papel con tales precauciones que probaban que era el papel que te comprometia.

Micaud guardaba un silencio desdenoso.

—Micaud,—repuso entonces Soufflard; —comprende que necesito aclarar este misterio y cuenta que vamos á pasar tú, Lesage y yo juntos el dia y la noche, todo el tiempo que pase sin probarnos la verdad.

—Como quieras.

—¿Pero dónde diablos la ha metido?—dijo Fifi fijo en su idea.

Despues cambiando repentinamente de tono esclamo:

—Vamos á otra cosa; Champenois debe volver dentro de un cuarto de hora; este es el momento de daros parte de la idea de que os hablaba antes, escuchad y creo que la hallareis digna de aplauso.

Pronto sabremos cuál era la idea de Fifi Vollard.

XXX.

Doude Milord no está contento.

Milord estaba en su despacho de la prefectura de policia.

Estaba solo, y profundo enojo se advertia en sus movimientos febriles y en los monosilabos que se le escapaban de vez en cuando.

Era el dia siguiente al de su espedicion al *Mono sabio*, y sus exclamaciones revelaban una sórda cólera que se traducia en estas ó parecidas frases:

—¿Donde buscarlos? ¿los he tenido á todos en mi poder y los he dejado huir! ¡imbécil, imbécil!

Y despues de una pausa proseguia:

—Y ahora nada, ni una huella, ni un indicio...

Tomó un legajo de papeles y dijo:

—Veamos los registros de Lesage y de Soufflard; ellos quizás...

Y su mirada se detuvo en estas palabras escritas sobre uno de los legajos:

—Soufflard, calle Copeau, número 7.

Y en otro.

—Lesage, calle de la Reina Blanca número 3.

Reflexionó un instante, y dijo:

—¡La Reina Blanca! Estas señas no son las que estaban inscritas en los registros del Monte de Piedad: de seguro la una y la otra son falsas, ahora lo veremos.

Consultó su reloj y dijo:

—Las once y media: Berton debería estar de vuelta.

En este momento la puerta se abrió y entró un hombre: era Castro.

Milord no había visto á Castro desde el momento que se habían separado para visitar las tabernas de la Citté.

—Y bien, ¿qué habeis descubierto?—dijo á Castro.

—Nada, ¿y vos?

—¡Oh! Yo mucho.

—¿Estais sobre la pista?

—He puesto la mano sobre el nido.

—¿Donde?

—En la Citté.

—¿En una casa sospechosa?

—En el *Mono sabio*.

—¿Cuántos eran?

—Siete, cuatro hombres y tres mujeres.

—¿Y en fin?...

—He pasado un gran rato jugando á las cartas con Soufflard y bebiendo cerveza con todos ellos, Moulin y diez agentes suyos rodeaban la casa...

—¿Y no los habeis cogido?

—A ninguno.

—¿Como han podido?...

—Se han escapado por entre nuestros dedos... Ya os lo contaré.

—¡Qué lástima!

—Ha sido un verdadero desastre, porque ahora que saben están descubiertos, se rodearán de precauciones infinitas.

—Ya lo creo; no cometerán la imprudencia de reunirse con un desconocido...

—Son demasiado sagaces para cometer dos veces la misma torpeza.

—Sin embargo, de esa expedicion habeis sacado una ventaja positiva.

—¿Cuál?

—La de conocer á los asesinos.

—Sí, he reconocido á Soufflard, á quien ya he preso dos veces; pero ignoro el nom-

bre de los otros, y no tengo mas que presunciones respecto á Lesage.

—¿No tenemos las señas de su casa?

—Sí, he enviado á ella á Berton y á casa de Soufflard.

—Entonces pronto sabremos la verdad.

—Que no hará más que aumentar las tinieblas.

—¿Cómo?

—Sí esas señas son ciertas, sí viven tranquilamente donde dicen, es que son inocentes del crimen que les imputamos, y entonces hay que volver á empezar.

—Cierto.

—Si, por el contrario, no han parecido por su casa, de todos modos tenemos perdida su pista.

—Hay mil probabilidades de perder la partida.

—¡Tal es el parecer de Lacase que se frota las manos de alegría!—dijo Milord fuera de si,—pero aun no me entrego.

—¿Que contais hacer?

—Volver á buscar la pista donde la hemos perdido.

—¿Cómo?

—En el *Mono sábio*.

—¡Gran idea!

—Solamente allí podremos hallar el hilo de la madeja.

—¿Y vais á ir?

—He enviado á Moulin y le aguardo.

En este momento llamaron á la puerta.

—Aquí está ya; adelante.

La puerta se abrió y entró Berton.

—¿Y bien?

—No nos engañamos,—respondió Berton.

—¿Es decir, que las señas de ambas casas?...

—Son cieras.

—¿Soufflard vive?...

—Calle de Copeau, 7.

—¿Y Lesage?

—Calle de la Reina Blanca, 3.

—¿Me habré equivocado?—dijo Milord con desaliento.

—Pero ni el uno ni el otro han parecido por su domicilio.

—¡Ah! ¿desde cuando?

—Desde el 5 de junio.

El agente se estremeció de alegría.

—No hay duda,—esclamó,—son ellos: esa prueba unida á las que ya tenemos, los condena.

—Por fin tenemos la certidumbre.

—Que es una ventaja inmensa. Ahora, esperemos á que Moulin nos traiga algun indicio.

Moulin entró á los pocos momentos.

—¿Nos traeis alguna luz?

—Todo lo contrario.

—¿Cuál ha sido el resultado de vuestra expedicion?

—Oscurecer el enigma.

—¡Pardiez!—dijo Milord rascándose la oreja,—¡hablad, hablad!

—Ante todo, es imposible sacar el mas pequeño indicio de la dueña de la taberna ni de sus mozos; dicen no conocer á nadie de la banda.

—Es la costumbre. ¿Qué más?

—Viendo que nada podia obtener por esta parte, subí al desvan con dos de mis hombres.

—¿Y allí?

—Despues de examinar el desvan, fuimos á la ventana, en la que estaba siempre fija con sus ganchos la mitad de la escalera.

—¿Y habeis podido adivinar algo de aquella estraña fuga?

—Por el contrario, á la claridad del dia he podido advertir mejor la fragilidad de la escala y que no llegaba mas que á unos seis ó siete piés del piso inferior.

—Quizá no estaria rota cuando la han usado.

—No por cierto, la otra mitad estaba en la calle.

En efecto el misterio era cada vez más incomprensible.

—Y no es eso todo, en los travesaños de la escalera que habia pendiente de la ventana, habia manchas de sangre.

—¿Se habrá herido alguno al caer?

—En la calle ni una sola mancha; pero en cambio, siguiendo las huellas de la sangre, hemos levantado el cajon que habia cerca de la ventana y cerca de él habia bastante sangre.

—¿Estaria allí oculto algunos de esos hombres?

—No un hombre, sino una mujer.

—¿Qué os lo hace creer?

—Lo primero, señales de manos mucho más pequeñas que las de un hombre, y además este objeto que no puede haber salido más que del bolsillo de una mujer.

Eran unas tijeras.

Las armas de Fifi.

—Teneis razon: cuanto más avanzamos, lo entendemos ménos.

Moulin iba á tomar la palabra cuando un ordenanza llamó á la puerta.

—¿Qué quereis?

—Un hombre que quiere entrar, viene por un padron.

Un individuo en el cual reconocieron todos un hombre de malos antecedentes entró al punto.

—¿Qué quereis?—le dijo Milord.

—Vengo á sacar un padron.

—No es esta la oficina en que se despachan.

—Ya lo sé pero me envían aquí.

—¡Ah! ¿Vuestro nombre?

—Champenois; pero el padron no es para mí, es para un camarada.

—¿Su nombre?

—Lesage.

A este nombre Milord tuvo como un desvanecimiento.

¡La luz llegaba!

El hilo conductor que buscaba desde la vispera, la Providencia se lo ponía en la mano.

Milord y Champenois.

Milord tardó algunos minutos en repomerse de la inmensa alegría que se había apoderado de él.

Así en el instante en que lo veía todo perdido, la casualidad colocaba á Lesage en su camino. Lesage cuya complicidad en el asesinato de la calle del Temple acababa de serle probada hasta la evidencia.

Con la mirada fija en Champenois, Milord guardó silencio largo tiempo.

Buscaba en sus facciones el grado de inteligencia que podía tener, á fin de fijar en esta apreciacion el plan que debía adoptar.

La insistencia de su mirada acabó por

desconcertar á Champenois, que balbuceó:

—Yo estoy en regla con la policía, señor; podeis ver los registros; he pagado mi pase.

—No lo dudo, sin eso no os hubierais atrevido á aceptar la mision que os han confiado.

Y despues de una nueva pausa preguntó:

—¿Vuestro nombre?

—Champenois.

Milord se levantó.

Buscó entre los registros el que respondiese á aquel nombre, mientras Berton, Castro y Moulin aguardaban con viva curiosidad.

Ellos tambien habian experimentado viva emocion al oir el nombre de Lesage; comprendian que aquella circunstancia cambiaba la faz del asunto, y una mirada de Milord les habia dicho:

—¡Quedaos y atención!

Milord volvióse hácia Champenois, mientras los otros apartados á un lado fingian hablar.

—¿Habeis sido sentenciado el 22 de junio de 1830?

—Si, señor.

—¿A diez años de trabajos forzados?

—Si, señor.

—¿Entrábais en el presidio de Tolon

los primeros dias de Julio?

—Cierto.

—¿Y salísteis el veintinueve de febrero de 1836?

—Sí, señor,—repuso aquel hombre cada vez mas inquieto.

—¿Allí conocísteis á Lesage?

—Señor...

—Nada mas natural, entró en el presidio un año despues que vos; no hay que turbarse por eso.

—Pero yo no he vuelto á ver á Lesage desde aquella época,—dijo vivamente Champenois, que enterado del asunto de la calle del Temple, temia verse acusado de complicidad.

—Escepto ayer,—dijo Milord con aplomo.

—Cierto, pero por casualidad... por pura casualidad.

—Así lo creo.

Y cerrando el legajo:

—¿Venis de parte de Lesage?—dijo.

Y mientras Champenois tenia los ojos bajos, Milord dirigia á los agentes una mirada de inteligencia.

Era un reclamo á su atencion y los tres agentes respondieron con una seña: fingiendo distraerse en la conversacion que sostenian en voz baja, estaban atentos á lo que pasaba.

—Cierto,—repuso Champenois,—vengo de parte de Lesage á sacar su padron.

—Bien sabeis que no se le puede entregar mas que á él mismo.

—Es que... está malo.

—¡Ah!

—Si señor, por eso me envia á mí.

—Está bien. En ese caso un agente os acompañará hasta su casa.

A esta declaracion Champenois se turbó completamente.

—¿Dónde vive?

Champenois lanzó una mirada furtiva á derecha é izquierda ántes de contestar. Si hubiera podido huir allí hubiera acabado la escena.

—Y bien, ¿dónde vive Lesage?

—Calle de la Reina Blanca, núm. 8.

—¿Venis de allí en este momento?

—Si, señor.

—¡Mentís!

—¿Yo? Os aseguro...

—Lesage no está en este momento en la calle de la Reina Blanca.

—Habrá salido esta mañana.

—No ha dormido allí esta noche.

—Pues yo creia...

—¿Dónde os aguarda?

—¿A mí? En ninguna parte.

—¿No habeis de entregarle este padron?

—Es que... vendrá él á mi casa esta noche.

—¡Basta de mentiras; la verdad, ó no salís de aquí!

Champenois comprendió que estaba perdido.

—Me aguarda en la barrera de Italia.

—¿En una taberna?

—Si, señor.

—¿Del camino ó de la plaza?

Y al hacer estas preguntas, Milord dirigia miradas á los agentes, que eran órdenes.

—Del camino,—dijo Champenois.

—¿El número?

—No le he mirado.

—¿La muestra?

—No la conozco.

—¡Ved lo que decís!

—He entrado sin mirar me han llevado allí...

—¿Pero sabreis reconocer la casa?

—Si, señor.

—Pues bien, volveréis á ella acompañado de un agente, uno solo, porque no hay nada grave contra Lesage: ha tardado tres dias en sacar su pase, nada más y no se ha determinado á venir, no se por qué.

—Cierto, por eso he venido yo.

—Aguardad, voy á llenar el padron.

Y escribió en un papel lo siguiente:

»Castro: Lesage no está solo, llevad ocho hombres bien armados, que vayan en coches para que lleguen antes que vosotros á la barrera de Italia.

»Vos acompañais á Champenois á pié para dejar tiempo de llegar á los otros.

«Llevad á Berton y Moulin prevenido todo, sobre vos pesa la responsabilidad de esta expedicion en que yo no puedo tomar parte, soy demasiado conocido de todos.»

Cuando acabó de escribir, entregó el papel á Cartro y le dijo:

—Tomad el padron de Lesage y llevadlo á la firma.

Champenois, presa de inquietud momentos antes habiase tranquilizado por completo, la facilidad con que le entregaban el documento, era prueba de que no tenían la menor sospecha del asunto de la calle del Temple.

Castro tomó el fingido pase y salió; á una seña de Milord Berton y Moulin le siguieron tambien.

Corrió breve tiempo antes de su vuelta; habia tenido que elegir sus hombres y adoptar las más minuciosas precauciones.

—¿Está?—preguntó Milord con tono indiferente al presentarse su subordinado.

—Ya está corriente,—contestó aquel—y el padron vá en mi bolsillo.

Despues volviéndose á Champeonois repuso:

—Ahora andando, hay un buen paseo de aqui á la barrera de Italia.

En cuanto los vió salir, dijo Milord, frotándose las manos.

—Ahora si que los tenemos cogidos.

— Les passés de l'histoire à Charpentier re-
 — dans
 — l'histoire, il y a un bon passé de
 — qui est l'œuvre de l'histoire.
 — Les œuvres de l'histoire, il y a l'histoire, il
 — y a l'histoire.
 — Les œuvres de l'histoire, il y a l'histoire, il

XXXII.

Donde Champenois se alarma al flu.

Al cabo de un cuarto de hora Castro y Champenois se internaban en la calle de Mouflard que, como se hemos, desembocaba en la barrera de Italia.

Caminando al lado de su compañero, Champenois reflexionaba, acabando por reconocer que en todo aquello habia algo extraño y poco natural.

Ahora que lejos, sin tener delante de sí la mirada escudriñadora del agente cuyo nombre ignoraba, recapacitaba en todo lo ocurrido, no podia menos de confesarse que la policia, tan recelosa de ordinario, tan suspicaz cuando se trata de los perseguidos por la ley, habiase dejado engañar esta vez

con una facilidad pasmosa.

Asombrábase así mismo de hallarla tan tranquila respecto al asesinato cometido en medio de París á la mitad del dia, y no se esplicaba sobre todo que hubiese tragado lo de la enfermedad del presidiario, consintiendo en dar su pase á otro de no mejores antecedentes que él.

Esta confianza, aquellas atenciones que con él habian tenido, aquella facilidad con que habia llevado á cabo su difícil mision, empezaban á alarmarle seriamente, y llegó ya un caso en que el convencimiento de que le habian engañado fué tal, que no pensó ya más que en huir.

¡Este era el único medio de no entregar á los otros librándose él mismo!

En la sorpresa que ya preveia, no escaparia él con ménos de cinco ó seis años de presidio; y absorto con estas ideas, Champenois, no habia cambiado una palabra con su compañero, que por su parte parecia tambien muy taciturno.

Fumaba una pipa artísticamente atacada, y sin mirar apenas á Champenois, caminaba unas veces delante, otras detrás, sin prestarle atencion, sin cuidarse apenas de él.

El éxito de su espedicion dependia de aquella indiferencia.

Nadie hubiera podido adivinar en la in-

dolencia que aquel hombre manifestaba, la importante mision que le habian confiado.

Acercábanse á la calle de Copeau; Champenois la vió de lejos y súbita inspiracion animó su mirada.

En aquella calle vivia Soufflard; Champenois buscó un instante el número en su memoria.

—Siete,—dijo.

Y añadió con viva satisfaccion:

—¡Este es mi negocio!

Y es que, en efecto, aquella casa que él ya conocia, era muy apropósito para una evasion, Soufflard al fijar en ella su domicilio pensaba siempre en burlar la vigilancia de la policia y para esto aquella casa no tenia precio.

La entrada componíase de un portal estrecho hácia la calle de Copeau y al otro lado comunicaba con los patios de unas casas bajas que tenian salida á terrenos incultos y abandonados.

Habia pues, grandes medios de evasion en caso de apuro.

—¡Este es mi negocio!—pensó Champenois,—entro en el portal, gano las casetas del otro lado y que me busquen.

Champenois fijó una mirada recelosa en su compañero; este caminaba siempre tranquilo y sin cuidarse de él en apariencia.

—Valor,—se dijo Champenois,—se trata

de la salvacion de toda la banda y de la mia propia.

Y quiso tomar carrera hácia el portal, pero en el mismo instante una mano de hierro se fijó en su hombro y le dejó inmóvil en su sitio.

—¡Quieto!—dijo Castro, á quien solo este movimiento probó la complicidad de aquel hombre con Lesage.

—Estoy cogido,—pensó Champenois, pero con harto asombro suyo la espresion de su compañero era de una tranquilidad perfecta.

—¿Teneis sed y queríais tomar algo?—dijo aquel hombre;—yo tambien tengo sed; entraremos juntos.

Y como Champenois le mirase atónito, sin atreverse á decir ni que si ni que no, Castro repuso:

—Ved, aqui tenemos donde remojar la palabra.

Y señalaba, en efecto, una taberna.

Comedia ó no, no habia más que aceptar la proposicion de aquel hombre y no pensar en huir. Champenois siguió al agente á la tienda de vinos, y el rostro de Castro era siempre de una serenidad tranquilizadora.

—Despues de todo,—pensó Champenois, —yo no tengo por qué temblar; si el negocio sale mal, será él el que esponga su

pellejo; yo nada tengo que ver en el asunto de la calle del Temple.

Entraron y bebieron, ocupando una mesa situada en un rincón, Castro con el objeto de dar tiempo á que llegara su gente á la barrera de Italia.

En cuanto á Champenois, en los dos minutos que habian mediado desde su tentativa de evasion, habia cambiado diez veces de idea y ahora preocupábale el deseo de saber si aquel hombre conocia algo del negocio de la calle del Temple y qué sospechas tenia respecto de los culpables.

—Si creen inocentes á Lesage,—pensaba—entonces yo he sido un necio en alarmarme; si le creen culpable, entonces álguien más que este hombre me acompaña de lejos, y no hay remedio para él ni para mí.

Y con todo el disimulo de que era capaz llevó la conversacion hácia el asunto de que todo el mundo hablaba, esto es, sobre el asesinato de la calle del Temple; pero apenas indicó esta conversacion, su intento estaba penetrado por Castro, y contestó:

—Ha sido un golpe atrevido, pero los que lo han dado no darán otro.

—¡Ah! ¿la policia sabe quiénes son?

—Mejor que eso, los tiene ya en «chirona».

—¡Ah!—dijo Champenois que no pudo disimular su alegría.

—Ya lo creo, el proceso que será ruidoso, comenzará dentro de algunos días.

Y al decir esto pensaba:

—Ahora no tendrá inconveniente en conducirme hasta Lesage.

Así fué, en efecto, y diez minutos después llegaban á la barrera de Italia.

Antes de internarse en ella, Champenois lanzó en torno suyo una mirada recelosa á derecha é izquierda y pensó:

—¡Bravo, ni un moscardon!—se dijo.

Pero al mismo tiempo, Castro que había hecho al mismo exámen, se decía:

—¡Bien, mi gente espera!

XXXIII.

Compañeros de expedición.

Con aquel sol incandescente, la barrera de Italia estaba casi desierta; nadie se atrevía á atravesar su gran espacio sin sombra y sus muros de las dos orillas concentraban los rayos del sol, haciendo de aquel sitio un inmenso hornillo.

Alguno de esos individuos, cuya profesion es recorrer las calles de Paris en todo tiempo y con cualquier temperatura, eran los únicos que arrostraban aquella temperatura del Senegal, y veíanse cinco ó seis dispersos por la barrera.

Veíase, pues, á un fontanero hablando con un empleado del resguardo.

El dueño de un organillo aparecía tendi-

do á la mezquina sombra que proyectaba un muro bajo, teniendo al lado su instrumento y un borracho buscaba en medio de la plaza el equilibrio sin hacer caso de los ardientes rayos del sol.

Dos carpinteros, con las herramientas en la mano bebían una copa de vino parados á la puerta de una taberna, y por fin, uno de esos industriales ambulantes que venden de todo y llevan en un enorme cesto un almacén de bagatelas, estaba también parado á cierta distancia de los otros, como arreglando su mercancía.

Al pasar Castro y Champenois cerca del hombre del organillo, éste se levantó, colgóse del hombro el instrumento y murmuró:

—¡Vaya un tiempo para regalar melodías!

—¿Qué es eso? ¿Las artes no prosperan? —le preguntó el agente riendo.

—¡Las artes! Los hombres del día lo quieren todo para las tabernas, no guardan nada para nosotros.

Y con aire de mal humor echó delante de ellos por la barrera de Italia.

Los carpinteros, que habían acabado de beber, seguían la misma dirección y los precedían también; en cambio habíanse quedado detrás el fontanero, el del resguardo y el borracho, que haciendo eses, juran-

do y cantando, se habia pasado á la acera izquierda.

—Parece que vuestra taberna está muy allá de la barrera?—dijo Castro á Champenois, enjugando su frente empapada en sudor.

—Ya llegamos,—dijo Champenois.

—¿Recordais ya el número?

—Los números nunca.

—¿Y la muestra?

—Eso es distinto, dijo Champenois que ya nada temia,—la muestra es «Al lagarto.»

Y enjagándose la frente á su vez añadió:

—Ya quisiera estar allí para remojar el gaznate; si tuviera en él un rayo de sol, no estaria más seco.

—¡No sois poco delicado!

—¿Delicado?

—Pues ya lo creo; ¿qué diríais si lleváseis aquello á la espalda?—y le señalaba el organillo que el pobre diablo de quien habian hablado antes llevaba.

El pobre diablo, encorvado bajo su instrumento, cambiándolo con frecuencia de hombros, parecia rendido de fatiga.

—¡Casi me da lástima!—dijo Castro;—ds buena gana le ofrecia un trago.

—Por poco lo dejais; no creo que él reluse.

Apretaron el paso y en breve llegaron

junto al hombre del organillo.

—¿Teneis el diablo en el cuerpo?—le dijo Castro.

—¿Por qué?—dijo aquel hombre volviendo el rostro más colorado que un tomate.

—¿A dónde vais á estas horas y con este calor? ¿creeis que vais á encontrar quien escuche vuestra sinfonias?

—Hay que ganar la vida; bien me gustarian la sombra y una buena cama, pero alli no me van á buscar las monedas; recorro la barrer porque hay muchas tabernas y las tabernas son las que dan más.

—¿Quereis tomar un trago con nosotros en el *Lagarto*?

—¿En el *Lagarto*? corriente, si llegamos antes de derretirnos.

—Calle, ¿qué es eso?—dijo de repente Castro.

—¿El qué?—preguntaron á la par los dos que le acompañaban,

—Mirad, allí en medio del camino.

—¡Dios de Dios! es un hombre.

—Tendido en medio del camino.

—¡Ese no teme los rayos del sol!

—Los evita con el mosto que tiene en el cuerpo.

En efecto, habia un hombre atravesado en el camino con el rostro hácia la tierra y cubriéndole la cabeza un sombrero de paja.

—Deberíamos apartarle á la sombra,—
dijo Champenois.

—¿Para qué? cada cual que busque lo
que le hace falta.

—¡Como ronca!—esclamó el del organi-
llo;—capaz va á ser de pasar la noche en
tan mullido colchon.

Y pasaron sin detenerse; pero al mismo
tiempo de pasar, preguntaba Castro:

—¿Cuándo llegamos al condenado *La-
garto?*

—Dentro de diez minutos.

—¿Entonces se verá ya la casa.

—Ya lo creo, aquella de la izquierda
pintada de colorado.

—¡Animo, ya falta poco!

Y Castro afectaba una indiferencia, un
aplomo que estaba muy lejos de sentir.

Al acercarse al término de su expedicion,
la agitacion que le dominaba era infinita:
recordaba que Lesage y sus camaradas ha-
bian escapado ya á Milord, que era hombre
de tanta sagacidad y tantos recursos, y
comprendia toda la importancia y dificul-
tad del servicio que le habian encomen-
dado.

Sin embargo, reflexionando bien, era im-
posible dudar del éxito. El mismo Lesage
habia dado la cita y tenia un interés posi-
tivo en aguardar á Champenois, que le
llevaba un documento de importancia. Es-

te por los ménas iba á caer en su poder y acaso por él descubrirían la pista de los otros asesinos.

Estaban ya á cincuenta pasos de la taberna: de repente Castro se volvió brusca-mente.

—¿Calle?—esclamó.

—¿Qué teneis?

—Que ese hombre que dormia cuando hemos pasado á su lado...

—¿Qué?—esclamó el músico ambulante.

—Mirad, ha desaparecido.

Quedáronse todos admirados, y Castro, volviéndose hácia su compañero, exclamó:

—¿Podríaís esplicarnos este misterio, señor Champenois?

—¿Yo?—dijo Champenois con un asom- bro que no tenia nada de fingido;—yo no sé...

—Pronto al *Lagarto*.

Y ya con enérgica resolucion lanzóse á la taberna designada.

Champenois corria detrás del agente sin comprender la violenta agitacion que de él se habia apoderado.

—¡Nadie!—esclamó Castro entrando en la taberna.

El dueño de ella dormia siempre en el mismo sitio y en la misma posicion.

—¡Mil rayos!—esclamó levantándose y

frotándose los ojos, —¿no me dejarán hoy dormir tranquilo?

—¿Quién tienes en tu casa?—dijo Castro adelantándose hácia él?

—¿Que te importa?

—No hay excusas, mira.

Y sacó un papel del bolsillo que le mostró, y ante el cual el tabernero se inclinó con respeto.

—Aquí hay un hombre.

—Mas de uno.

—¡Ah!

—¡Y mujeres también!

—¡Toda la banda!—dijo Castro con alegría.

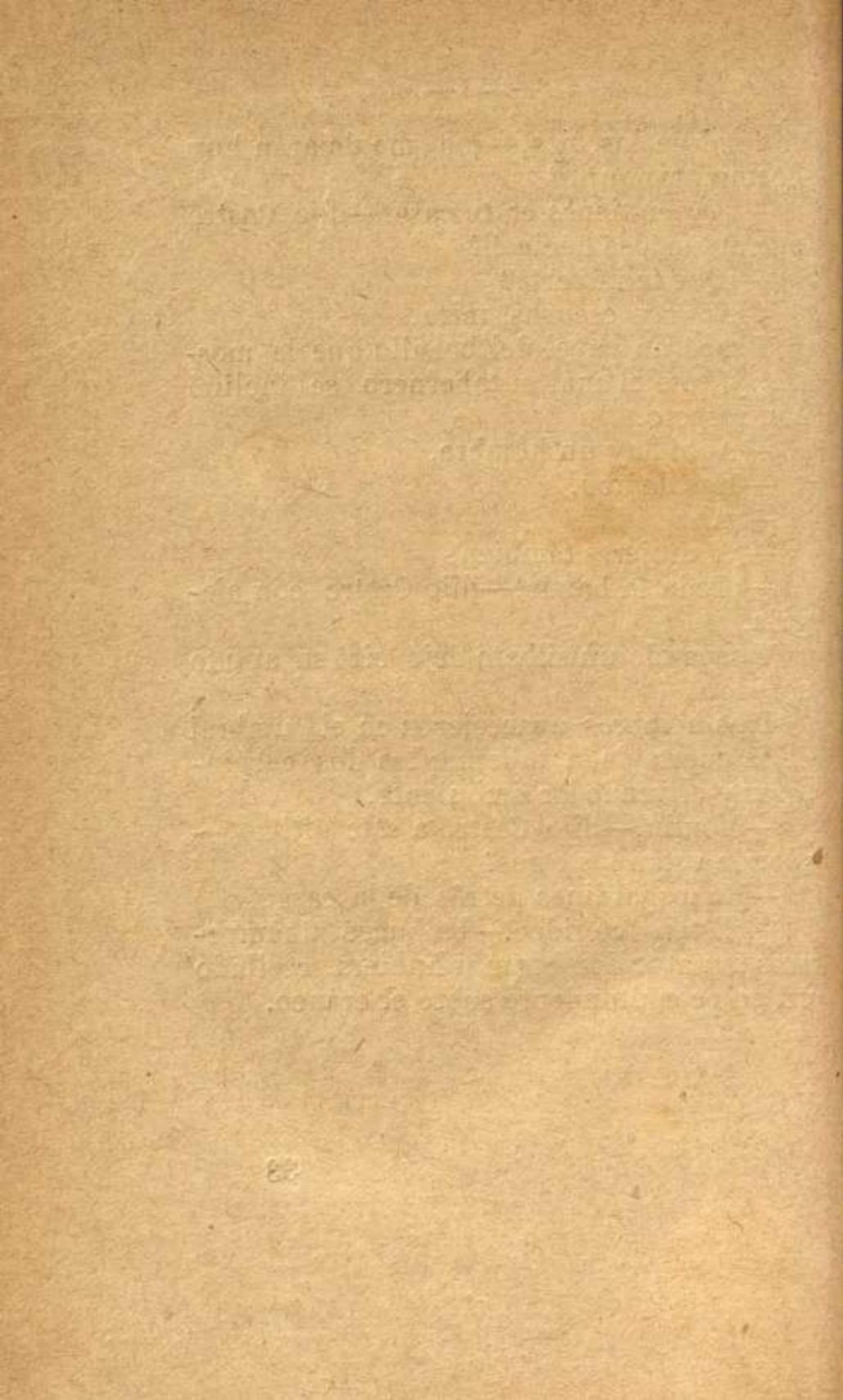
Y sacando un silbato dejó oír su agudo sonido.

Tres hombres aparecieron en el umbral de la puerta de la taberna; los dos carpinteros y el vendedor ambulante.

—Moulin,—dijo Castro á este último,—¿dónde están los otros?

—En los jardines detrás de la casa.

—¡Están cogidos!—balbuceó Champeinois tan aturdido como si hubiera recibido un golpe contundente sobre el cráneo.



XXXIV.

Estratagema de Fifi.

Castro habia quedado asombrado de la contestacion de Moulin.

—¡Ah! ¿hay un jardin detrás de la casa?

—Una salida muy cómoda.

—¿Conociais la casa?

—¿El *Lagarto*? ya lo creo.

—Comprendo; es un sitio muy sospechoso.

—Y frecuentado por muchos *parroquianos*.

Entonces Castro, dirigiéndose al tabernero, le dijo:

—¿No hay mas salida que la del jardin?

—Ninguna.

—¿Dónde está esa gente?

—En una pieza que dá al jardín.

—¿Han tomado precauciones?

—¡Pardiez!

—Tambien nosotros.

Y volviéndose hácia Moulin le dijo:

—Teneis las espaldas sólidas, y como llamar seria inútil...

—¡Y torpe!

—Tal es mi parecer.

—Soufflard debe estar con Lesage.

Y volviéndose hácia Champenois, repuso:

—Está, ¿no es cierto?

—Yo... sí señor.

—Ese hombre es de una audacia y una ferocidad que le hacen temible; es preciso entrar como el rayo y caer sobre él y sus camaradas antes de que se den cuenta de lo que les pasa.

—Basta,—dijo Moulin,—mis hombres echarán la puerta abajo.

—Conducidnos,—dijo Castro al tabernero—y apagad todos el ruido de vuestros pasos.

El tabernero echó á andar, y los cuatro agentes le siguieron conteniendo hasta la respiracion.

Así pasaron un corredor largo y abovedado, en el que el menor ruido retumbaba con estraña sonoridad.

Al llegar á la mitad del corredor, Castro se detuvo é hizo seña á sus hombres de que se acercasen.

Todos le rodearon.

Ningun ruido se oía en la estancia donde decia el tabernero tener encerrada la banda.

—Nada se oye, dijo Castro en voz baja.

—Nada.

—Mala señal.

—¿Habrán sospechado algo?

—Mejor que eso; saben á que atenerse.

—¿Como?

—Habrán visto á nuestros hombres en el jardin.

—¡Imposible! Berton habrá tomado todas las precauciones.

—Sin embargo, este profundo silencio no puede esplicarse de otro modo.

—Cierto; por lo menos nos presienten y nos aguardan.

—¡Oh, el choque será terrible!—dijo Castro.

Y dirigiéndose á uno de los carpinteros añadió:

—Ve á buscar á Berton al jardin.

—Bien.

—Le dirás que preste atencion y que en cuanto oiga el ruido de una puerta que se derriba, que se abalance á la ventana y

penetre por ella con sus hombres.

—Está bien.

—Atacados simultáneamente por dos lados á la vez, los miserables podrán ser sujetos mas fácilmente y evitaremos quizá la muerte de un hombre, porque Soufflard no se dejará cojer mas que á este precio.

El agente partió y ellos siguieron con infinitas precauciones.

Un instante despues están reunidos delante de la puerta de la estancia donde estaban los bandidos, y Moulin, de espaldas á la puerta tenia los ojos fijos en Castro aguardando la señal de obrar y derribar la puerta de un solo empujon.

Tres minutos corrieron, durante los cuales Castro recorrió con la vista á su genté; despues hizo una seña á Moulin, que se alejó un paso y cayó sobre la puerta, apoyando en ella sus hombros de hierro; la puerta cayó y en el abovedado corredor resonó como un cañonazo. Castro y sus hombres se lanzaron en la estancia. Por la ventana entraron al mismo tiempo Berton y los suyos; pero entonces oyóse un grito de estupor general... Los agentes se encontraban unos enfrente de otros, la banda habia desaparecido.

—¡Como en el *Mono sabio*!—dijo Moulin

con desesperacion.—¡Estos hombres se convierten en humo!

Castro estaba anonadado; no podia proferir una palabra.

—Alguien les ha prevenido,—dijo por fin.

—¿Pero quién?—dijo Berton que no era otro que el borracho que se tambaleaba en la plaza.

—¡Ah, ya estoy!—repuso Castro.

—¿Quién?

—El que roncaba en mitad del camino y ha desaparecido de repente.

—¿Uno de ellos sin duda?

—Y apostado como explorador.

—Burlados otra vez por esos miserables!

Y en su cólera dió un violento puntapié á un banquillo que habia delante de él.

El banquillo hizo dos ó tres cabriolas y cayó con las patas hácia arriba.

—¡Calle, un papel!—dijo Moulin.

Era una carta muy doblada é introducida entre la tabla y el liston que correspondia á una de las patas del banquillo.

—¡Estraño sitio de guardar cartas!—dijo Berton.

—Veamos qué es eso.

Y tomando la carta, leyó en el sobre.

«Al señor procurador del Rey.»

—¿Al procurador del Rey? Imposible:

—Eso dice,—esclamó Castro.

—¿Está cerrada?

—No, y como podria encerrar algun indicio...

Y abrió la carta recorriéndola con la vista.

—¡Esto es inaudito!—esclamó.—¡Esto tiene algo de prodigioso!

—¿Que es en fin?

—La carta de un cómplice de Soufflard y de Lesage que denuncia á esos dos individuos como asesinos de la mujer Renault.

—Gran hallazgo.

—¿Pero quién ha podido escribir esa carta?

—¿Y como diablos está ahí?

—Esto está tan oscuro como la evasión del desvan del *Mono sábio*.

—Pero eso es una carta preciosa; nuestra expedición no ha sido en balde.

Después comprendiendo que nada tenían que hacer allí, dijo:

—En marcha para la prefectura y entregaremos esta carta al señor procurador del rey.

En el momento en que salían, tres cabezas les miraban desde la guardilla de una casa de enfrente á unos cincuenta pasos de la taberna.

Una de aquellas cabezas era la de Fifí

Vollard que aun ostentaba el sombrero de paja que le habia defendido de los rayos canoniculares al tenderse en el camino.

—Y bien,—dijo á sus camaradas,—¿no os habia dicho que mi idea era escelente? ¿qué mas daba aguardar á Champenois en aquella taberna que en la de enfrente?... Todo era cuestion de atravesar el camino.

Pero en el momento en que cantaba victoria y hacia la mamola á la policia, un mendigo que llegaba á la puerta del *Lagarto* alzaba la cabeza y le contemplaba, así como á Soufflard y á Lesage.

—¡Aquel mendigo era Milord!

the ... of ...
the ... of ...

...

XXXV.

Milord tras de la revancha.

Milord tenia ya harta experiencia de los recursos de Sourfflard y de su gente para no temerlo todo, y cualquiera que fuese su confianza en Castro, no era hombre de abandonarle por completo asunto de tanta importancia.

Con mezcla de admiracion y de terror, recordaba la prodigiosa evasion de la calle de Cocatrix, donde siete individuos, entre ellos tres mujeres que hacian mayor el prodigio, habian logrado escaparse sin dejar huella y sin que fuese posible á la policia esplicar esta evasion.

Este recuerdo atormentaba constantemente su espíritu y aunque habia fingido

confiar aquella expedicion á sus subalternos para empeñarles más dejándoles la responsabilidad, en cuanto salieron de su despacho, Milord se dirigió á su casa y se procuró un nuevo disfraz.

Diez minutos despues tomaba un cabriolé y se hacia conducir á la barrera de Italia.

Gracias á la promesa de una buena propina llegó al mismo tiempo que Moulin y sus hombres que vió dispersos por la plaza de la Barrera tan perfectamente encarnados en los tipos que habian escogido, que hubieran engañado á los mas desconfiados.

Despues escudriñando desde lejos, su vista habia seguido todas las peripecias de la expedicion; así habia podido sorprender un detalle que habia pasado desapercibido para Castro, ó que por lo menos no habia sido bastante á inspirarle sospechas.

Tal habia sido la repentina desaparicion del borracho que estaba tendido en el camino.

La estancia y la posicion de aquel individuo tan cerca de la taberna del *Lagarto*, habian fijado desde luego la atencion de Milord y su instinto de fino sabueso habia encontrado algo equívoco en aquella postura estúpida y privada de sentido, dicién-

do sobre poco mas ó menos como el raton de Lafontaine:

—«Este borracho no dice nada bueno.»

Así pues se habia estremecido de cólera al ver á Castro y su gente pasar junto á aquel camarada sin inquietarse.

Milord habiase parapetado en cambio entre los ladrillos de una casa en construccion y desde allí no habia perdido de vista al borracho.

No pasaron muchos instantes sin convencerse de que habia adivinado bien.

Castro y sus hombres habian dado veinte pasos apenas, cuando vió al borracho levantar la cabeza con mucha precaucion, seguirlos con la vista, levantarse de un salto atravesar la calle y desaparecer por el portal de una casa de la derecha del camino casi al mismo tiempo que Castro y su gente entraban en el Lagarto que estaba á la izquierda.

Entonces, sospechando una parte de la verdad, apresuró el paso todo lo que le permitia su papel de mendigo anciano, para acudir en auxilio de sus camaradas, llegando, como hemos visto, á tiempo de que salian de la taberna furiosos y humillados por su derrota.

Tiró á Castro de la manga, que contestó de mal humor:

—Perdone hermano, no tengo tiempo.

—Castro,—dijo Milord en voz baja.

Ya iba el otro á lanzar una exclamacion, cuando el agente exclamó:

—¡Disimula!

Moulin y Berton que le habian ya reconocido, se acercaron.

—¿Y bien?—preguntó Milord rápidamente.

—Burlados.

—¿Nadie?

—Desaparecidos como el humo.

—¡Otra vez!

—Siempre, es cosa de renunciar.

—¡Oh! ¡ya lo temia!

—¿Lo temiais?

—Mas que eso, lo sabia.

—¡Ah! pero no pueden estar lejos es preciso correr.

—Es inutil, no piensan en huir.

—¿En qué piensan?

—En espiaros.

—¿Como?

—Se han cambiado los papeles.

—¿Tan cerca están?

—A cincuenta pasos.

—¿Los habeis visto?

—Los veo aún.

—¡Imposible!

—Os digo que nos miran, pero no miréis hacia aquel lado, les dariamos qué sospechar.

—Pues bien, hablad.

Están á cincuenta pasos al otro lado del camino.

—¿Escondidos? ¿Donde?

—En una casa que tiene su taberna, como es natural.

—¿Está Soufflard tambien?

—Si, le he reconocido entre las tres cabezas que se asoman por la guardilla; tenia el presentimiento de que estaria con Lesage y por eso he venido.

—¿Y qué hacemos?

—Ellos por su parte deliberan en este momento como escapar.

En efecto, sosteniase un duelo extraño en aquel momento entre los malhechores y la policia, entre el crimen y la repression.

De los dos lados celebrábase consejo, en los dos lados se formaban planes.

Estos para cercar al enemigo, aquellos para escapar; eran los dos elementos contrarios que dividen toda sociedad, el bien y el mal, la justicia y la violencia.

¿Cual de los dos iba á obtener la victoria?

—Hé aqui lo que vais á hacer,—dijo Milord al cabo de un instante.

Moulin, Castro y Berton acercáronsemas

para no perder nada de los que les iba á decir.

—Ante todo,—dijo Milord,—tenemos una inmensa ventaja sobre ellos y es que sabemos donde están y lo que piensan, mientras que ellos nos creen derrotados, cuya seguridad les va á ser fatal.

Milord siguió mirando fijamente á sus auditores para recomendarles atencion y repuso:

—Berton y los dos carpinteros van á quedar aquí vigilando desde este sitio la puerta de aquella taberna.

—¿Dónde está? ¿Cuál es?

—Al otro lado del camino, una fachada pintada de verde, que tiene tres pisos.

—Fácil es de conocer.

—Vigilareis de aquí los cuatro.

—¿Y yo?—dijo Moulin.

—Vos ireis con otros dos camaradas á salir de esta casa por el jardin.

—¿Que mas?

—Os deslizareis á traves de los campos hasta entrar por una calle que se llama de Veaux, desemboca en la Barrera y continúa...

—Comprendo, atravesamos el camino y nos adelantamos hacia la espalda de la casa donde están los pájaros.

—Eso es.

—¿Y qué más?

—Es preciso preveer el caso de que se nos escapen de nuevo.

—¿Qué debo hacer?

—Utilizar vuestro instrumento, el organillo que llevais, os doy por compañero al fontanero y al del resguardo; si los veis huir ó refugiarse en alguna parte, tocad el manubrio y corremos al lado que indique.

—Estoy.

—Lo mismo hará el fontanero con su trompeta.

—Yo no los pierdo de vista, y si veo desaparecer sus cabezas, nos precipitamos en la taberna, y á Roma por todo.

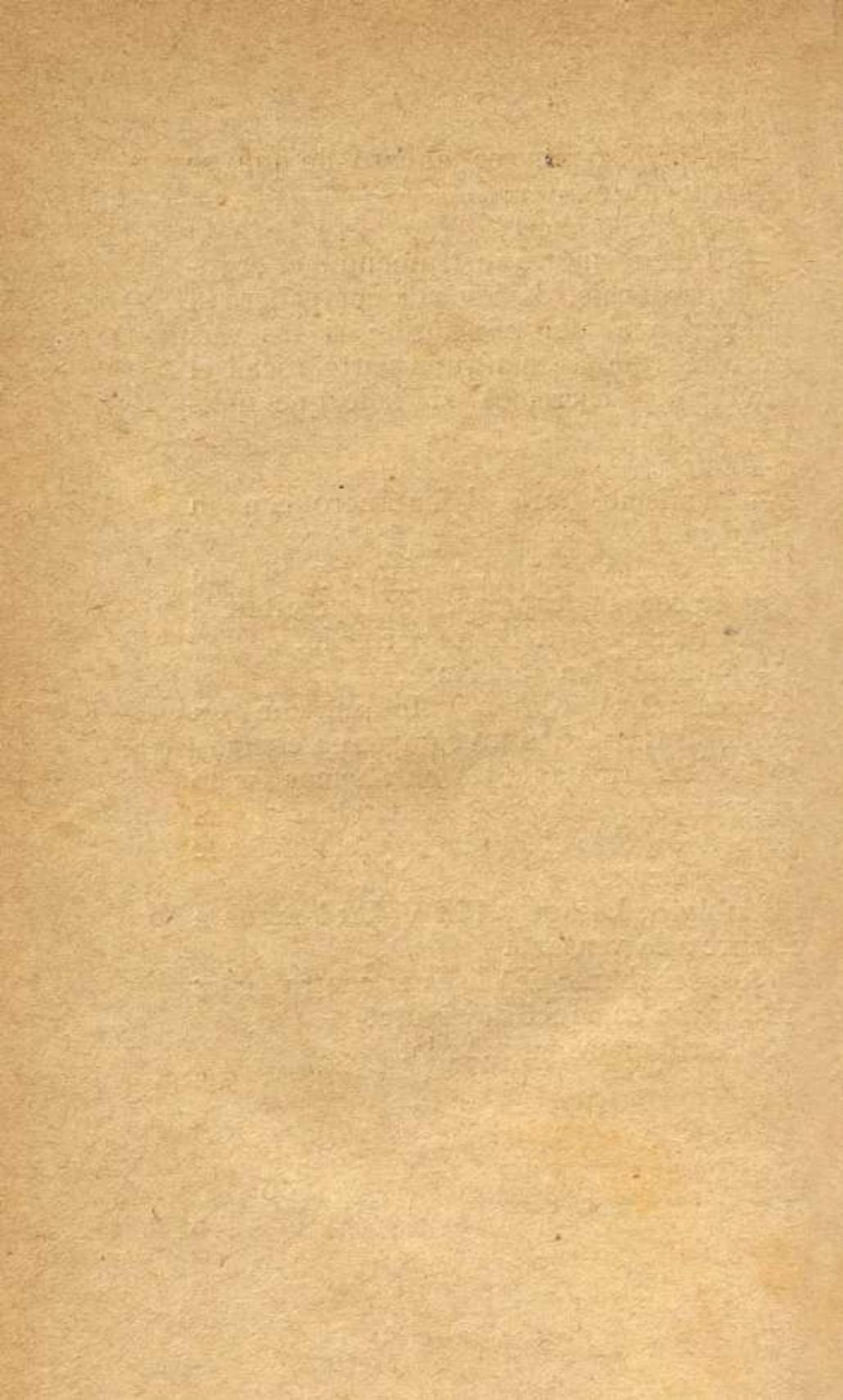
—Famoso plan, adelante.

Cinco minutos despues Moulin, con su organillo atravesaba los campos en compañía de otros tres agentes que hemos visto antes por el camino representando á uno el borracho, á otro el fontanero y el empleado del resguardo.

Soufflard, Lesage y Fifi Vollard seguian siempre á la ventana.

¿Sospechaban quizá lo que contra ellos se tramaba en aquel momento?

No tardaremos en saberlo.



XXXVI.

En presencia del enemigo.

La taberna en cuyo punto la banda, según el parecer de Fifi Vollard, había ido á esperar la vuelta de Champenois, era una casa de antiguo conocida del pilluelo como las tenía en casi todos los barrios de París.

El tabernero llamábase Cantin.

Como decía Fifi, era una buena alma que había tenido desgracias; una víctima del procurador del rey, porque no veían las cuestiones de la misma manera.

Esta divergencia de opiniones era todo su crimen.

Soufflard, siempre gran señor cuand

tenia barro á mano, le habia dado diez francos.

Esta liberalidad le habia asegurado la docilidad de Cantin.

—Ahora,—habia dicho Fifi,—es nuestro en cuerpo y alma, y mas bien acabará con su mercancía que vendernos.

Preciso es decir que Cantin, como el dueño del *Lagarto*, como todos los taberneros grandes y pequeños, tenia en su casa desde la *pólvara á cuatro nervios*, hasta el Chateau-Larose, que tambien tenia por base el campeche, pero campeche de primera calidad.

Por eso él vendia á tres francos la botella para los aficionados y á cuatro francos el Chateau-Larose añejo, cuyas botellas se adornaban con telas de araña recogidas por Fifi y otros camaradas en las canteras.

Desde lo alto de su observatorio, creíanse los bandidos en seguridad y hasta gozaban del espectáculo de los agentes derrotados riendo grandemente de su perplejidad hasta el instante en que el anciano mendigo habia entrado en escena.

Milord, obligado por la gravedad de la situacion, hablaba en voz alta y accionaba con demasiado calor para un mendigo que pedia limosna.

—¡Pardiez!—dijo el pilluelo, despues de observarle bien;—no pareces tan pobre

como mal vestido estás. Me haces el efecto de un moscardon disfrazado.

Dió parte de sus sospechas á Lesage y Soufflard, que á su vez observaron al mendigo, pillándole la accion que repetia como un vicio. En efecto, Milord tenia el vicio de llevar con frecuencia la mano á su barba, que frotaba con más ó ménos energia segun el grado de agitacion en que se hallaba.

Aquel vicio Soufflard le conocia.

Al cabo de un momento le reconoció.

—¡Milord!--esclamó Lesage cuando Soufflard le dió parte de su descubrimiento.

—¿Otra vez ese hombre?—dijo Fifi;—es un grano que nos ha salido en la nariz.

—No es mas que un hombre, y despues de todo, otro hombre vale tanto como él.

—Eso se dice.

—Cierto; en cuanto á mí,—dijo Lesage, que habia palidecido,—al solo nombre de Milord, tengo impulsos de escapar.

—Yo te lo prohibo, por interés de todos,—dijo Soufflard.

—¿Es tu modo de pensar? Acaso los otros no piensen lo mismo.

—Te equivocas; se ha decidido que permaneceriamos aquí hasta la noche.

—Es que la presencia de Milord no habia cambiado la faz del asunto.

—Pues bien, lo veremos.

Y volviendo á la Vollard, Alicia y Micaud, que estaban de pié á su espalda, dijo

—¿Qué os parece lo más prudente ¿aguardar la noche en este granero, donde nadie nos puede descubrir, ó salir en pleno día cuando tenemos á los guiris á dos pasos?

—¡Seria una locura!—esclamó Alicia.

—Creo lo mismo,—dijo la Vollard,—nuestra salvacion está en no movernos.

—Esa es mi opinion,—dijo Micaud á su vez.

—La mia no,—dijo Fifi con agitacion y retirándose bruscamente de la ventana.

Todo el mundo le rodeó.

—¿Qué quieres decir?—dijo Soufflard.

—Que es preciso escurrirse y lo más pronto posible.

—¿Pues qué has visto? ¿qué pasa?—dijo Lesage al que la presencia de Milord trastornaba por completo.

—Asómate y lo comprenderás.

Lesage se asomó á la ventana.

—¿Qué ves?

—Nada de particular, siguen reunidos bebiendo á la puerta del *Lagarto*.

—Mira más lejos hácia la izquierda.

Y como Lesage tardase en hablar, exclamó con impaciencia:

—¿No ves cuatro hombres que cruzan rapidamente por los sembrados?

—Sí.

—Nuestros enemigos.

—¿Quién te lo dice?

—El traje de dos harto fácil de reconocer, el fontanero y el del organillo: ¡es ocurrencia llevar semejante carga al hombro!

—Cierto, ellos son; ¿pero, por qué te asustas, no ves que toman el camino de la barrera?

—Lo veo.

—Pues bien, es que se alejan.

—¿Tal es tu opinión?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué los otros se quedan allí en lugar de partir con sus camaradas?

—No sé.

—Pues bien, yo sí.

Y dirigiéndose á todos, añadió:

—Por interés de todos, por vuestra salud y sobre todo por la de mi tío y la de Soufflard, que están espuestos á ciertos males de garganta...

Esta ironía hizo estremecer á Lesage.

—¿Acabarás?—dijo bruscamente.

—Pues bien, os digo que nuestro escondite está descubierto.

—¿En qué te fundas?

—Al punto tendreis la prueba.

Todos aguardaban con ansiedad y las dos mujeres mas muertas que vivas.

—Mi querido tío,—repuso el granuja,— cree que esos señores se van tranquilamente, pero no es esa mi opinión.

—Díla pronto.

—Pues bien, esos cuatro van á cortarnos la retirada por detrás mientras los que están bebiendo á la puerta del *Lagarto* nos bloquean por delante.

—¡Mal rayo! ¿pudiera ser?

—Como que es.

—Eso explicaría la separacion de esos hombres en dos grupos.

Fifi, siempre á la ventana, seguia la marcha rápida de Moulin y de sus tres hombres.

—Ved, ved lo que yo decia.

Soufflard corrió hácia la ventana.

—Cierto, ya atraviesan el camino.

Reinó una larga pausa y la ansiedad estaba pintada en todos los rostros.

—¡Cercados!—dijo por fin Soufflard,— vienen hácia aquí, Fifi habia adivinado.

Iba á retirarse bruscamente de la ventana, cuando Fifi le detuvo.

—¡Quieto!—le dijo.

—¿Como?

—Ya comprendereis que Milord y sus hombres no nos pierden de vista hasta que los otros estén cortándonos la retirada; si ven desaparecer nuestras tres cabezas comprenderán que hemos adivinado su plan y

asaltarán la casa. Vamos á desfilas por los Campos, pero prudentemente, uno á uno, comenzando por las *damas*, como es natural.

—Corriente, ¿pero nosotros?...

—No tengas cuidado es cuenta mia... ¿Y la cabeza de Fifi? ¿acaso la creéis desalquilada?

Y volviéndose á la escalera, gritó:

—Hola, padre Cantin.

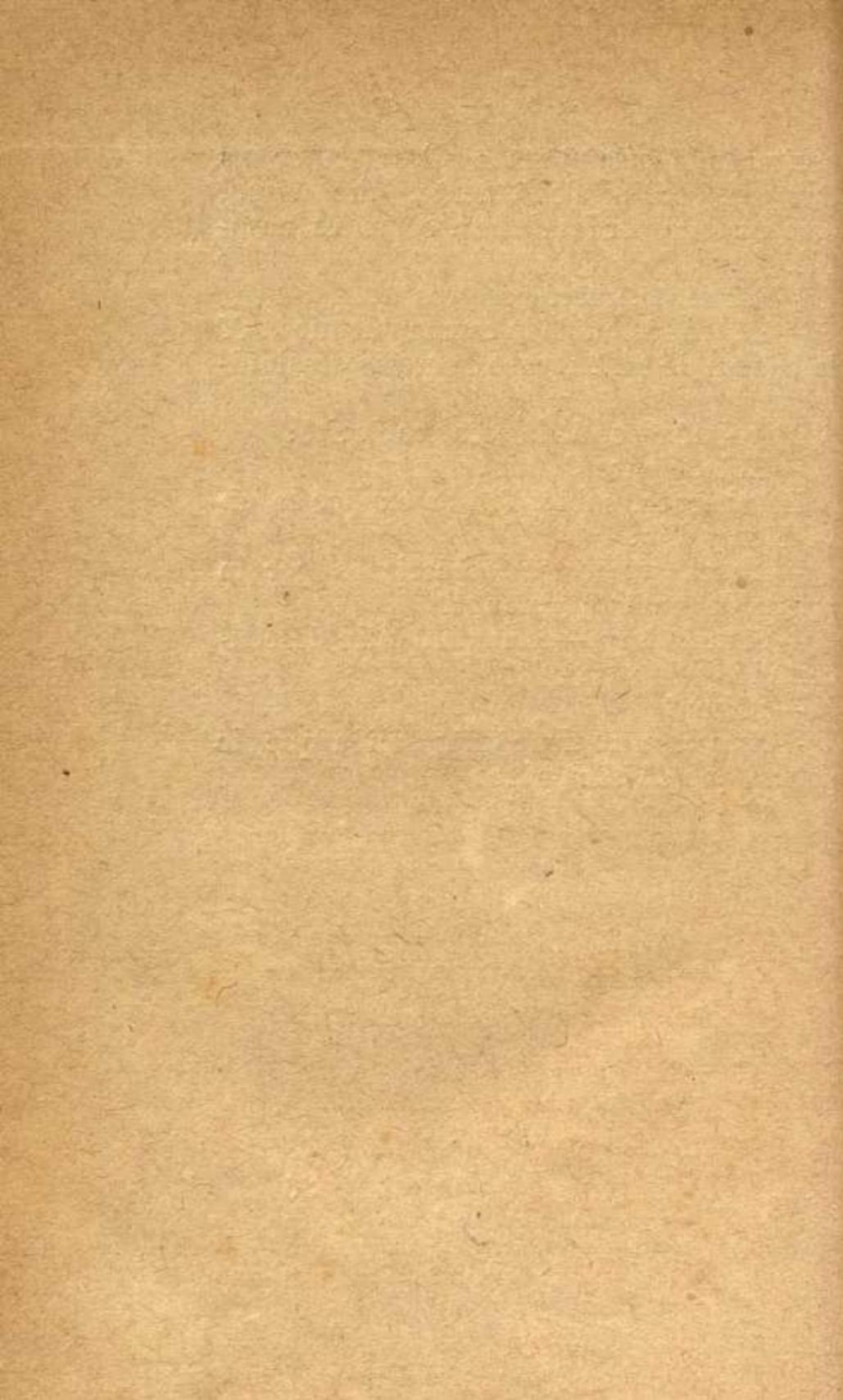
El tabernero subió, Fifi le explicó la situación y dijo:

—Ahora vamos á escurrirnos por la puerta del campo; guíanos.

—Sí no la hay,—esclamó Cantin desconcertado.

—¿Cómo?

—Esta casa no tiene más salida que la puerta que dá al camino.



XXXVII.

Posicion difícil.

¡No habia más que una salida! Esta noticia produjo en la banda el efecto de un rayo.

—¿Cómo?—esclamó Soufflard—¿no hay otro medio de salir de aqui?

—Ninguno, á ménos de saltar por las ventanas.

—¿Las hay hácia el otra lado?—preguntó Soufflard.

—Si, tal.

—¿En todos los pisos?

—Naturalmente.

—Pues bien saltaremos por las ventanas del principal.

—¿Quince piés de altura?

—No es, despues de todo, sorberse el mar; dos sábanas atadas una á otra, y todo el mundo puede bajar.

—Gracias, ¡otra vez nos espones á estrellarnos!—dijo la Vollard.

—Silencio, no tenemos tiempo que perder en gazmoñerías; la persona tan gallina como vos gana honradamente un jornal en lugar de tomar un oficio en que es preciso arriesgar la piel á todas horas.

Y dirigiéndose á los otros, añadió:

—¿Lo aprobais? ¿Saltamos por la ventana?

—Veo varios inconvenientes,—dijo Fifi.

—¿Cuál?

—Los camaradas de Milord, los que vienen ya ganando la espalda de la casa, nos verán bajar por la ventana.

—Pero lo verán de lejos: antes de que lleguen habremos bajado todos.

—¿Y los vecinos, los transeuntes?

—A estas horas, y con este calor, no anda nadie por la calle.

—Sin embargo, siempre tendremos dos peligros: los que pasen y la policia.

—Voy á reconocer el sitio,—dijo Soufflard.

—Por aquí,—le dijo Cantin,—una ventana estrecha encima del hueco de la escalera; venid.

Entretanto Fifi permanecia á la ventana

y obligaba á Lesage á estar en ella, aunque decia:

—¿Por qué permanecer aquí, donde nos ve ese hombre?

—Ya te lo he dicho, querido tio, para tranquilizarle; mientras nos ve aquí nos cree seguros y no se mueve...

Y despues de una pausa, añadió:

—Acaso esté inquieto ya.

—¿Por qué?

—Por que éramos tres y no somos más que dos.

Lesage procuró mirar á través del gran follage del castaño que sombreaba la puerta del Lagarto; la casualidad habia hecho una claridad en el follage y ella servia á Milord para estudiar á sus enemigos y á su vez para que apreciasen todos sus movimientos Lesage y Fifi.

—¡Calle!—dijo el primero;—el mendigo tiene en la mano un papel cuya lectura parece preocuparle.

—¡A ver, á ver!

—Inclinóse hácia su tio que tenia mejor puesto de observacion y el cual añadió:

—El papel es pequeño, con muchos dobles...

—¡«Chucho»! le reconozco,—esclamó Fifi.

—¿Le reconoces?

—¿Qué es eso?—preguntó Soufflard vol-

viendose rápidamente.

—Ya lo creo, es la carta de Micaud.

Este se estremeció; pero dominándose, exclamó con ironía:

—¿Después de haberme registrado hasta los zapatos, de haber mirado por la mesa y por el suelo, aun dudais?

—No sé, pero juraría que es la carta que he visto en tu mano.

—Pues entonces se la habré enviado desde aquí sin que lo noteis; no veo otra explicación.

—Todo se aclarará, Micaud,—dijo Soufflard con voz ronca,—y entonces ¡pobre de ti!

—Entre tanto que llega la explicación del misterio,—dijo Fifi,—que venga Micaud á la ventana para que Milord no deje de ver las tres cabezas.

—Allá voy.

Por indicación de Fifi púsose la gorra de Soufflard y ocupó su sitio entre el pilluelo y Lesage.

Este se estremeció.

—Qué tienes, querido tío?

—Milord, mira hacia aquí; yo me encuentro mal, yo no puedo seguir en la ventana...

—Pues quítate de ella y al punto Milord y su gente caen sobre nosotros.

—¡Pues aquí no nos hemos de estar todo el día!

—Es claro.

—Pues bien, ¿entonces?

—Ya veremos. ¿Acaso Fifi no tiene siempre una estratagema á que apelar?

—Aquí están,—dijo de repente Soufflard desde su observatorio.

—¿Quién?—preguntó Alicia.

—Los *guiris*.

—Aun deben estar lejos,—dijo Micaud.

—Si, su camino está cortado por senderos, muros y hayas que les obligan á mil rodeos.

—¿Y son ellos?—dijo Fifi.

—Los mismos.

—¿Veis al fontanero?

—Perfectamente.

—¿Y al del organillo?

—Con su instrumento al hombro; ¡preciso es que sea de hierro ese hombre! Va delante y con tal ligereza, que cualquiera diría que tiene alas en lugar de una cómoda á la espalda.

—Es el más sagaz de todos, hay que desconfiar de él,—dijo Fifi.

—¿Cuánto tardarán en llegar?—preguntó Alicia.

—Diez minutos.

—El tiempo justo para escapar.

—¿Sin vacilacion?

- Sí.
- ¿Nadie á las ventanas?—prégunzó Fifi.
- Nadie.
- ¿Pasa alguien?
- Ni un perro.
- ¿Dónde vamos á dar?
- A una callejuela con muros á los dos lados.
- ¿Y mas allá?
- A la izquierda campos de trigo y de avena.
- ¿Y á la derecha?
- Callejones, corrales y casuchas.
- Pues convengamos en todo, una vez fuera, cada uno por su lado.
- Entendido.
- Y esta noche todo el mundo en casa de Soufflard.
- ¿A cuál de sus domicilios?
- Calle de Panaderos,—dijo Soufflard saltando de su observatorio.
- Y dirigiéndose á Cantin.
- Pronto,—le dijo,—un par de sábanas.
- Cantin bajó la escalera.
- Una palabra,—dijo Fifi sin quitarse de la ventana.
- Habla pronto.
- Si una señal cualquiera diese la voz de alerta á la policía, ¿qué se hace? ¿seguir ó continuar?
- Lo que pueda cada cual.

Y volviéndose á las dos mujeres, dijo:

—Vosotras, primero, venid.

Los tres se lanzaron á la escalera.

Entre tanto, las tres cabezas de Micaud, Fifi y Lesage seguian á la ventana.

XXXVIII.

El ingenio de Fifi.

Milord seguia delante en la taberna del *Lagarto* con sus tres agentes.

El uno de ellos era el que habia fingido el borracho; el otro Berton el mercader ambulante.

El tercero Castro.

Habian hecho sacar una mesa bajo el castaño de la puerta, y habian pedido vino pero el primer sorbo les habia bastado y habian pedido agua.

El agua estaba caliente segun costumbre tradicion l de tales casas, donde tratan de hacerla aborrecible á sus parroquianos; pero los agentes la habian preferido á la otra teñida con campeche.

Mientras Moulin y sus hombres daban la vuelta, que conocemos, Milord habia resuelto interrogar á Champenois y al tabernero sin dejar por eso de vijilar las tres cabezas, entre las que creia haber reconocido la de Soufflard y al que habia tenido la audacia de tenderse en medio del camino para espiar á su vez.

—Berton,—habia dicho Milord,—voy á interrogar á Champenois, entre tanto no perdais de vista aquellas tres cabezas.

—Estad tranquilo, no separaré de allí mi vista.

—Dadme parte de todos los movimientos que observeis.

—Lo haré así.

—Uno de esos hombres es Soufflard, otro será Lesage sin duda.

—¿Los dos asesinos de la mujer Renault?

—Tal creo; el tercero es el pilluelo que se fingia borracho hacia un momento y me parece el mas peligroso de la banda.

—¿Tan jóven?

—Sí, pero que ha nacido, que ha crecido en una atmósfera corrompida, y unido á eso su sagacidad natural, le hace diabólico; él nos burló en el *Mono sábio*, él salvó á la banda apagando la luz y haciéndola seguir un camino de él solo conocido... Por eso temo mas á su astucia que á la

ferocidad de los otros. No le perdais de vista.

—Estad tranquilo.

Milord dijo á Champenois que se acercara.

Champenois retirado algunos pasos bajó la vigilancia de Castro, se adelantó al punto.

—Ya sabemos que Lesage estaba aquí con Soufflard,—dijo Milord,—habia cuatro individuos más, dos de ellos mujeres.

—Si señor.

—¿Quiénes son esas mujeres?

—Una hermana de Lesage.

—La Vollard, ¿no es cierto?

—Señor...

—Sé algo mas de lo que te figuras—dijo Milord tratando de sorprenderle.—¿Y la otra mujer?

—La bella Alicia.

—¿Una rubia?

—Sí, señor.

—¿Veinte á veintidos años?

—La misma.

—Bueno—pensó Milord:—la que rondaba en torno de la tienda de Pedro el dia del crimen.

Y repuso:

—Esa mujer será la querida de alguno de esos hombres?

—¡Bah!—dijo Champenois, á quien esta pregunta pareció inocente.

—¿Cuál de ellos es su amante?

—Ahora Soufflard.

—¡Ah!... ¿ahora? ¿Y ántes?...

—Micaud.

Milord reflexionó un momento. Despues, herido de repentina inspiracion, sacó del bolsillo la carta que Castro habia encontrado entre una de las patas del taburete.

—Así se esplica esto, ¡una venganza!

Y dirigiéndose á Champenois, dijo:

—¿Conoces la letra de Micaud?

—No se leer, señor.

—¿Micaud estaba aquí con Lesage y Soufflard?

—Sí, señor.

—El cuarto ¿es un muchacho, un granuja?

—Sí, señor.

—¿Su nombre?

—Fifi Vollard.

—¿El hijo de la mujer Vollard?

—Sí, señor.

—Y por lo tanto sobrino de Lesage?...

—Cierto.

Aquí llegaba Milord en su interrogatorio, cuando un sonido extraño le hizo estremecer, y al mismo instante su rostro se volvió á la ventana de la guardilla.

Las tres cabezas estaban siempre.

—Es el organillo de Moulin,—dijo Castro.

Todos escucharon.

Oíase distintamente la cancion melancólica de *Mi Normandia*, tocaba en el organillo.

—¿Y siguen en la ventana?—preguntó Milord.

—Uno de los tres ha desaparecido hace un momento, pero ha vuelto.

Oíase tocar el órgano con mayor energía, tanto que la cancion melancólica se asemejaba á una marcha guerrera.

—¡Pues algo pasa!—dijo Castro.

—Mientras estén ahí nada hay que temer.

—¿Pero ese tocar furioso es una señal?

—Nos anuncia sin duda que se acercan.

Sin embargo, el aire de *Mi Normandia* iba siempre en *crescendo* y no era furor, era delirio.

¡Hubiérase dicho que el manubrio estaba en manos de un loco!

Milord tenia siempre la vista clavada en la ventana.

De repente un hombre apareció en el camino y aquel hombre hablaba, corria, hacia señas.

Era uno de los hombres que habian ido con Moulin.

—¡Corred! corred!—gritaba aquel hombre señalando la casa de Cantin.

Milord se lanzó en aquella direccion, los dos agentes le siguieron.

—¡En dos brincos á la guardilla!—gritó Milord.

Un instante despues estaban los cuatro en la guardilla.

Las tres cabezas seguian siempre en la ventana.

Pero en breve los agentes pudieron convencerse de su error: las tres cabezas eran tres bultos informes que habian adornado con el sombrero de paja y las las gorras de Lesage, de Soufflard y de Fifi.

XXXIX.

Variaciones de organillo.

Antes de ir más lejos, creo prudente prevenir al lector que podría tachar de inverosímil este relato, que no hay nada exagerado en las infinitas peripecias que resultan entre la policía y la banda de Soufflard; la caza del hombre es aun más peligrosa que la del león y del tigre, y en esta ocasión agentes y malhechores dieron pruebas de un valor, de una destreza superiores á cuanto se cuenta de los salvajes pueblos de América, estando consignados en los registros de la policía hechos curiosos respecto á Milord y Castro, Soufflard y Fifi Vollard.

Volvamos á Moulin y sus hombres para saber lo que pasaba mientras Milord y Berton miraban las tres cabezas en la ventana y tendremos esplicacion de la exaltacion furiosa que el otro agente imprimiera á la cancion melancólica que modulaba su organillo.

En cuanto volvió la calle de Veaux, el primer cuidado de Moulin fué asegurarse de si podria distinguir la casa que albergaba á los criminales y la reconoció al primer golpe de vista.

Era la única que tenia tres pisos entre las otras que la rodeaban y sus ventanas pintadas de verde destacaban á distancia.

Aunque la rodeaban diferentes callejuelas, no contaban estas otros edificios que muros que servian de cercado á huertas ó sembrados, de suerte que nada obstruia su mirada y podia mirar la casa desde el tejado hasta el piso principal.

—Muchachos,—dijo á su gente,—aquel ha de ser nuestro faro, no le perdamos de vista.

—No temais,—le contestaron.

—Está bien cerca, si pudiéramos volar como los pájaros,—dijo Pedro, el que habia fingido el borracho en la barrera de Italia. —¡pero Dios de Dios, qué laberinto de callejuelas!

—Si hay mil vueltas y revueltas.

—Gracias á que los muros son bajos,— dijo Moulin,—y podemos ver todavía la casa.

Durante este diálogo los tres agentes ganaban rápidamente terreno; pero, como habian juzgado al principio, su camino se alargaba con infinitos rodeos.

Sin embargo, sus movimientos eran ágiles, su paso vivo, á pesar del sudor que les inundaba.

Al andar no se separaban sus ojos de la casa, de las ventanas verdes que permanecian cerradas y nada se movia en la casa.

—Una carrera como esta,—dijo Pedro, que, como Fifí, habia sido pilluelo de Paris,—recibiendo este sol en las espaldas, debe ser soberano contra el reuma; comunicaré la observacion á la facultad de Paris.

—¡Qué de vueltas! Este maldito camino parece que está hecho para lagartijas.

Moulin avanzaba silencioso enjugando su frente, tranquilo, inaccesible á la murmuracion como al cansancio. Y, sin embargo, el peso que llevaba con el organi- llo, debia hacer aquella carrera doblemen- te penosa.

—¡Mal rayo!—dijo Pedro por fin,—¡vos no sois un hombre, sois una locomotora! El cansancio, el calor, hacen en vos el mis-

mo efecto que harian en un hombre de piedra.

—¿Quereis que os dé un secreto para no sentir el cansancio?

—Si.

—Pensar en otra cosa.

—El remedio no está al alcance de todos los temperamentos.

—Una idea,—dijo de repente el fontanero.

—Veamos.

—Se trata de perseguir una banda de malhechores que es preciso coger á toda costa por crédito de todos.

—Cierto.

—Pues bien: en interés del servicio creo que podríamos saltar por encima de esos muros y atravesar esas huertas que alargan infinitivamente nuestro camino.

—Lo primero, saltar muros ya no es fácil y además introducirse en terreno vedado no se hace sino en último extremo y no hemos llegado á él.

—Pues yo creo que sí,—esclamó Pedro parándose de repente.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que hemos llegado al último extremo, mirad.

Todos pudieron ver entonces que se habia abierto la ventana del piso principal y un hombre apareció en ella.

¡Era Soufflard!

Tenía en la mano una sábana que dejó deslizar hácia el suelo, despues ató el estremo que tenia en la mano al antepecho de la ventana, hizo una señal hácia dentro y una mujer apareció entonces á su lado; era rubia, esbelta, jóven..., ¡era la hermosa Alicia!

Sentóse en el antepecho de la ventana sujetó el lienzo con sus manos y con sus piernas y se dejó deslizar á tierra á plomo, sin vacilacion.

—¡Oh! no,—esclamó Moulin;—esta vez no será como en el *Mono sábio*; voy á dar la señal de alarma y Milord tomará por asalto la casa.

Y designando los terrenos cercados, esclamó:

—Tanto peor para los propietarios. ¡Al asalto!

—¿Eh?—dijo Pedro que, corriendo detrás de Moulin, no hubiera creído jamás que se hubiese podido tocar paso de ataque con un organillo.

Los ecos del instrumento, llegaban al mismo tiempo que al *Lagarto*, á la taberna del padre Cantin.

Pero Soufflard no se alarmaba; seguia descolgando su gente, aunque conocia perfectamente la significacion de aquella música desordenada.



Milord, por su parte, ya sabemos que tardó en ponerse en movimiento; seguro de que nada tenía que temer ínterin siguiera viendo las cabezas á la ventana.

Después de la bella Alicia, tocóle su vez á la Vollard.

—¿En qué piensa Milord?—gritaba Moulin desesperado, dando á su manubrio con verdadero frenesí.

Victoria de Soufflard.

La evasión de la bella Alicia y la Vollard habia durado unos cinco minutos, esto es, tres mas de los que hubiera necesitado Milord para invadir la casa y caer sobre los bandidos. ¿Como se esplicaba que estos siguieran escapándose tranquilamente?

¿A qué atribuir esta inacción que dejaba descolgar á toda la banda con la misma facilidad que un hombre honrado baja por las escaleras?

Hé aquí lo que se preguntaban Moulin y sus camaradas.

—¿Qué os parece?—preguntó Moulin deteniéndose un instante á tomar reposo.

—¡Pardiez!—dijo el fontanero;—Milord

no es tonto; preciso es que tenga un plan, alguna razon que no alcanzamos á preveer.

—¿No habrá oido el organillo?

—¡Imposible!

—¿Lo creéis?

—Estoy seguro; cada vez que apretábais al manubrio, el hombre de la ventana volvia la cabeza hácia nosotros, y si estos lo oian los otros han debido oirlo tambien.

—Entonces, ¿como los dejan escapar?

—Os lo repito, no puede ser sino una astucia de Milord.

—¿Una astucia?

—Si, á las primeras notas del órgano habrá emboscado su gente al lado de la casa y de seguro les va echando mano uno á uno cuando creen escapar.

—A menos que no hayan penetrado en la casa y estén sosteniendo á estas horas una lucha con los cuatro hombres de la banda.

—Es posible, porque el hombre ha desaparecido de la ventana y nadie sale.

—Eso será; ¡no hay otro medio de explicarse la conducta de Milord!

—¡Dios de Dios! pues no es eso.

—¿Qué quereis decir?

—Ved el hombre ya en la ventana, va á salir.

En efecto, Soufflard estaba montado en el antepecho de la ventana.

Pedro, cuya vista era muy penetrante, precisaba hasta el mas pequeño detalle de cuanto pasaba en la ventana.

—¿Qué veis?—preguntó Moulin,—porque la sangre parece que ciega mi vista. No veo mas que á traves de una niebla.

—El hombre hace señas.

—¿A quién?

—Debe ser á las dos mujeres que acaban de bajar.

—¿Qué les dice?

—Les señala dos direcciones por el campo.

—Indicaciones para la fuga.

—Y acaso para el sitio de reunion.

—Pues no hay emboscada.

—Claro está que nadie ha detenido á las mujeres.

La prueba es que baja un nuevo personaje.

Tocaba á su vez á Lesage.

Impaciente por la señal del órgano y temiendo siempre la llegada de Milord á pesar de la confianza que Fifi tenía en su estratagema, Lesage se deslizó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No comprendo!—dijo Moulin.

—Sin duda la música del organillo no ha llegado hasta el *Lagarto*.

—¿Y qué hacemos?

—Tres se han escapado; quedan otros tres.

—Cuya evasión necesita apenas cuatro ó cinco minutos.

—Nosotros tardaríamos mucho más en llegar.

—¿Y nuestra señal no llega hasta Milord?

—Yo corro tanto como una liebre; en menos de cinco minutos estoy en medio de la banda.

—¿Solo contra tres? Seriais sacrificado sin provecho.

—Gritaré, y esto hará venir á Milord y á los otros.

—No; corred al *Lagarto* y prevenid á Milord de lo que pasa.

Pedro partió como una flecha.

—¡Nosotros, á escape!—dijo Moulin, al que la pasión de la caza del malhechor hacía infatigable.

Y echó á correr tocando desesperadamente el manubrio de su organillo, como pudiera hacerlo un loco.

—¡Otro mas!—dijo el fontanero con desesperación.

En efecto, á Lesage había sucedido Micaud.

—¡No quedan mas que dos!—dijo Moulin;—¡corramos, corramos!

Pero vaciló y llevó la mano á su frente como atacado de un desvanecimiento súbito.

—¡Ah! diga Pedro lo que quiera, no soy de bronce ni de acero,

Y dominando esta debilidad con un esfuerzo sobrehumano, prosiguió su carrera y el organillo se oyó de nuevo.

—¿Otro mas?—dijo el fontanero.

—Mirad vos... yo ya no veo.

Fifi habia descendido despues de Micaud.

—No queda mas que uno.

—Si pudieran coger al menos á ese.

Y aun prosiguió su marcha con nuevo ardor.

—¡Suya es la victoria!—dijo deteniéndose el fontanero.

—¿Cómo?

—¡El último acaba de escapar!

Moulin dejóse caer como si fuera de plomo; terminada la lucha, todas sus fuerzas estaban agotadas.

Su compañero le tocó en el hombro.

Moulin levantó la cabeza; sus facciones estaban descompuestas.

—Animo, Moulin, aun no hemos acabado.

—¿Cómo?

—Huyen á través de esos campos, este

es el momento de empezar la caza.

—Es verdad,—dijo Moulin poniéndose en pié.

—Si tenemos habilidad, alguno pasará á nuestro alcance.

XLI.

¡Sálvese quien pueda!

Pedro corría bien.

No tardó cinco minutos en salvar una distancia que otro hubiera tardado un cuarto de hora en recorrer. Sin embargo, como hemos visto, ¡había llegado tarde!

No hay espresion capaz de pintar el estupor de Milord y de sus hombres al encontrarse con aquellos tres sombreros colocados sobre... cualquier cosa.

—¡Miserables! ¡miserables!—esclamaba Milord fuera de sí.

Y añadía con ademan furioso.

—Juraria que es otra invencion de ese maldito Fifi. ¡Ser burlados por un granuja! Esto es vergonzoso, es preciso acabar!

—Ya es tarde,—dijo con desaliento Pedro que se les habia reunido jadeante, cubierto de sudor.

—Si, demasiado tarde—dijo Milord.

—¡Toda la banda ha volado!

—Si, toda.

—Y por falta vuestra—esclamó Pedro.

—¿No habeis oido el organillo?

—Perfectamente, pero me parecia estarlos viendo.

—¿Es posible?

—Si, esas malditas gorras me han engañado.

Y repuso bruscamente:

—Pero aun no me entrego: venid, no pueden estar lejos, estos terrenos son descubiertos, y desde esta misma casa los dominaremos y podremos estrechar nuestro círculo de accion.

Un instante despues estaban todos á la ventana del segundo piso, desde donde se descubria una vasta estacion de terreno.

—Famoso observatorio,—dijo Pedro.

—Mirad todos,—dijo Milord—comunicadme lo que veais.

—¿Quienes son aquellos hombres que hay á la izquierda en una huerta? dijo Berton.

—¿No los reconocéis en sus trajes? Son Moulin y el fontanero y el del resguardo.

—¿Y qué hacen allí parados?

—Sin duda Moulin ha tenido la misma idea que nosotros y aguarda acurrucado el paso de alguna pieza.

—Mirad,—dijo Castro de repente,—mirad entre aquellas mieses.

Todos tendieron la vista hácia un campo de trigo cuyas espigas eran muy elevadas.

—¿No veis aquellas espigas moverse de un modo que no es natural?

En efecto, habia una ondulacion que parecia producida por la marcha de un individuo, y en la raya que marcaba al andar, aparecia de vez en cuando una gorra con cintas azules.

—Es Alicia,—dijo Milord.

Y volviéndose á Berton, repuso:

—Partid y traednos á la hermosa rubia. Berton salió rápidamente.

—Mirad allí, en la calle en frente de nosotros,—dijo Castro.

—Es Soufflard,—dijo Milord estremeciéndose.

Soufflard se deslizaba muy pegadito á los muros con la cabeza baja y sin volver atrás la vista.

—Esa callejuela desemboca en una plaza llena de tabernas inmundas; allí va sin duda á refugiarse,—dijo Castro.

—Seguidle yo me reuniré á vos en la plazoleta, quiero prenderle por mi propia mano.

—A menos que le alcance la mia y sea imposible esperar.

—Corriente; pero tened prudencia, Soufflard es fuerte como un leon y feroz como un tigre.

—Estaré en guardia.

Y ya iba á salir cuando dijo:

—¿Cómo me encontrareis?

Milord le entregó un silbato.

—Un silbido me hará descubriros, tomad.

—Y aquel que se desliza por el otro lado, se detiene, mira asustado á la espalda y vuelve á seguir su marcha,—dijo Pedro señalando un individuo que estaba ya á larga distancia y en su azoramiento demostraba las angustias del criminal.

—A juzgar desde aquí, sus señas convienen con las de Lesage, debe ser él.

—Mal discurre—dijo Pedro,—vuelve á la derecha y echa por una calle que le conduce en derechura hácia Moulin.

—Era preciso que uno partiera como una flecha á cortarle la retirada para que no tuviese mas remedio que caer en manos de Moulin.

—Yo iré, dijo Pedro.

—¿Sois ágil?

—Vos juzgareis.

Y bajó en dos brincos la escalera, estando pocos instantes despues sobre la pista de Lesage.

Milord no se habia engañado; era Lesage que se deslizaba asustado, trémulo arriado á los muros.

—¿Es eso todo?—pregunto paseando sus miradas por toda la estension que por alli se descubria.

Reinó un momento de silencio.

—No, no es eso todo—dijo uno de los hombres que aun le quedaban.

—Nada más veo.

—Fijaos en aquel nogal.

—¿Dónde?

—A la derecha, unos docientos pasos.

—¿Al lado de aquella casa de ladrillos?

—Si. ¿No veis algo parecido á un mono entre el follaje?

—En efecto.

—Solo que el mono, si os fijais bien, tiene ropas de hombre.

—¡Es él!—dijo Milord.

—¿Quién?

—Mi granuja, ¡Fifi Vollard!

Y añadió:

—¿Como él, tan sagaz, ha escogido tan mal su escondite?

—No se piensa en todo, y él ha olvidado que el sol hace el follage trasparente como un cristal.

—¡Corred! ¡corred los dos! Esa es la cap-

tura más importante.

—Pues no será difícil.

—Yo corro á auxiliar á Castro, al que no podemos dejar á solas con Soufflard.

En aquel momento el organillo dejóse oír con estrépito.

Milord miró hácia aquel lado y vió que Moulin avanzaba á paso de carga con el fontanero.

—¡Cercado entre tres! Lesage está cogido!... ¡no hay remedio humano para él!

XLII.

A la carrera.

Soufflard habia dicho veinte veces á sus camaradas:

—Cuando os creais perdidos, acelerar el paso es venderos. Todo el mundo tiene derecho á correr menos nosotros.

Lesage habia meditado esta máxima y creyó que era prudente ponerla en práctica en tal ocasion.

Así fué que cuando estuvo en la calle empezó á caminar con la frente ergida y sin acelerar el paso, pero poco á poco el terror que le inspiraba la proximidad de Milord, fué acelerando su marcha y haciendo caer su cabeza sobre el pecho.

Como habia dicho Milord, solo su aspecto

lo denunciaba como criminal, y la palabra asesino estaba escrita con todas sus letras sobre su frente.

Al extremo de la callejuela que habia tomado detúvose un momento.

El sol abrasaba; el silencio era profundo.

El calor concentrado entre los muros de aquellas calles estrechas, era sofocante.

El fugitivo prestó atento oído.

Oíase una especie de zumbido sordo que flotaba en el aire abrasador.

¡Nada más!

Lesage, que se hubiera alarmado del menor rumor, tuvo miedo de aquel silencio.

Se aterró al verse solo, abandonando á sus propios recursos.

No tenia la energía de Soufflard, y aquel aislamiento redoblaba sus temores.

Al llegar á la esquina se preguntó si debia tomar á derecha ó izquierda.

A la derecha ganaba los campos; á la izquierda las casas.

De un lado el espacio, el campo, los bosques...

Del otro las calles, las casas, la multitud, las tabernas...

Despues de un minuto de reflexion tomó á la izquierda.

Habia visto á la Vollard y á la Corza ga-

nar la una un campo de avena, la otra de trigo.

Pensó que sus camaradas preferirian, como ellas, el campo á las casas, y él se decidió á volver á la barrera.

Decíase que la policía descubriría la huella de sus compañeros, que echaría por el campo, y entónces él estaba en salvo.

Antes de proseguir su marcha Lesage quiso convencerse de que estaba solo, de que ningun agente le seguía, y se encaramó á uno de los muros menos elevados, desde donde podía examinar una gran estension.

Pero al mismo tiempo de subir, se oyó un pequeño grito á corta distancia; miró hacia aquel lado y reconoció á uno de los agentes que habian acompañado á Champenois hasta el *Lagarto*.

—¡El borracho!—dijo palideciendo.

En efecto, era Pedro, que á pesar de su prodigiosa agilidad, habia llegado demasiado tarde á la calle en que habian apercebido á Lesage.

Permanecía clavado en su sitio preguntándose hacia que lado habia podido tomar, cuando vió elevarse su cabeza por encima de uno de los muros.

¡La alegría le había arrancado el grito que acababa de oír Lesage!

En el momento en que este vió á su ene-

migo dirigirse hacia el, un ruido mucho mas terrible que la mas espantosa detonacion llegó á su oido.

¡Era otra vez el organillo!

Volvióse Lesage aterrado y apercibió á cien pasos al hombre del organillo y á sus compañeros.

Habian visto salir á sus camaradas en pos de los bandidos y al ver aparecer la cabeza de Lesage, Moulin hizo de nuevo oír su señal suponiendo que alguno debia estar cerca.

¡Lesage estaba entre dos fuegos!

Preso de indecible terror, saltó á tierra y lanzóse en direccion de las casas.

El miedo doblaba la agilidad de sus músculos y en aquel momento el mismo Pedro no podia luchar con él.

Y es que la calle que se extendia delante de él, era muy larga y mientras uno de los agentes corria en pos de él aguardaba ver surgir á los otros por el otro estremo.

¡Pero se engañaba!

Moulin y su compañero le habian visto desaparecer y no podian precisar hacia dónde habia huido.

Y el terreno en que se encontraban era un cercado y tenian que pensar en salvar el muro.

Consultábanse entre sí, cuando vieron

aparecer la cabeza de Pedro en el sitio donde habian visto un momento ántes la del fugitivo.

—Le habeis visto, ¿no es verdad?—les gritó.

—Sí; ¿hacia donde ha tomado?

—Por allí, á lo largo del muro; saltad por las hayas de aquel extremo y es nuestro.

Moulin y su compañero corrieron en aquella direccion.

El organillo habia cesado: no habia necesidad de señal.

Era preciso tranquilizar al fugitivo, haciéndole creer que se habia perdido su pista.

Lesage lo creyó, pero esto no le impidió seguir corriendo con la misma rapidéz.

La calle desembocaba en otra defendida por una espesa haya que le cerraba el paso.

Era preciso echar á derecha ó izquierda.

—Ni lo uno ni lo otro,—pensó.

Y de un salto franqueó la pared de arbus-tos sin saber á donde iba á caer.

Cayó en un sembrado de patatas.

—No me he lastimado,—dijo levantándose.

—Y prosiguió su carrera.

Al extremo de aquella huerta habia dos

casas; un instante despues Lesage salia á una calle.

Lanzó una mirada en torno suyo y vió muchas tabernas, principal ornamento de aquellos sitios.

Entre varias de ellas, limpias y recién pintadas, distinguió una súa, sombría, una de esas tabernas que parecen un reclamo del vicio y del crimen.

—Una botella,—dijo á una mujer seca y morena que estaba el mostrador.

Esta se levantó poco á poco.

—Tengo prisa,—dijo Lesage mirando con inquietud á la calle,—y hace mucho calor.

—¿Teneis un jardin, un emparrado?

La mujer sonrió de un modo singular.

—¿Buscáis *la sombra*? ¡cualquiera diria que teneis miedo!

Y dándole una botella y un vaso, le condujo á la entrada del jardin.

—Ahí teneis lo que buscáis.

Lesage le dió dos francos.

Corrió al fondo del jardin, llenó su vaso y murmuró:

—Por fin estoy en salvo; ¡no me muevo de aquí hasta la noche!

Pero al llevar el vaso á sus lábios palideció y le soltó sobre la mesa; un nuevo ruido acababa de aterrarle.

¡El infernal organillo!

¡Habian seguido su pista!

Los ecos del organillo venian por la parte de la calle.

Cuando iba á franquearle otro ruido que venia de aquel lado le paralizó.

Era la trompa del fontanero.

—¡Estoy perdido!—dijo.

XLIII.

En busca de un escondite.

Lesage tendióse al pié del haya y presa de violenta emocion oía los latidos de su corazón dentro del pecho.

Levantó la cabeza y escuchó.

Los ecos del organillo venían siempre de la calle. Al otro lado resonaba la trompeta del fontanero.

Dos minutos pasaron así, que le parecieron un siglo.

Después ambos instrumentos callaron de repente; pero aquel silencio aumentó el terror de Lesage, comprendió que ambos toques habían sido una llamada al cuarto agente, y que los cuatro reunidos iban á empezar las investigaciones más de cerca.

—¿Qué haré?—se decia.—¡Conocen mi escondite! ¿Debo conservarle ó escapar de nuevo?

Su vida dependia del partido que iba á tomar.

Vacilaba, cuando un incidente vino á poner fin á sus dudas.

El ruido de pasos que se acercaban al otro lado del haya.

Tendióse entre esta y las yerbas altas que habia á su lado, quedando su cuerpo enteramente escondido entre unas y otras.

Los pasos se detuvieron al otro lado del haya, muy cerca de él; eran hombres y hubiera podido verlos á través del follaje, pero no se atrevia á volver la cabeza. El más pequeño movimiento podia vender su presencia.

Pero si no podia ver podia al ménos oir lo que hablaban aquellos hombres.

—¿Y bien?—dijo uno de ellos:

—Le he apercebido de lejos en el momento en que saltaba por un haya.

—¿Y qué habeis hecho?

—He saltado como él.

—¿Dónde le habeis perdido de vista?

—A la entrada de la calle.

—Sí, entre las casas; esa era su salvacion.

—Me llevaba un minuto de delantera y

no ha podido entrar mas que en una de estas tabernas.

Esa es mi opinion,—dijo Moulin.

—Pues bien hé aqui el plan que me parece mejor,—dijo Pedro.

Lesage contuvo su respiracion para oir mejor.

—Preciso es visitar todas las tabernas que nos rodean, empezando por las de peor facha. Uno de nosotros quedará á la puerta y dos entrarán á registrar.

—¿Y si nuestro hombre salta por los jardines y gana el campo?

—Está previsto; tengo muy estudiado el terreno y todos los jardines de la espalda están trazados en sentido paralelo. El cuarto quedará de investigador y recorrerá el sendero que con ellos comunica.

—¿Sabeis cual de los criminales es el que perseguimos?

—Milord cree que es Lesage.

—¿Uno de los asesino?

—Justo.

—¿Y los otros?

—Tres va yan perseguidos de cerca.

—¿Quienes?

—La jóven por Berton, el pilluelo por los dos carpinteros.

—¿Y Soufflard?

—De ese se han encargado Castro y Milord.

—¡Mal negocio tiene!

—¿Y nosotros que somos cuatro contra uno, nos dejaremos burlar por Lesage?

—¡Imposible! está en esta calle, no hay duda, y vamos á remover hasta las piedras; manos á la obra.

Y se alejaron rápidamente.

Un instante después Lesage oyó pasos de nuevo; eran los de un hombre que se alejaba, que volvía, con el paso monótono y regular del centinela.

Era sin duda el investigador que habían dejado los otros.

¿Qué hacer?

¿Huir? No había que pensar en ello.

¿Quedarse? Era perderse, puesto que los agentes iban á registrar casas y jardines.

Y sin embargo, era preciso luchar, luchar hasta el último aliento.

La imagen del cadalso, aquel terror de toda su vida, alzabase delante de él, presándole indomable energía.

Después de pensar mucho, decidió buscar allí mismo un escondite mejor.

Aguardó á que los pasos de aquel centinela se alejasen y aun vacilaba cuando rumor de voces oyóse por el lado contrario ya dentro de la taberna.

Entre aquellas voces reconoció distintamente la del hombre del organillo.

Entonces dominado por el espanto abandonó su escondite, y arrastrándose como la culebra, recorrió todo el jardín buscando sitio mas seguro.

Si el investigador hubiera prestado atento oído, hubiera apercibido el ruido de sus dientes, que se chocaban.

Habia razon.

Dos minutos despues Moulin y Pedro penetraban en el jardín, que podian dominar con una sola mirada, porque era pequeño y muy descubierto.

Los dos agentes iban seguidos de la tabernera, que manifestaba en aquel momento una humildad hipócrita.

Cuando llegaron bajo el emparrado donde habia estado un momento antes el fugitivo, dijo Moulin:

—Acaba de estar aquí.

Y señalando el vaso y la botella, dijo á la tabernera.

—¿Negareis aun haber recibido á alguien esta mañana?

—Si, señor, lo niego; ese vaso y esa botella están desde anoche.

—¡Mentis!—dijo Pedro que se habia acercado á la mesa,—hace cinco minutos que ha caido esta gota de vino.

Y señalaba una que sobre la mesa brillaba como un rubí á los rayos del sol.

—No hay duda,—dijo Moulin,—con lo

caliente que está la mesa y el sol que la baña, esta gota hubiera desaparecido antes de cinco minutos; ese hombre está aquí, no hay duda.

Y empezaron á reconocer minuciosamente la tierra.

—Aquí ha estado tendido, mirad,—dijo Pedro.

Y mostraba el sitio en que habia quedado sobre la yerba la forma de un cuerpo humano.

—Y ved el camino que ha seguido arastrándose como un reptil.

Aquel rastro era muy fácil de seguir y conducia hasta el límite del jardin separado por una haya de un huerto de manzanos que parecia abandonado.

—Por aquí ha pasado.—dijo Pedro señalando un sitio en que el ramaje parecia abierto y destrozado.

—¿A quién pertenece ese manzanero?

—A un parisien que no parece por aquí.

—¿De modo que no hay nadie en la casa?

—Nadie.

—Entonces, sigamos el mismo camino que él ha tomado: el hombre ha buscado ahí su último refugio, porque los otros tres lados los defienden elevados muros.

El centinela exterior habíase detenido por fuera de las hayas y contemplaba

su maniobra.

—¡Que nos quemamos!—gritó Pedro.—
Mucho ojo.

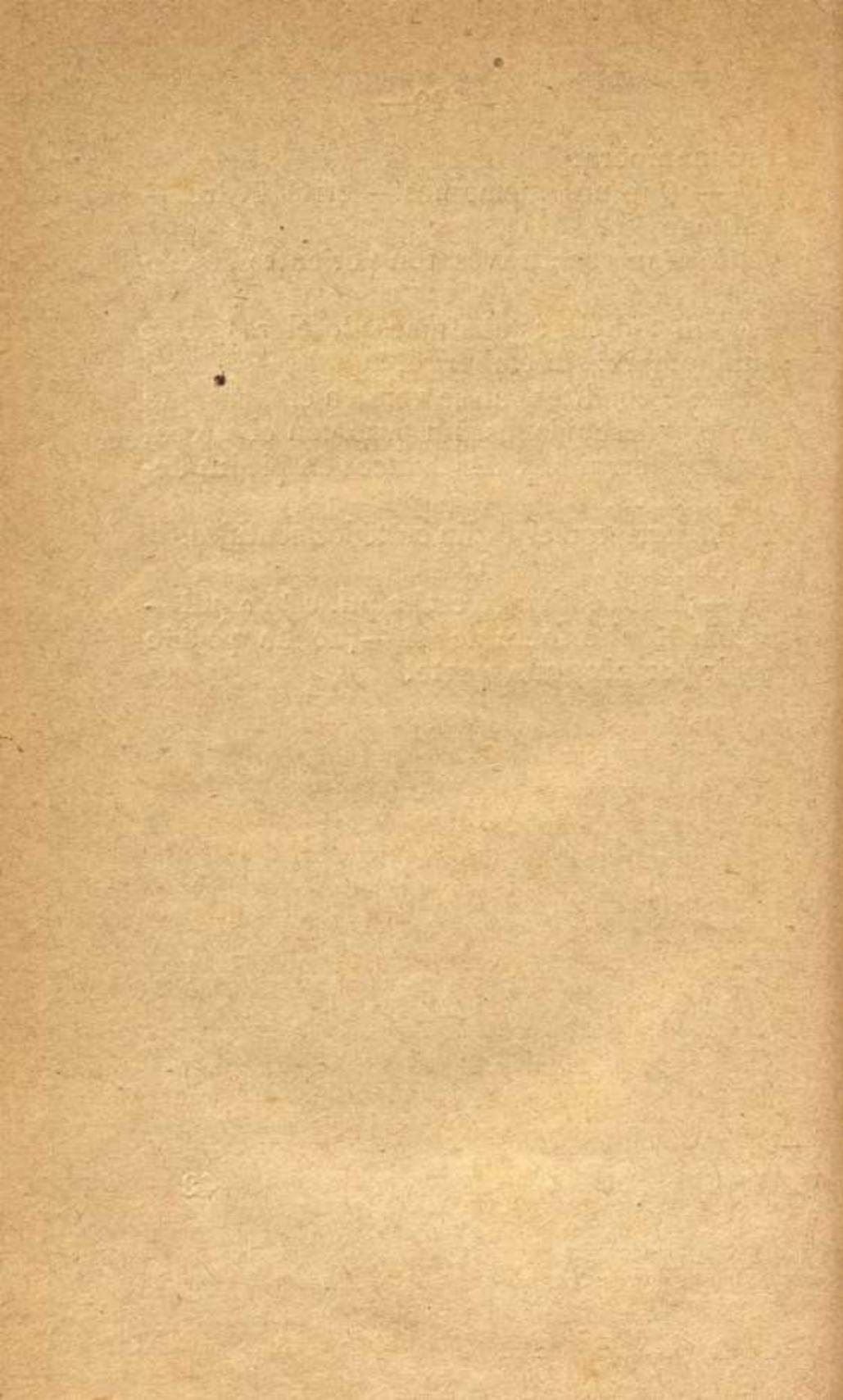
Y á su vez atravesaron por entre las hayas.

Allí también estaba marcado el rastro de un hombre; sin embargo, aquel cercado no tenía escondites, no se veía en él más que árboles descuidados, un pozo con el brocal medio derruido y dos bancos de piedra deteriorados.

Recorrieron el jardín en todos sentidos.

Nada.

—¡Y sin embargo está aquí, está aquí!—decía Moulin fuera de sí,—¡no ha podido salir por ninguna parte!



XLIV.

Un drama en un pozo.

Los agentes no se habian engañado; Lesage habia penetrado en aquel cercado y ya enmedio de él se incorporó y lanzó una mirada en torno suyo.

No porque pensara en huir, sabia que estaba cercado por todas partes; pero esperaba hallar un refugio, una casa...

Bastóle una mirada para renunciar á esta esperanza; el cercado estaba rodeado de espesos muros sin grietas ni aberturas. Imposible escalarlos.

Y no podia, pues, huir; no podia ocultarse.

Y los agentes iban á pasar indudablemente de un cercado á otro, guiados por su rastro...

Entónces viéndose acorralado, sin medio de escapar á sus enemigos, cayó en un desaliento tan profundo que sentóse en el mismo brocal del pozo resuelto á dejarse prender.

Pero cuando los dos agentes penetraron ya en el jardín contiguo, cuando la voz de Moulin llegó hasta él, estremecióse de nuevo; parecióle horrible la realidad que delante tenia y como iluminado por su propio vértigo vió pasar por delante de él cuadros horribles.

¡El tribunal!

¡La multitud apiñada á su paso!

¡La guillotina!

¡Una cabeza que caia con horrible contraccion en la canasta!

¡Y esta cabeza era la suya!!

Llevó ambas manos á su frente lívida, y murmuró:

—¡Ah! yo habia jurado que nunca...
¡Soufflard me ha perdido!

Entónces el delirio del espanto le sobrecitó de nuevo y su desesperacion le inspiró la idea que en vano habia buscado hasta entónces.

—¡Ah, este pozo!...—dijo.

El pozo era ancho como una cisterna; sus paredes endurecidas con una materia verdosa, reluciente y escurridiza.

Lesage miró al fondo y nada vió; era un

abismo de tinieblas de donde salía una frescura sepulcral y un silencio de muerte.

Uno de los cubos estaba en la misma yerba, le colgó al gancho que había en la polea y se dispuso á bajar; pero en aquel momento un nuevo terror se apoderó de él, impidiéndole casi poner en ejecución su proyecto.

Acababa de apercibir dos arañas enormes, negras, de patas velludas, de cuerpo grueso, que se arastraban lentamente por las paredes del pozo.

Aquel insecto le inspiraba una repulsion terrible.

Soufflard, que se alababa de no temer á nadie ni á nada en este mundo ni en el otro, habíase burlado varias veces de su pueril terror; pero Lesage no le había podido vencer.

Sin embargo, parecióle fácil evitar el contacto de aquellos animales y se decidió.

Dejóse deslizar lentamente, de pié en el cubo y teniendo con mano sólida el otro cabo de la cuerda que iba soltando segun necesitaba, y al que iba unido otro cubo.

Pero á mitad del trayecto un pensamiento terrible le acometió.

Por grande que fuese su vigor no podría permanecer mucho tiempo suspenso en el espacio por sus propios puños. Además, los agentes convencidos de que no había

otro escondite, podían reconocer el pozo, tirar de las cuerdas...

¡La situación era horrible!

Subir era entregarse.

Quedarse allí ó caer al fondo era la muerte inevitable.

¡Tal era la alternativa!

Al reflexionar, comprendiendo la necesidad de tomar rápidamente un partido, apercibió algo saliendo en la pared del pozo.

Su mirada, que se iba acostumbrando poco á poco á la oscuridad que le rodeaba, apercibió que era una piedra larga estrecha y saliente entre las otras.

Una esperanza reanimó su espíritu. Abrazó la estension de la piedra, que tenía unas quince pulgadas de salida y tomó resueltamente su partido.

Imprimió una oscilacion al cubo que le sostenía, logró asirse á la piedra, y manobrando lentamente, con precauciones infinitas, logró sentarse en la piedra, con la espalda apoyada en la pared del pozo.

Entonces soltó el cubo, casi sin moverse, porque si perdía solo dos pulgadas de asiento, iba sin remedio al abismo.

—Ahora—murmuró—pueden tirar de las cuerdas.

Pero una reflexion heló la sangre en sus venas.

¿Cómo subir? El cubo estaba ya á dospiés

de distancia, y aunque hubiera estado á seis pulgadas, no lo hubiera podido coger.

¡El mas pequeño movimiento determinaba su caída!

Escuchaba el silencio de aquel abismo, cuya profundidad le parecia sin límites, y sentíase dominado por un espanto que no habia conocido jamás.

Era el sentimiento horrible, sin analogía con ningun otro, que debe experimentar el ser á quien encierran vivo en la tumba.

¿Que no hubiese dado entonces por verse en tierra firme? ¿por ser apresado por los mismos agentes con tal de respirar al aire libre, de ver el sol?

De repente erizóse el cabello y balbuceó:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! estoy perdido.

Acababa de hacer un horrible descubrimiento.

La piedra en donde estaba apoyado con las piernas colgando, tenia una ligera inclinacion.

Sentíase rebalar, resbalar lentamente de un modo casi insensible, pero resbalar al fin....

Y nada donde asirse, nada mas que las paredes húmedas y resbaladizas del pozo.

Era preciso conservar la inmovilidad mas absoluta ó caer.

El miserable sintió que su cabello se po-

nia en pié, y frio sudor bañaba su frente...

Por un movimiento instintivo, mas fuerte que su razon, llevó sus dos manos á la piedra para sostenerse, y este movimiento que debió perderle, fué su salvacion.

Bajo aquella piedra sus manos acababan de encontrar una masa blanda.

Bajo la piedra, la humedad habia reblandido la materia viscosa de que estaban cubiertas las paredes del pozo y que eran resbaladizas como si fueran una capa de jabon.

Con lentitud y precauciones infinitas, fué arrancando puñados de aquella materia blanda y los estendia sobre la materia viscosa de la piedra á la cual se adheria, y de este modo, moviendo apenas sus piernas, logró nivelar su asiento, evitando el peligro de caer. Se habia salvado.

¡Se habia salvado!

Sin embargo, no podia regocijarse.

Sus piernas se iban entumeciendo.

¿Qué seria dentro de algunas horas?

¿Y el hambre? ¿Y el frio que empezaba ya á penetrar por sus riñones adheridos á las paredes húmedas del pozo?

Y pasado el peligro, ¿cómo subir?

Imposible, puesto que habia soltado el cubo y no le podia coger.

¿Llamaria? ¿Quién le habia de oir? La casa estaba deshabitada.

A estas horribles ideas, Lesage sentía perder su razón.

¡De repente estremeciósese!

Sentía unas patas largas y velludas, un cuerpo frío arrastrarse lentamente por su rostro...

Era una enorme araña, negra, miedosa, como aquellas que le habían estremecido momentos antes.

Permanecía inmóvil, petrificado de horror, con las manos asidas á la piedra...

En aquel momento, oyéronse voces encima de él.

Después se agitaron las cuerdas y el cubo.

¿Buscaban por casualidad? ¿Sospechaban?

¡No podía ya escuchar ni razonar! La araña estaba ásida á su rostro y todas sus sensaciones se habían concentrado en el horror que le inspiraba el monstruoso insecto.

Oía ruido arriba y no trataba de comprenderle ni de precisarle...

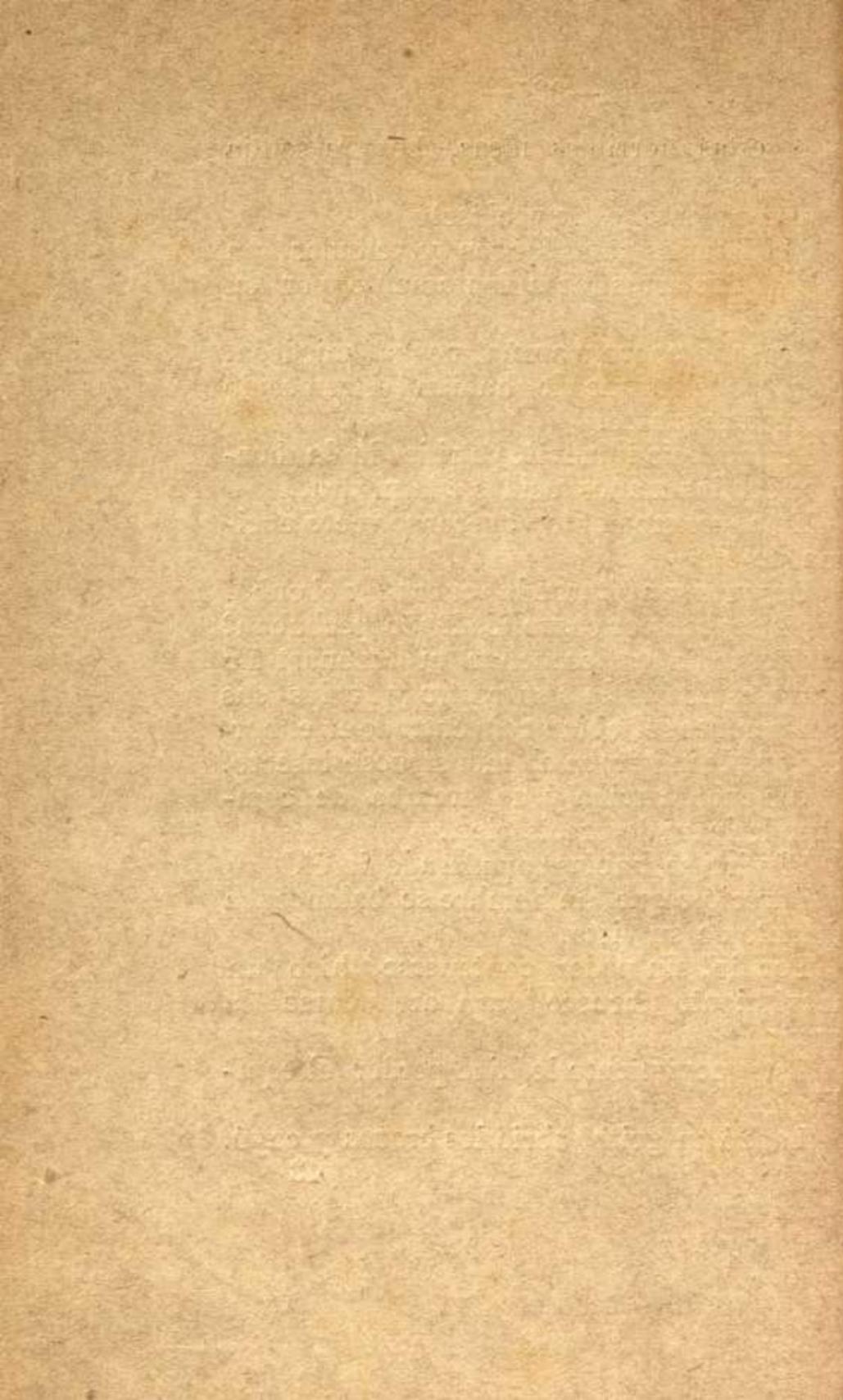
El vértigo habíase apoderado de él.

Parecióle que un hombre se balanceaba delante de su vista.

Por fin, sin poder contenerse, hizo un movimiento brusco para arrancarse la araña...

Este movimiento le hizo perder el equilibrio.

Lanzó un grito, abrió los brazos y cayó.



XLV.

La ventaja de ser ventrílocuo.

Veamos cómo habían pasado las cosas entre Fifi Vollard y los dos agentes encargados de prenderle.

Como sabemos, habían convenido todos los de la banda en echar cada uno por su lado, pero algunos habían convenido entre sí reunirse cuando estuvieran á cierta distancia de la taberna del padre Cantin.

Así había sucedido entre Fifi Vollard y su madre, entre Soufflard y Alicia.

Fifi Vollard, que en su doble condición de ratero y granuja de París era muy observador, conocía las costumbres de todas las clases, porque con todas se había rozado, menos con la aristocracia.

Sabia que los aldeanos dejan su casa en el estio á las dos para ir á trabajar al campo, y en el momento que Alicia se descolgaba por la sábana, señaló á su madre una casa de aldeanos y le dijo.

—Aguárdame allí, la casa estará vacía.

—¿Y si hay alguien?

—Dices que eres mi madre.

—¿Te conocen?

—No tal.

—¿Y entonces?...

—Si eso no les basta añades...

Y se rascó la oreja buscando una idea.

—Que tengo que hablarles de parte de un notario.

—¿Y eso basta?

—¡Te recibirán con los brazos abiertos! Notario y herencia son dos palabras grabadas en la mente de todo campesino.

La Vollard siguió las instrucciones de su hijo, y segun este habia previsto halló la casa desierta y por colmo de fortuna la puerta estaba solo cerrada con picaporte, de modo que la Vollard pudo introducirse en ella fácilmente.

Cinco minutos despues Fífi se le reunia.

—Nadie en la casa; la Providencia nos protege.

—Si, pero la puerta estaba solo con picaporte.

—¿Y qué?

—Que los propietarios no estarán lejos.

—¿Qué importa?

—¿Y si vuelven?

—Los recibiremos con toda cortesía.

—Nos preguntarán qué hacemos.

—¿Y mi notario?

—¿Tu notario?

—¡Entonces es la ocasión!

—¿Qué les dirás?

—Cosas que les volverán locos de alegría.

—¿Pero qué cosas?

—¿Qué se yo?

—¿Y los *guiris*?

—Eso es mas serio.

Reflexionó un momento, y dándose una palmada en la frente, dijo:

—«Ya he hallado», como en otro tiempo dijo un tal Arquimedes.

Descolgó de una percha un delantal, tomó una escoba de un primer rincón, y presentando ambas cosas á su madre, dijo:

—Escepto Milord, ninguno de esos hombres te conoce: si viene la policía, la recibes, eres la aldeana y estás en tu casa.

La Vollard encontró la idea buena.

—Ahora,—dijo Fifi,—voy á vigilar un poco á nuestros enemigos; tengo un observatorio que sin duda le plantaron á pro-

pósito para esto.

Y se subió al nogal que estaba contiguo á la casa del aldeano.

El follaje del nogal era muy espeso y Fifi se creía en seguridad; pero el sol iluminaba del otro lado, circunstancia que habia escapado á la perspicacia del pilluelo y hacia descansar su sombra en la transparencia del árbol.

Comprendió su torpeza demasiado tarde, cuando los dos agentes entraban en el patio de la casa.

—No contaba con esta visita,—pensó;—¿cómo salir del apuro?

No le dieron tiempo de reflexionar.

—Hola,—le gritó uno de los agentes;—servios bajar de ahí, tenemos que hablar.

—¿Quereis comprar nueces?—repuso Fifi;—precisamente he subido á cogerlas; os las echaré.

—No, vos sois el que habeis de bajar, si no quereis que os echemos abajo.

—Lo pedis con demasiada finura para negarse,—dijo Fifi;—allá voy.

Y empezó á descender lentamente de rama en rama.

Los dos agentes miráronse sorprendidos.

—¿Y decia Milord que era tan travieso!

—Quizá cuenta escaparse en estando en tierra...

—Cuenta sin la huéspedea, por que no le pierdo de vista.

De repente oyeron un rozar violento en el ramaje, despues una caída sobre el tejado bajo de la casa y por fin las exclamaciones de dolor que salian de la parte de atrás de la casa.

—¡Ay! ¡ay! ¡mi pierna, mi pierna!—gritaba el muchacho,

—¡Se ha caído!—gritaron los dos agentes.

Y corrieron detrás de la casa donde se oían los gritos pero no hallaron á nadie.

—¿Aquí sonaban las voces?—dijo uno de ellos.

Pero se engañaba; las voces habian partido desde el tejado, por que ya recuerda el lector que Fifi era ventrílocuo.

Habia estado seis meses al servicio de un jugador de manos, escamoteador de primer orden á cuyo lado habia adquirido ciertas habilidades, entre ella esta de que nos ocupamos.

Desde lo alto del tejado habia lanzado sus gritos que parecieron partir del suelo y de la espalda de la casa.

Mientras los agentes buscaban por la espalda, él se introdujo en la casa por delante.

—¿No se habia roto nada?—esclamó un agente al encontrarse burlado.

—Cayendo de tan alto, ha debido lastimarse; no habrá ido lejos—dijo el otro.

Lanzaron una mirada por toda la campiña descubierta en un gran espacio y no vieron á nadie.

—Visitemos la casa.

Allí encontraron á una mujer acurrucada delante del fuego, del que quitaba una tisana para llenar una taza.

En el lecho, un anciano, con la colcha hasta la barba y un gorro de algodón hasta las cejas, y decia con voz cascada:

—Carlota, estoy mal, dame la tisana...

—¿No ha entrado aquí nadie?—preguntó uno de los agentes.

—Nadie.

—¿No habeis visto á nadie?

—Yo sí,—dijo el anciano con voz cada vez más cascajosa.

—¿Dónde?

—Por esta ventana,—dijo señalando la que tenia al lado del lecho.

—¿A quién habeis visto?

—A un muchacho flaco, descolorido...

—¿Y corria?

—Cojeaba y gritaba...

—¿Cómo ha podido huir entonces?

—Ha montado un caballo que estaba pastando y ha echado á galope.

—¿Hacia dónde?

—Hacia allí, á través de los campos...

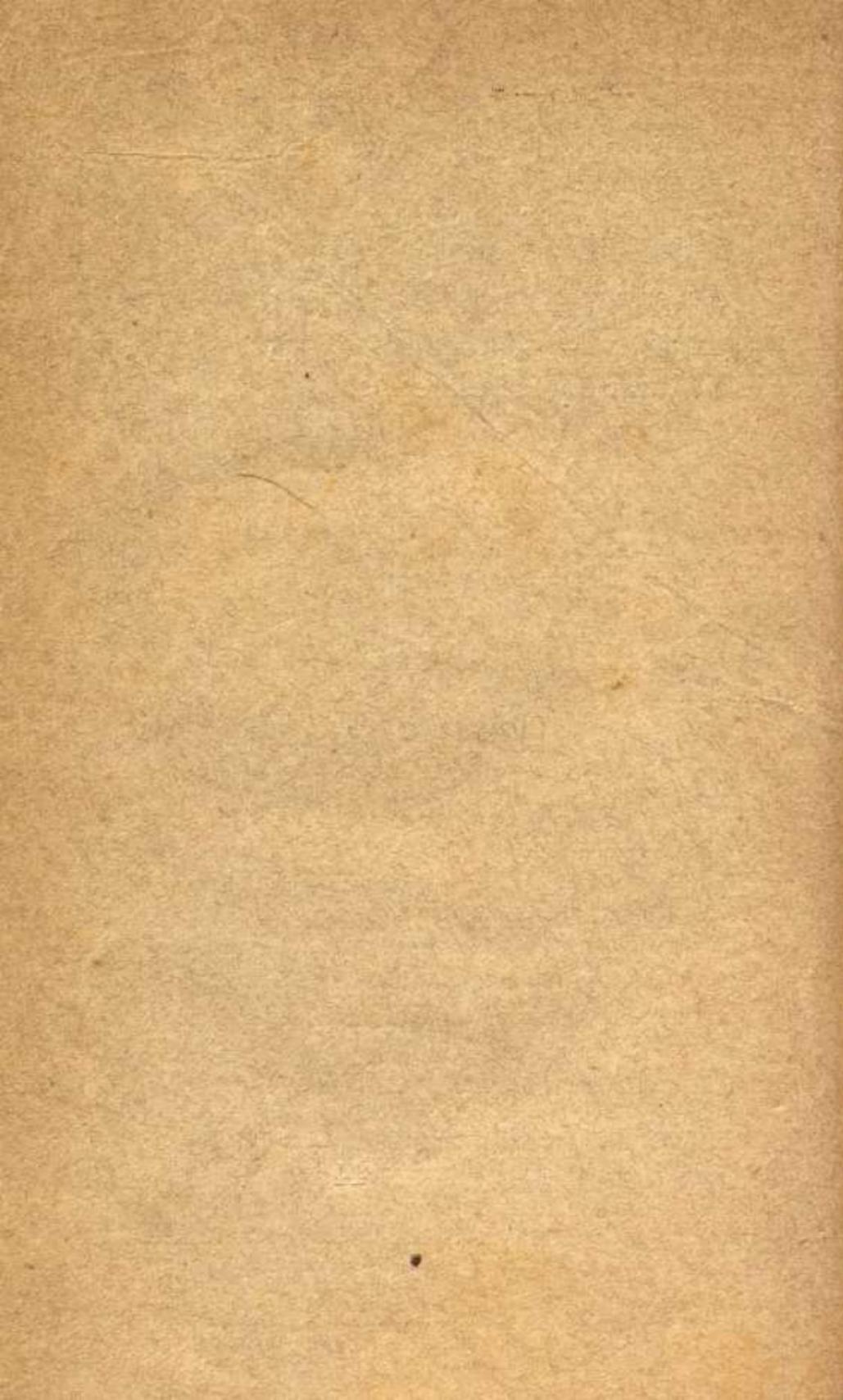
—Pronto—dijo, uno de los agente á su camarada,—adelante.

Y echaron á correr por los campos.

Cinco minutos despues estaban lejos.

Al momento Fifi arrojó su gorro de algodón y saltó del lecho.

—Ahora,—dijo á su madre,—no es la ocasion de madurar aquí. Desfilemos.



XLVI.

Soufflard y Castro.

Balzac, cuyo espíritu observador lo ha escudriñado todo, ha quedado sorprendido en diferentes ocasiones de las pasiones que han inspirado los grandes criminales á las mujeres que se han cruzado en su camino, y en lugar de indignarse de esas monstruosas pasiones, como lo han hecho tantos moralistas superficiales, ha visto un problema que estudiar y ha dado la razon de esos amores, de esas abnegaciones sin límites por hombres cuya ferocidad parecia deber inspirar repulsion y horror.

Esta razon está profundamente analizada en la novela filosófica *Ultima encarnacion de Vautrin*, y lo funda en la organi-

zacion especial de esos hombres, organizacion violenta para todo, para el amor como para el ódio y que inspiran la pasion en el mismo grado que la siente.

Así se explica el amor que Soufflard inspiró á dos mujeres cuya abnegacion no se desmintió hasta la muerte, Alicia y la Morenilla.

Los puntos culminantes de este carácter, la inteligencia, la audacia de Soufflard, hubieran podido servir de modelo para el personage de Vautrin.

Antes de separarse de sus amada, Soufflard le trazó su itinerario á través de los trigos, itinerario que iba á dar á un grupo de casas que le señaló con el dedo.

Allí debian reunirse.

Su voz temblaba cuando se separó de ella y tuvo necesidad de hacer un violento esfuerzo para dejarla ir sola espuesta á la persecusion de Milord y de sus hombres.

Decidióse, sin embargo, por que la prudencia exigia que cada cual fuese en direccion opuesta.

Soufflard no temia por si, pero temia por Alicia, y al llegar á la plaza esta que cono- cía, buscó, no la casa que le ofreciera recurso mas seguro, sino la que por su disposicion le permitiera dominar con la vista la estension de las mieses.

Le habia dicho:

—Llega á aquel grupo de casas y no temas, yo estaré allí.

Y tranquila con esta palabra, habia partido tan serena como si un ejército la protegiese.

Para ella Soufflard era el hombre invencible que todo lo tenia previsto.

Le habia dicho «no temas» y no temia.

La sala de la taberna en que Soufflard se determinó á entrar, estaba desierta.

Una de las ventanas de aquella sala daba al campo, por eso la habia elegido.

Fué á sentarse junto á la ventana que dominaba el campo que atravesaba Alicia en aquel momento.

Un sendero se estendia frente de la casa, otro á la izquierda que era el que habia seguido.

Soufflard pidió vino aunque no pensaba en beber.

Con los dos codos apoyados en la mesa, seguia con mirada ansiosa el surco que se iba abriendo entre las espigas.

Estaba así hacia algunos instantes, cuando un hombre atravesó el sendero sin mirar á la ventana.

Despues entró en la taberna.

Soufflard siempre desconfiado examinó al recién venido sin hallar en él nada que pudiera inquietarle; tenia la blusa y la gor-

ra del obrero y parecia rendido por el calor y el cansancio.

—Traedme pan y vino—dijo, sentándose cerca de la puerta.

—¿Con queso?

—Venga.

El mozo de la taberna salió y volvió al punto con lo que le habian pedido.

Despues salió de nuevo.

El obrero entónces empezó á comer y beber sin mirar siquiera á Soufflard, que se tranquilizó del todo.

De nuevo fijó toda su atencion en los campos de trigo.

La inquietud le devoraba.

Las espigas estaban inmóviles y ya se preguntaba que habria podido ser de Alicia, euando vió el trigo agitarse distintamente.

—Allí está, pensó.

Y sus facciones se dilataron.

Siguió la marcha de aquel surco con atencion estrema.

Una cinta azul flotó por fin encima de las espigas amarillas.

Soufflard respiró.

Era ella.

Desde entónces ya no tenia que temer; se le reuniria dentro de algunos momentos y volvió tranquilamente sus miradas hácia el obrero, sentado á pocos pasos de él.

Este devoraba el pan y el queso con un afán que alejaba toda sospecha.

Para Soufflard aquel hombre no pensaba más que en satisfacer su voraz apetito, y ya prescindiendo de él se preguntó si debía contener su impaciencia ó acudir al encuentro de Alicia. Aunque temblaba siempre por ella, el primer partido le pareció más prudente; pero temiendo que se extraviasse, queriendo alentarla con una señal que indicase que él ya esperaba, sacó su pañuelo de seda del bolsillo y se lo ató á la cabeza, formando un gorro, como si quisiera protegerla de los rayos del sol que penetraban por la ventana.

El pañuelo era encarnado y el sol daba á su tono una violencia tal, que era fácil apercibirle á gran distancia.

Felicitábase Soufflard por esta idea, cuando un espectáculo insperado le hizo palidecer.

Las epigas se agitaban violentamente, no en línea recta ni con serenidad, sino en un sitio solo y en un radio bastante pequeño.

¡Hubiérase dicho! que allí tenia lugar una lucha!

—¡Imposible!—dijo Soufflard queriendo rechazar esta idea.

Pero al mismo tiempo vió levantarse dos

cabezas de entre las espigas para volver á caer.

Una era la de Alicia, con su gorra de cintas azules; otra la de un hombre.

Un rugido salió entonces del pecho de Soufflard é hizo un movimiento para lanzarse por la ventana.

Pero lanzando una mirada en torno suyo, vió adelantarse por el sendero de la izquierda un hombre cuyo aspecto le hizo estremecer.

¡Era Milord!

Quiso correr hácia la puerta.

El obrero estaba ya en ella cerrándole el paso y llevó un silbato á sus lábios. Era la señal convenida.

XLVII.

El arma de la bella Alicia.

Para seguir con orden este relato, preciso es explicar lo que pasaba entre las espigas.

En el instante de lanzarse en persecucion de la hermosa, Berton se habia detenido por esta idea.

Cualesquiera que fuesen sus precauciones era imposible atravesar los sembrados sin producir ruido y la fugitiva que se detendria frecuentemente á escuchar, huiría más rápidamente ó se acurrucaría en algun sitio quedando invisible.

Buscar una mujer en un inmenso campo de trigo, donde niugun indicio revela su

presencia, donde puede quedar tan invisible como el pez debajo de la superficie de las aguas, era una empresa insensata, de dudoso resultado.

Para sorprenderla era preciso seguirla sin que ella lo notase y la casualidad ofreció al agente medio de conseguirlo.

Descubrió un sendero que se extendía á lo largo del terreno sembrado y seguía casi paralelo al sureo que iba marcando la fugitiva.

Sin vacilar echó por él.

El sendero era estrecho, pero al parecer, muy frecuentado porque las espigas no le cubrían en ningún sitio.

Berton, como sabemos, era pequeño y delgado por lo que le fué muy fácil caminar oculto detrás de aquella muralla de espigas y además ganar mucho más terreno por aquel camino desembarazado, que la fugitiva por el difícil que seguía.

Caminaban, pues, paralelamente y separados apenas por algunos metros.

El obstáculo incesante que se oponía al paso de Alicia, el ardor del sol, las espigas mismas que azotaban su rostro, todo hacía penosa su marcha y Berton creía oír su respiración precipitada y fatigosa.

La adelantó y cuando se creyó bastante lejos para ser oído, atravesó la distancia que separaba un camino del otro, fijóse

donde él creía que había de llegar la hermosa y aguardó.

Un instante después, las espigas se abrieron bruscamente y se encontró de manos á boca con la bella Alicia.

Nunca como en este momento, merecía tal epíteto.

Sonrosada la tez, la boca entreabierta, los ojos de un azul luminoso, los cabellos rubios y flotante debajo de su gorra, parecía una de esas ninfas paganas vagando en sus dominios de espigas y de amapolas.

Berton quedó un momento admirado.

Alicia en cambio comprendió con quién tenía que habérselas.

Reconoció al punto uno de los agentes que había apercibido desde la ventana de la guardilla y al reconocerlo lanzó un grito: volvió á la derecha: pero la mano de Berton la sujetó.

—No, por ahí no, no es ese el camino.

Ella hizo un esfuerzo para soltarse.

— Os digo que no es por ahí; venid conmigo, yo os guiaré.

—No, no quiero seguiros,—gritó Alicia, —no os conozco: ¿qué me quereis?

—Yo si os conozco: sois la bella Alicia, y en cuanto á lo que os quiero, lo sabreis en breve, venid.

Y quiso arrastarla.

Con una mano sujetaba las dos muñecas

de Alicia, y con la otra sacaba ya una cuerda del bolsillo.

Los ojos de la hermosa brillaban como los de una leona; pero al ver la cuerda cambió súbitamente de espresion y se tranquilizó como por encanto.

Comprendió que la fuerza era inútil, y con ademan suplicante, con voz dulce, murmuró.

—¡Oh, no me ateis las manos, yo os seguireis adonde querais!

Y como él vacilase, prosiguió:

—¿Mi debilidad no me entrega á discrecion?

—Decis bien;—dijo el agente como avergonzado de su intento,—marchad delante.

Alicia obedeció.

Caminaba con la cabeza baja, las manos en los bolsillos del delantal.

Un instante despues se volvió.

—Caballero,—dijo cada vez con acento más humilde,—tenia que pedir os un favor.

—¿Cuál?—dijo Berton acercándose.

—Este,—dijo cambiando bruscamente de tono y arrojó á sus ojos el contenido de un frasco que llevaba en el bolsillo y habia destapado mientras caminaba delante.

Aquel liquido era vitriolo.

El desgraciado llevó la mano á su ojo izquierdo lanzando un grito desgarrador.

La bella Alicia habia tenido tino.

Como Soufflard, tenia por máxima que se debia tener un arma siempre á mano, y su arma era el vitriolo.

Loco de dolor, Berton habia caido en tierra y tenia su rostro entre ambas manos.

Ya libre de él, Alicia quiso orientarse, levantóse sobre la punta de los piés; miró á lo lejos y reconoció el grupo de casas donde debia esperarla Soufflard.

Quiso partir en esta direccion; pero en aquel momento se sintió otra vez sujeta.

Era el agente que cogia su vestido.

Siempre tendido en tierra la sujetaba con una mano mientras tenia la otra adelante de sus ojos.

Entonce, una lucha terrible se empeñó entre aquellos dos seres.

Alicia era más débil; pero estaba en pié, disponia de todos sus movimientos, disponia de su vista, mientras el infeliz agente, con los ojos cerrados, sin disponer más que de su mano derecha, sujetaba entre sus dedos contraidos al vestido de la hermosa.

Esta intentó desgarrarle... no podia.

Desesperada despues de una lucha de diez minutos, en que infirió toda clase de golpes al desgraciado agente, buscó en torno suyo algo que la ayudase á triunfar de

su enemigo, y su vista tropezó con el frasco de vitriolo que habia caído á sus piés.

Aun contenia algo del líquido.

Alicia la recogió con aire de triunfo y le rompió con fuerza en la mano que sujetaba su ropa.

Un nuevo grito de dolor se dejó oír, y la mano se abrió.

Pero al punto el agente sujetó con ambas manos las piérgnas de Alicia y la dejó caer por tierra.

Entonces fué cuando Soufflard adivinó el peligro y quiso lanzarse en su socorro.

Entonces fué cuando se halló entre sus dos temibles enemigos: Milord y Castro.

Sepamos ahora lo que pasaba entre estos tres hombres.

XLVIII.

En las mieses.

Quien se figure un leon acorralado por los cazadores, aflando sus uñas en la ardiente arena, eligiendo con la vista el enemigo sobre que ha de lanzarse con ímpetu irresistible, podrá formarse una idea de Soufflard queriendo correr en socorro de Alicia y viéndose detenido por los dos hombres.

Alicia luchaba contra un tercer agente; Alicia estaba perdida si él no volaba en su socorro y olvidaba su propio peligro para no pensar mas que en su amada.

Si buscaba el medio de escapar de aquellos hombres, era menos por salvar su cabeza que por acudir en socorro de Alicia.

¿Pero cómo evadirse de aquellos dos hombres que estaban resueltos á apoderarse de su persona?

Buscando un plan al que no podia otorgar mas que un minuto, sus dedos crispados tropezaron con un objeto de que no se dió cuenta al pronto.

Era un destornillador.

Soufflard, como sabemos, no marchaba nunca sin un arma, ó mas bien, sin dos.

La una estaba en su bolsillo, la otra en su mano.

Dando vueltas entre sus dedos á esta arma favorita, preguntábase si debia caer sobre el agente que le cerraba el paso ó sobre Milord, que iba á aparecer dentro de un instante por la ventana, y durante este debate interior, que fué apenas de un minuto, Castro, á quien el lector habrá reconocido bajo el aspecto del obrero, permanecia inmóvil apoyado en la puerta, con una mano á la espalda y la mirada fija en Soufflard.

Aquella mano estaba armada de un cuchillo, y Soufflard, aunque no veia el arma, la adivinaba.

Inmóviles y mudos, aquellos dos hombres se miraban frente á frente.

Castro aguardaba el ataque de Soufflard.

Este, pareciendo ocuparse solo de Castro,

se preparaba á caer sobre Milord en cuanto apareciese por la ventana.

Un minuto habia pasado desde el silbido de Castro, cuando la voz de Milord se dejó oír.

Un rayo de alegria brilló en los ojos de Soufflard.

Milord no venia por la ventana; estaba detrás de la puerta.

¡La ventana estaba libre!

Soufflard cambió de plan de repente y cayó con su destornillador sobre Castro en el momento en que este iba á abrir la puerta.

Castro estaba en guardia y Soufflard recibió la punta de su cuchillo en la mano derecha, de donde corrió la sangre.

Poco le importaba su herida; era preciso salvar á Alicia á toda costa!

Retrocedió algunos pasos, tomó un nuevo esfuerzo y con maravillosa destreza apartó el arma de Castro con la mano izquierda mientras le heria con la mano derecha.

El agente recibió la herida en el cuello y cayó en tierra.

Entónces con increíble rapidez Soufflard arrimó tres mesas macizas á la puerta y saltó por la ventana.

Mas de un minuto corrió ántes de que Milord, ayudado por el tabernero, lograrse abrir la puerta.

Este minuto bastó á Soufflard para ganar las mieses.

La lucha continuaba en el mismo punto á juzgar por el movimiento de las espigas.

Habia calculado el tiempo que necesitaba Milord para entrar en el cuarto y bastaba á él para ganar los sembrados.

Una vez allí era invisible para Milord y podia socorrer á u su amada.

De seguro luchando con ella no habria mas que un hombre y no dudaba del triunfo, pues como solia decir, no habia encontrado superior.

En el momento de desaparecer entre las espigas volvió la cara á la ventana y se estremeció.

Milord estaba ya en ella y señalando el campo de trigo daba instrucciones á dos hombres.

—¡Maldición!—dijo el bandido,—cuatro hombres sobre nosotros, Alicia fatigada, herida quizá, ¿cómo escapar?

Y se internó por los trigos exclamando:

—Sin embargo, aunque debiera dejar la piel no la abandonaré.

Al cabo de breves instantes llegaba al teatro de la lucha.

Berton y la hermosa rubia luchaban

cuerpo á cuerpo rodando ambos por el suelo.

Encendida como las amapolas que la rodeaban, con los ojos brillantes, la boca espumosa, Alicia lanzaba rugidos de leona y sus dientes habian dejado huellas sangrientas en las manos de Berton que la sujetaban.

Soufflard cayó sobre Berton, le levantó como á una pluma y lo arrojó lejos.

Alicia entonces se levantó.

El agente sorprendido por aquel ataque imprevisto habia soltado su presa, pero no renunciaba y sin poder abrir los ojos, guiado por la voz de Alicia y de Soufflard se adelantaba á ellos con las manos estendidas.

Soufflard se dispuso á recibirle con el cuchillo:

—No le mates,—dijo Alicia;—hace su oficio y lo paga bien caro.

Y como Soufflard la mirase sorprendido:

—¿No ves que está casi ciego?—dijo.

—¿Cómo?

—Mi vitriolo.

—¡Tiene lo que merece!

Y se alejaron rápidamente.

Soufflard tendió una mirada en torno suyo, la ondulacion de las espigas denunciaban la marcha de un hombre.

Era Milord, sin duda, y otros tres hombres vigilaban los alrededores.

—¡Cercados por todas partes!—dijo Soufflard,—la batalla vá á ser ruda.

XLIX.

Donde aparece de nuevo la cabeza de Fifi.

El tabernero en cuya casa habia pasado la escena anterior, era hombre de unos 40 años y de buenos puños.

Con su ayuda Milord logró abrir la puerta y entrar, donde encontró á Castro ya de pié.

Su corbata habia parado la violencia del golpe y los tres hombres se dirigieron á la ventana, donde vieron á Soufflard dirigirse hácia los trigos.

Mas allá vió tambien señalea de una lucha y lo adivinó todo.

—Soufflard aguardaba aquí, sin duda, á su querida y ahora corre en su busca,— dijo.

Reflexionó un momento y dijo al tabernero:

—¿Teneis algun criado?

—Tengo dos.

—¿Fuertes?

—Como yo.

—¡Ah! Es nuestro.

—¿Qué ha hecho ese hombre.

—Robar y asesinar.

—Entónces soy de los vuestros; contad conmigo y con mi gente.

—Corriente, yo voy á seguirle por los trigos.

—¿Y nosotros?—dijo Castro.

Vosotros cuatro os colocareis en los cuatro ángulos de ese sembrado.

—Comprendo, por cualquier lado que salga le verá uno...

—El que le vea que llame en su auxilio, y como con una mujer no se corre bien, los cojeremos.

Y despues de renovar sus instrucciones, saltó tambien por la ventana y dijo:

—¡Ahora sí que Soufflard es nuestro!

Como sabemos, éste habia adivinado el plan de Milord, y cuando hubo arrancado á la hermosa de manos de Berton y anduvieron cien pasos apenas, se detuvo.

—¿Qué haces?—esclamó Alicia,—es preciso huir.

—¡Huir! eso se dice pronto.

—¿Cómo?

—Estamos encerrados en este campo como en una prision.

—¿Qué dices?

—Un hombre en cada esquina y Milord dentro: esa es nuestra posicion.

—No es divertida.

Y añadió con amargura:

—¡Para tí sobre todo!

—Sí,—dijo Soufflard,—quieren hacer en mi cabeza una esperiencia poco lisonjera.

—¿Y qué hacemos?

—No sé, huir es imposible.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! ¡Estás perdido!

—Puede ser,—dijo Soufflard con fria resolucion,—pero no seré solo; antes de morir yo irá alguno delante á enseñarme el camino del otro mundo.

—¿Por qué no me has dejado: qui?

—¿Dejarte? ¿Soufflard dejar en un peligro á su amada? ¡Qué se diria en Tolon!

—¿Y qué hacemos?

—Aguardarlos aquí.

—Tengo sed,—dijo Alicia.

Caminaron algunos pasos y tropezaron con un arroyuelo que se deslizaba atravesando el campo de espigas y á cuyos bordes crecian plantas exuberantes que casi le escondian.

Soufflard las apartó y Alicia inclinándose bebió en el hueco de su mano.

Después se levantó y maquinalmente siguieron el borde del arroyuelo, que siempre producía una pequeña abertura entre las espigas, permitiéndoles andar con menos trabajo.

—Lo mismo dá,—decía Soufflard,—la lucha tiene que llegar,—y caminaba con un arma en cada mano.

Entre tanto, Milord había tropezado con Berton y le había sacado fuera de las mieses dejándole á la sombra de un árbol.

En aquel momento apercibió á los otros dos agentes que volvían desolados por haber perdido el rastro de Fifi.

—Ya me lo direis después,—seguidme y busquemos entre esas espigas, cada uno por su lado; ahí está Soufflard.

Al cabo de pocos minutos se reunían los tres.

Habían explorado el terreno en todas direcciones, se habían cruzado veinte veces... ¡ni Soufflard ni Alicia habían parecido!

Sin embargo, no podían haber salido de allí sin ser vistos. ¿Que había sido de ellos?

—¡No han podido huir!—se decían con desesperación,—¡tienen que estar aquí, no hay remedio!

Y comenzaron de nuevo su tarea y de

nuevo volvieron á convencerse de que no estaban.

Como hemos dicho, Soufflard y su amada seguían el curso del arroyuelo sin pensar en ocultarse ni huir, atentos solo á resistir el ataque que les parecia inevitable.

Caminaba Soufflard lentamente mirando á derecha é izquierda cuando de repente se estremeció.

¡Habían pronunciado muy bajito su nombre!

—Imposible,—dijo,—me habré engañado.

Pero la misma voz murmuró:

—¡Alicia!

Soufflard y Alicia quedaron estupefactos; la voz se oía á su lado, á su pié, y sin embargo á nadie se veía.

Entonces las plantas que cubrían casi por completo el arroyo se entreabrieron y vieron asomar una cabeza. Era la de Fifí Vollard.

—¿Cómo diablos estás ahí!

—Ya os lo contaré más tarde.

Y entreabriendo un ancho espacio entre las plantas silvestres que crecían á los bordes del arroyo, dijo:

—Se os puede ofrecer sitio.

—¡Come! ¿podríamos?...

—¡Pues yo lo creo! pueden alojarse cien hombres, boca abajo y en hilera; el lecho no es blando pero es muy fresco.

Un instante despues Alicia y Soufflard, ocultos en el mismo cauce bajo las plantas á que daba vida aquel hilo de agua, oyeron á Milord y á sus hombres pasar veinte veces sin que los descubrieran.

L.

¡Uno cogdo!

Milord volvió al *Lagano* dejando en el campo de trigo á Castro, y á sus dos agentes y á uno de los criadosle la taberna.

El otro y el tabernero habian vuelto á su casa y Milord dejó instaladas sus centinelas siempre fijo en esta conclusion:

—No han podido escapar ahí están.

Los cuatro centinelas guardaban sus puestos, bien agenos de que Soufflard y la hermosa Alicia pasaban á pocos pasos de ellos arrastrándose en el agua y en el fango del arroyo, y ocultos por las plantas que continuaban su curso despues de salir de entre las mieses.

El arroyuelo internábase tambien en otros campos de trigo y de sena, y cuan-

do llegaron al segundo, despues de arrastrarse mas de dos horas, estuvieron en salvo.

Milord, en cambi, estaba desesperado.

Habiansese escapado la mujer Vollard, Fifi y Micaud, y coservaba poca esperanza respecto á Soufard y Alicia.

Restaba Lesage cuya suerte ignoraba.

Habia llevado consigo á Berton á la taberna con un ojo quemado y las manos heridas.

—¡Ah, mi pobre Berton!—dijo Milord,—¿quién habia de prever lo que sucede? Al encargarme de Buffard creí aceptar el puesto de mas pligro, y yo estoy sano y salvo, y vos en un triste estado.

Berton no podía responder; sus dolores eran horribles.

—¿Y Moulin y Pedro que no llegan?

Al pronunciar estas palabras distinguió á seis hombres que se adelantaban hácia la taberna, y de los cuales reconoció á tres.

Pedro.

El fontaner.

Moulin con su organillo al hombro.

¿Quién era los otros tres?

—¡Calle! ¡Lesage!—dijo Champenois siempre sentilo á la puerta del *Lagarto*.

—¿Eh, qué has dicho?—dijo Milord.

—He dicho Lesage.

—¿Cuál es el otro?

—El que viene al lado del hombre del organillo.

—¡Ah, tenemos uno!—dijo Milord con alegría.—¡Es el primer anillo de la cadena! ¡los otros vendrán tras él.!

A los pocos instantes el grupo llegaba á la taberna. Lesage iba horribilmente pálido, sus facciones estaban contraídas por temblor febril y parecía estar aun bajo la impresion que habia experimentado al sentirse caer en el vacio.

—¡Ah, uno al fin!—esclamó Milord.

—Lesage,—dijo Pedro.

—Lo sé.

—Y no es culpa suya si le hemos cogido; habia escogido muy bien su escondite.

—¿Dónde estaba?

—En un pozo.

—¡Buen escondite!

—¡Pero peligroso! En el momento en que yo bajaba hasta el sitio en que estaba asido á la pared..., no sé como, oí un grito, ¡el grito del hombre que dá un adios á la vida! Le cogí á la casualidad y en medio de las tinieblas, y gracias á mis buenos puños y á que los otros tiraron de los dos desde arriba...

—¡Bravo, Moulin! Habrá para vos un brillante informe.

—¿Y Castro?—preguntó Pedro.

—Castro guarda un campo de trigo, en

el que se ha refugiado Soufflard, y pasará allí la noche si es preciso.

Lesage se encogió de hombros.

Poco á poco iba recobrando su sangre fría, y al oír aquel nombre, exclamó:

—¡Soufflard! gana teneis de perder el tiempo.

—¡Ah! no es Soufflard—dijo Milord con candidez.

—No puede ser, porque Soufflard está en la Force, donde tendré el gusto de verle esta noche.

—Comprendo—dijo Milord sonriendo.— Al llegar á la Force vais á preguntar ingenuamente por Soufflard, creyendo que así disimulais vuestra complicidad con él en el asesinato de la calle del Temple? Torpe recurso.

—Como querais dijo—Lesage con sonrisa desdeñosa.—No sé de qué asesinato hablais.

—Ya lo sabreis cuando la justicia vaya adquiriendo por vos los detalles que necesita.

—No se acusa á un hombre sin pruebas. ¿Dónde están las vuestras?

—Ya las sabreis.

—¡Calle!—dijo Moulin de repente.— Aquí viene Castro.

—¿Solo?—dijo vivamente Milord.

—Sí.

—¿Cómo habrán abandonado su puesto?

—dijo Milord.

Castro llegó en breve.

—¿Por qué venis?—dijo Milord con energía.—¿Por qué habeis abandonado vuestros puestos? Soufflard está allí.

—Perdonad, ya no está.

—¿Cómo?

—¡Ha huido!

—¿Con Alicia?

—Y con Fifi Vollard.

—¿Estaban los tres?

—¡Los tres! Cansado de aguardar he investigado de nuevo entre las mieses y he tropezado con un arroyuelo que corre entre ellas y á cuyos bordes crecen plantas que le esconden por completo. Entre esas plantas he encontrado este pedazo de cinta azul.

Y sacó una del bolsillo.

—De la gorra de Alicia—dijo Milord.

—Entonces sospeché el medio de evasión e habian imaginado: examinamos todo el arroyuelo, y más allá encontramos esto.

Y mostró el pañuelo de seda que se habia atado Soufflard á la cabeza, y un zapato que, por sus pequeñas dimensiones, no podia ser más que de Fifi Vollard.

Este le habian encontrado ya fuera del campo de trigo.

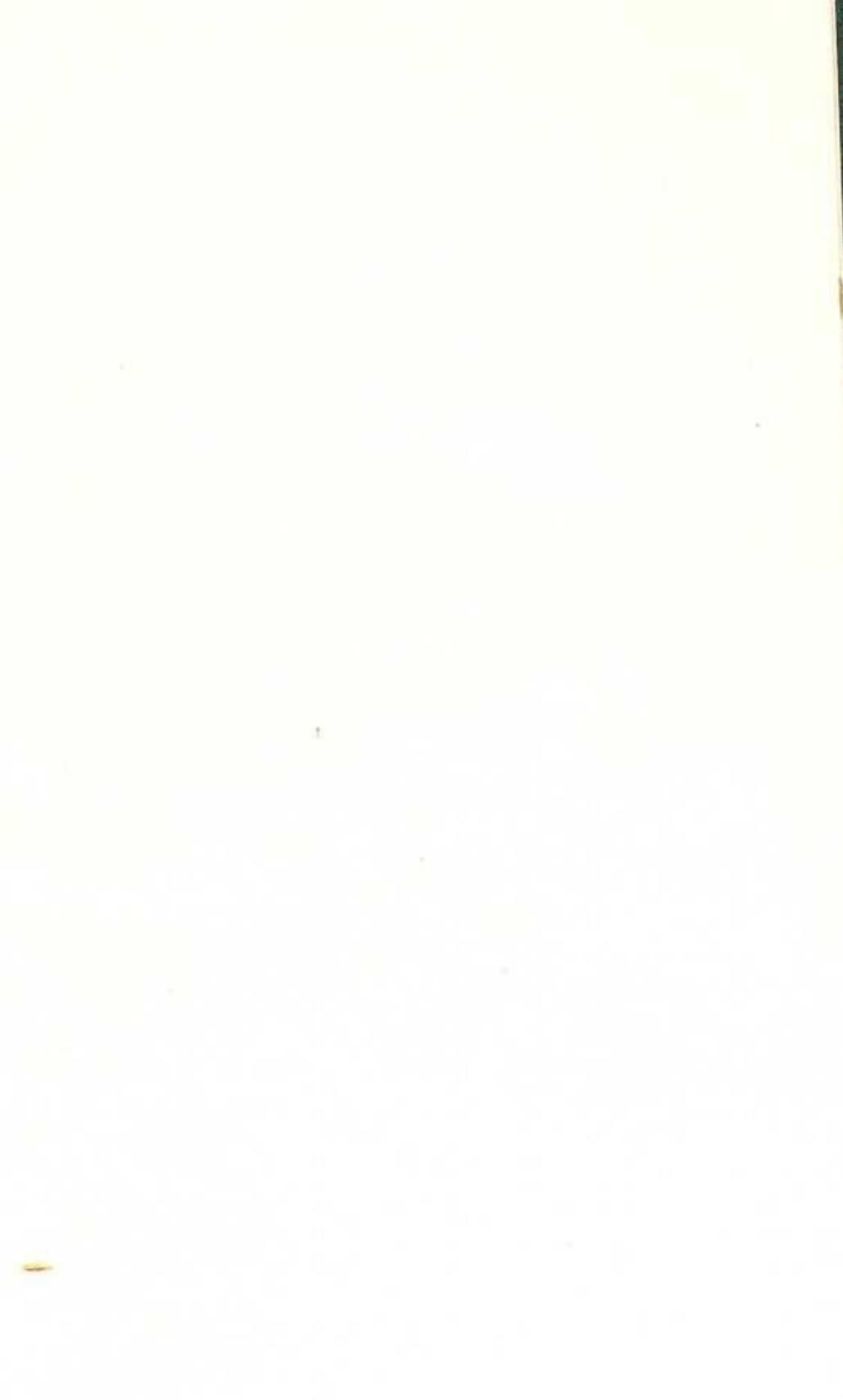
—A doscientos pasos del sitio en que

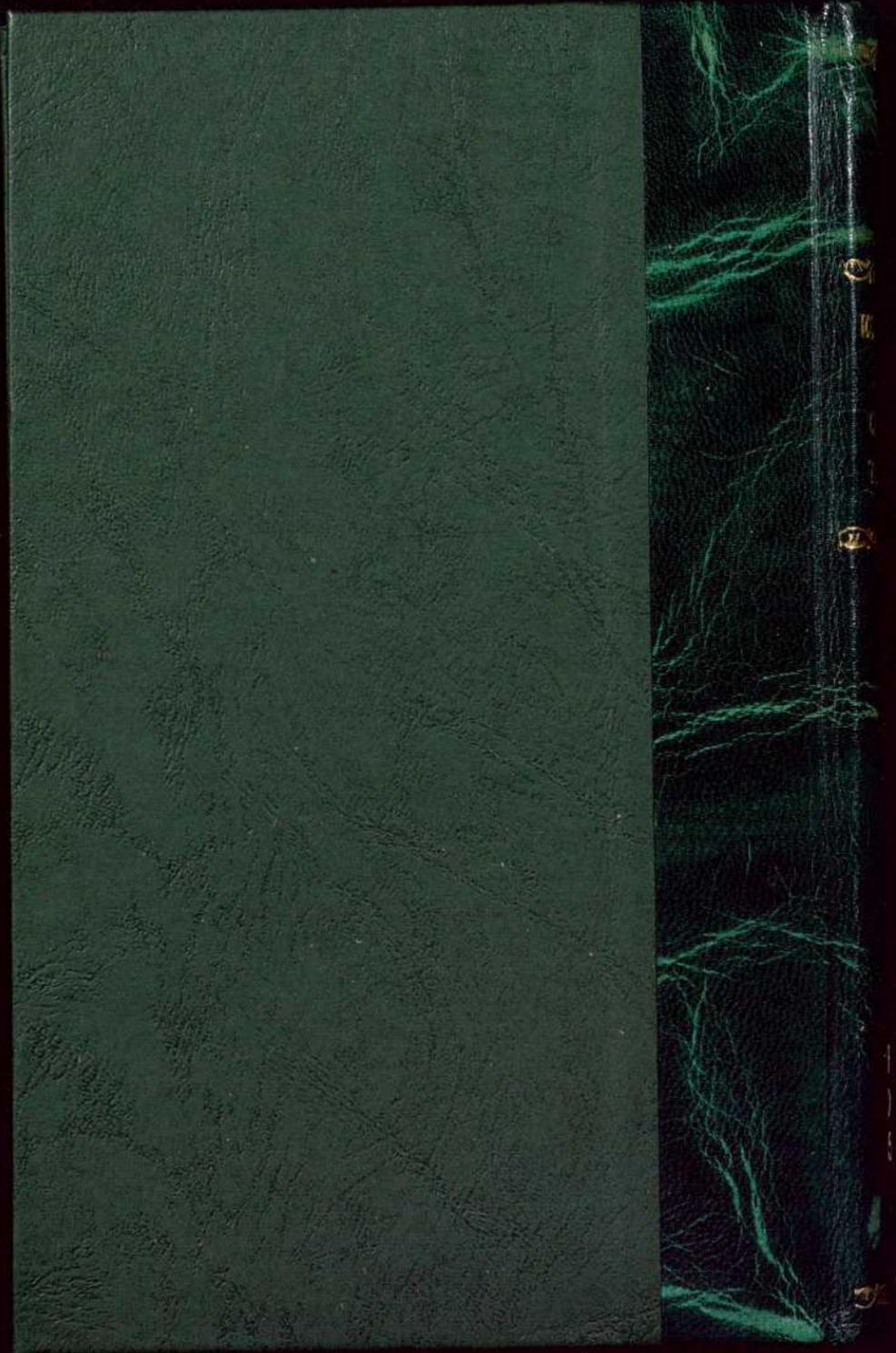


estábamos, hemos descubierto el sitio a que los tres fugitivos han salido del arroz por las plantas que han dejado arrancadas y tronchadas las espigas donde sin duda se han sentado á reponerse y á descansar. Milord se levantó.

—No importa,—dijo,—tenemos uno que es lo esencial; este hablará por los otros, y antes de ocho dias estarán en nuestro poder. En marcha para la prefectura

FIN DE LA PRIMERA PARTE.







EL DRAMA
DE LA
CALLE
TEMPLE



FAN
XIX
510

